



CONCURSO GANDALF 2016

1° Lugar

El gigante de tierra

Autor: Wilfrido el forajido

Bro'sto salió del refugio donde había pasado la época de lluvias para iniciar una nueva vuelta por la tierra. Su pesado cuerpo de greda estaba cubierto de polvo, y los pedruscos, telarañas y nidos de aves que se le habían acumulado en las articulaciones lo hacían moverse con cierta rigidez. La tierra, que ya había absorbido hasta la última gota de agua, se estremecía a cada paso de su incansable caminata. Dispersas, como pequeños puntos repartidos al azar, aparecían pequeñas flores. A pesar de su poca empatía con ellas, entendió que se marchitaban. Intentó tomar una, pero esta se deshizo en su colosal mano. Le conmovía la pequeñez y lo fugaz de la vida orgánica. Los seres de carbono le parecían horriblemente frágiles.

A medida que avanzaba, las flores orgánicas marchitas eran reemplazadas con otras de metal, por lo general con forma de barras o de láminas retorcidas. Bro'sto supo entonces que se acercaba a la tierra de los humanos. Cerca de ellos había siempre mucho trabajo. Recogió un puñado de metales, los limpió de los restos de polímero del que las pequeñas y salvajes Phas aún no se habían alimentado, los aplastó hasta formar una esfera y se los echó a la boca. Hierro, cobre, estaño, aluminio, litio, titanio, cadmio, zinc. En su interior los elementos se separaban y eran almacenados para volver a plantarlos en su lugar correspondiente en la tierra. Con la paciencia propia de un ser hecho de tierra repitió el proceso innumerables veces, todas las que fuesen necesarias.

Hacia el oriente se observaba una gran montaña, la más alta del mundo, a cuyos pies si se ponía atención se divisaba una insignificante mancha verde. Ese era el lugar en que se establecían los humanos. Bro'sto había pasado cerca en el pasado. Los humanos eran pequeños seres orgánicos que vivían en enjambre. Su colmena estaba formada por cuatro paredes de madera en forma rectangular con un gran techo de paja encima. Sobre este caía con furia desde lo alto de la montaña el agua de una enorme cascada, que al chocar se descomponía en un rocío conformado por pesadas gotas de agua. Esta era la razón por la cual nunca había podido acercarse, a pesar de los muchos metales que había para cosechar allí. El agua era fatal para él. Al contacto con ella, su cuerpo de greda se reblandecía hasta volverse una masa amorfa. Aun así, esto no evitaba que hubiese observado a los humanos desde una distancia prudencial.

A pesar de su tamaño eran muy ruidosos. Se movían frenéticamente todo el tiempo. Bro'sto sabía que esta era la cualidad inherente a todos seres orgánicos, a quienes la vida se le escapaba a cada segundo. Aunque morían todo el tiempo, su número no parecía disminuir. Suponía que al igual que los pájaros que a veces anidaban en él, se encargaban de dejar réplicas suyas para que los reemplazaran cuando desaparecían. Bro'sto no entendía la razón de esto. Tal vez pensaban que la tierra no podría seguir sin su presencia. La idea de que unos seres tan pequeños pudiesen pensar algo así le causaba gracia.

A medida que se acercaba a los humanos, la cantidad de metales siempre aumentaba. Mientras los recolectaba, notó que no sentía el ruido del agua, claramente perceptible desde esa distancia la vuelta anterior. La estación de lluvias había sido la más corta en mucho tiempo. Desde hacía varias vueltas había ido disminuyendo. Lentamente se acercó hasta el verdor, sin descuidar en ningún momento su tarea.

La gran cascada se había transformado en un hilo de agua. No se veían humanos cerca. El rocío producido por la cascada ya no era suficiente para cubrir la colmena por completo. Bro'sto observó por un mes, indeciso. Al final, su instinto de trabajo lo llevó a acercarse. Tocó con sus dedos la puerta de hierro. Luego, los cuadrados de silicio que dejaban pasar la luz por las paredes. Bajo el suelo sentía el ruido característico del cobre. Arrancó un pedazo del techo. En el interior la colmena se separaba en muchos espacios cúbicos, donde repartidas por todos lados, estaban las mismas flores metálicas del exterior. Recogió un puñado y escuchó sus elementos. Había mucho trabajo que hacer allí.

Un olor extraño le llamó la atención. Bro'sto desprendió un pedazo más amplio del techo para observar mejor. En el centro de la colmena había algo que se veía como un humano, aunque varias veces más grande, pero su ojo experto notó inmediatamente la diferencia en la composición. Esta era mineral, principalmente calcio. En su interior solo había aire. Algo así no podía estar vivo. El falso humano de calcio tenía ambas manos abiertas y estiradas hacia el frente. Sobre ellas había una gran gema de color verde fluorescente. Bro'sto demoró un tiempo en descubrir que era. Tierras raras. Aunque la estructura cristalina era distinta de todo lo que había visto. Parecía hecha con prisa, utilizando varios elementos para acelerar el proceso de autoensamblaje necesario para formar el cristal. Una burda imitación de las fabricadas por la tierra, hecha por quienes solo poseen un tiempo muy limitado. Tomó la extraña joya entre sus dedos, pero esta se rompió y los trozos quedaron clavados entre sus manos. Un pensamiento apareció en su cabeza: no se puede esperar algo duradero de quien no puede tener una noción real del tiempo. Con su otra mano pulverizó las astillas y se las llevó a la boca para separar sus elementos.

Cosechar el lugar le tomó toda la estación seca. Cuando llegó la temporada de lluvias se devolvió al refugio desde donde había partido. Pero esta vez no durmió. Mientras trabajaba en el campamento humano había sentido crecer en su interior una pequeña voz, que ahora era tan grande que no lo dejaba descansar. Se le ocurrió que alguien como él podía construir un refugio mejor. Tal vez uno parecido al enjambre humano, pero hecho a su medida y construido totalmente de minerales para que fuese duradero e incorruptible. Por suerte no había alcanzado a plantar los que había extraído de la colmena humana. Ahora le servirían para empezar su refugio. Pasó toda la estación de lluvias haciendo sus planes. Cuando los pájaros intentaron anidar en él, los alejó. Así estaría perfectas condiciones para su proyecto. La estación de lluvia duró menos aún que la última vez. Mientras esperaba que la tierra se secase, los pájaros dejaron de venir y ya nunca los volvió a ver. Los siguieron las arañas que ya no tejían en sus articulaciones.

Apenas la tierra estuvo seca se puso manos a la obra. El terreno de la colmena humana le parecía el adecuado para su tarea. Como había supuesto, los materiales orgánicos de esta ya habían sucumbido a la descomposición y las salvajes Phas habían acabado con los materiales polímeros. La cascada se había vuelto un goteo miserable que no tardó en desaparecer. Ahora tenía todo el espacio para trabajar. Comenzó poniendo cuatro grandes y oscuras columnas de hierro, que demarcarían los límites de su propiedad. Luego entre dos de las columnas principales creó columnas menores alternando distintos metales: columnas anaranjadas de cobre, brillantes columnas grises de titanio, de cadmio o de vanadio.

Cuando se le acabaron los materiales almacenados en su interior aún iba en la mitad de la primera pared. Aprovechando que la temporada de lluvia no volvió, dedicó varias vueltas por la tierra a recolectar las flores metálicas que había en el camino. Fábrico paredes de oro, platino, cobalto y manganeso. Aún quedaba mucho que hacer cuando también las flores metálicas se acabaron. Decidió recolectar los minerales desde las minas donde el mismo los había plantado. Creó techos de cromo y

molibdeno. Cubrió todo con una ínfima capa de zinc para evitar la oxidación. Dedicó miles de años a la creación de cristales de esmeralda y topacio adecuados para las ventanas.

Al terminar, se sentó a observar su obra durante siete siglos. Su refugio atrapaba la luz y la multiplicaba en todas las direcciones. Un palacio mineral, sólido, casi eterno. Era una lástima que la montaña impidiese verla desde todas las direcciones. No tiene por qué ser así, le dijo la voz de su interior. Él estaba hecho de greda, era parte de la tierra misma. Había sido demasiado humilde al ocupar el lugar donde antes habían vivido unos minúsculos seres orgánicos.

Bro'sto subió a lo más alto de la montaña, que estaba totalmente desnuda. Con sus puños se dedicó a aplastar la cima, hasta obtener una superficie plana del tamaño que necesitaba. Pieza por pieza transportó su palacio, durante incontables eras. Luego de la reconstrucción, decidió crear una estatua a su semejanza, del tamaño de la montaña, para lo cual recolectó greda desde todas las remotas regiones. Por alguna razón que no recordaba decidió dejar hueco el interior. Las manos de su imagen estaban abiertas y extendidas sobre su palacio. Sobre ellas puso lo único que le pareció digno: dos diminutas esferas metálicas, francio y ástato, la totalidad de los dos elementos más escasos sobre la tierra.

Esta vez contempló su obra durante diez mil años con satisfacción. Luego la observó otros cinco mil años con una vocecita creciendo en su interior. En él siguiente milenio sintió un vacío en su interior que lo llevó recorrer por toda la tierra. Desde cada uno de los puntos que visitó su creación era visible, pero por alguna razón eso ya no le hacía feliz. Vagó dos mil quinientos años por la tierra, pero en esta ya no le quedaba nada por hacer. Cada vez que levantaba la vista su torre estaba ahí: monstruosa, arraigada, imperecedera. Decidió volver hacia ella a buscar el origen de su malestar. Cuando volvió al pie de la montaña recordó que en ese lugar estuvo una vez su palacio. Luego recordó que mucho antes allí habitaban unos seres orgánicos. Y entonces comprendió. Durante todo ese tiempo él había sido como ellos. Recolectando los elementos y transportándolos hasta lugares donde no eran naturales, sólo para su satisfacción. Hasta había creado una réplica de él mismo intentando... ¿Qué? ¿Acaso intentando perdurar como lo hacían los orgánicos?

Se sentó a lamentarse durante cinco milenios, hasta que sintió un ruido familiar. No lo había escuchado desde hacía mucho. Era el agua que lentamente volvía a la tierra. Vio las nubes acercándose perezosamente a su palacio y recordó que este había comenzado como un refugio contra la lluvia. Entonces tuvo una idea. Subió a la montaña. Arrancó las columnas de Cesio, y los ladrillos de potasio y los de rubidio y los aplastó hasta convertirlos en polvo. Los puso sobre las manos de su vacía réplica, donde el francio y el ástato se habían desintegrado hace milenios. Los elementos más escasos sobre la tierra eran también los menos estables. Pensó en los ínfimos minutos en que en realidad estuvo completa su obra y se dio cuenta de la poca idea que tenía acerca de tiempo. Bajó la montaña y se sentó en el sitio donde alguna vez caía una cascada sobre un palacio orgánico a esperar.

Cuando la lluvia al fin cayó los metales alcalinos se inflamaron. Llamas rojas, amarillas y violetas crecieron sobre las palmas de la estatua de greda, que perdió solidez hasta convertirse en una masa amorfa, dejando caer las llamas sobre el palacio metálico. A medida que la lluvia se intensificaba, también lo hacía el incendio, que acabó por fundir el palacio, transformándolo en un río metálico ardiente, donde todos los metales se mezclaban caprichosamente en infinitas aleaciones. El río se deslizó por los canales donde hace mucho había corrido el agua. En la base de la montaña lo esperaba sentado un gigante de greda que pensaba en lo gracioso que había sido al pensar que alguien tan pequeño como él era necesario para algo tan inmenso como la tierra. Ahora ya estaba listo para regresar a ella.

2° Lugar

HIC SUNT DRACONES

Autor: Zygaro

Cuando la princesa sintió los pasos frente a su puerta, cerró el libro de cuentos y bajó de la cama de un salto.

“¡Tío!” gritó tras él, tomándolo de la mano y llevándolo de vuelta a su habitación.

“¿Qué pasa, majestad?” preguntó él, dejándose arrastrar.

La princesa lo soltó frente a una butaca y volvió a encaramarse en la cama. “Cuéntame una historia.”

Él la observó unos segundos antes de contestar, divertido. “Majestad, no tengo ninguna historia.”

“Todos tienen una historia.”

Su tío desvió la mirada hacia los troncos que ardían en el hogar. “Tienes razón,” murmuró al cabo. “Claro que tienes razón.”

La comitiva avanzaba con lentitud por el Camino Real. Era un día de primavera, justo después del almuerzo, y el noble con su guardia podían permitirse el trote pausado de sus monturas.

El capitán de la guardia, al frente del grupo, fue el primero en divisar la enorme cascada que se precipitaba desde la cumbre de las montañas que transcurrían a su derecha. Al seguirlas con la vista, de pronto se descubrió observando al noble a su cuidado. Alto, delgado y envarado, el profesor habría parecido un hombre amargado de no ser por la candidez que transmitían sus ojos, con esa cualidad poco común de algunos hombres que les permite sonreír sólo con la mirada.

“Mi señor,” dijo el capitán, deteniendo su montura para quedar al mismo nivel que el noble.

“Hable, capitán,” contestó Lord Albreck con cortesía.

El capitán carraspeó. “Mi señor... ¿Conoce... conoce usted estas tierras?”

Albreck reprimió una sonrisa, divertido. “Capitán Dorgell, el protocolo es para la corte. Si quieres conversar, no es necesario tanto rodeo.”

“Sí, señor.”

Cabalgaron en silencio por unos segundos. Lord Albreck sabía por qué el capitán se le había acercado; conocía su propia reputación. Tras años de dar cátedra en los salones de la Fortaleza Celeste, siendo el profesor más joven en ser invitado a la Universidad, la narrativa de Albreck había alcanzado un renombre casi legendario. Albreck no usa laúd para darle una oportunidad a los bardos, era lo que se decía en el pueblo, al menos según la posadera. Considerando el peso que tenían sus clases, había sido difícil conseguir el permiso para emprender este viaje, pero al final su hermana, la Reina, había cedido. Suspiró.

“Sí, Dorgell, conozco estas tierras,” comenzó, con voz melodiosa y calculada. “Estamos en la zona más alejada de la Marca del Sur, en los límites del reino, bordeando ya la Cordillera Roja.” Miró a su derecha, a la cadena montañosa junto a la que llevaban cabalgando por más de tres días. “Se cuenta que hace cerca de mil años, las últimas dríades intentaron escalar estas montañas, creyendo aún estar a tiempo de alcanzar a los elfos en su retirada. Mientras subían, la tierra florecía donde sus pies tocaban la roca. Pero al conquistar la cima, los enormes dragones, guardianes eternos de las puertas élficas, les prohibieron el paso.” Albreck se permitió una fugaz mirada hacia el lado. El capitán intentaba vislumbrar la cumbre, perdida entre las nubes. “La presencia de dragones confirmó las sospechas de

las dríades – los elfos habían cruzado por aquí. Desesperadas por alcanzarlos, se lanzaron al ataque. Y fueron arrojadas desde las nubes.”

Dejando una pequeña pausa, Albreck continuó. “Estas cascadas son los famosos Saltos de la Dríade. Se cuenta que donde sus cuerpos cayeron, florecieron toda clase de árboles frutales. Es por eso que ahora cruzamos el mayor viñedo del reino. Desde hace mil años los campesinos de la Marca del Sur han producido el vino que adorna la mesa real en cada comida. Y sin importar el color de la uva, siempre conserva un leve regusto a melancolía.”

El ruido de la cascada los acompañó un trecho; el resto de la tarde cabalgaron en silencio.

El sol estaba a punto de ocultarse cuando terminaron de montar el campamento. Dorgell envió a un par de soldados a por leña para la fogata, preparó el círculo de piedras y se sentó junto a él, comenzando a desabrochar las cinchas de su armadura. Albreck salió de su pequeño pabellón, hizo un gesto con la mano cuando el capitán intentó levantarse, y se sentó junto a él.

“Profesor,” saludó Dorgell.

“Albreck. Llámame Albreck.” El noble lo miró con malicia. Levantó la mano y le enseñó una botella. “¿Me acompañarías con un poco de dríade?”

Dorgell respondió con una sonrisa.

Profesor y capitán seguían hablando frente a los restos de la fogata cuando el sol asomó por el este.

“Dorgell, dime,” preguntó, “¿Qué significa tu escudo de armas?”

El soldado se inclinó hacia un lado para sacar el escudo sobre el que estaba sentado. Tomándolo con las dos manos, estiró los brazos para que ambos pudieran verlo. “Es un dragón,” contestó.

“Pero, ¿Por qué?”

Dorgell hizo una mueca. Siempre se había sentido orgulloso de su escudo de armas, el Dragón de los Dorgell. Pero nunca le había buscado un significado. A su parecer, el símbolo se explicaba solo. Entonces recordó algo, un pensamiento de niño, que probablemente se habría guardado de no haber estado completamente borracho. “Cuando pequeño quería ser caballero andante. Salvar inocentes, rescatar a una princesa. Siempre quise ver un dragón. Más de una casa se jacta de haber recibido su título tras matar a uno, o robado su tesoro, o comido sus huevos.” Ambos soltaron una risotada. “Pero nosotros no. Nosotros no matamos al dragón; nosotros somos el dragón. Siempre vi mi escudo como algo a lo que aspirar – la valentía, la fuerza, el valor del dragón. Pero ya no queda ninguno.” Suspiró. “Siempre quise ver un dragón, algo que... que reavivara la llama. Que me inspirara para ser un caballero, y no...” Dorgell hizo una mueca. Luego tomó un largo sorbo de la botella. “Y tú, profesor,” preguntó tras un rato. “¿Es esto lo que siempre quisiste ser?”

Albreck meditó la respuesta. Le quitó la botella de las manos y apuró lo que quedaba antes de responder. “Creo que estoy luchando por lo que siempre quise,” comenzó. “Amo la historia. Creo que he logrado hacer que unos cuantos la disfruten también. Pero siempre quise dejar mi marca en el mundo. Dejar de repetir la historia, y empezar a hacerla. No sólo doy clases, Dorgell, también soy cartógrafo. Hago mapas. No se me dan muy bien, cierto, pero me gusta. El problema es que siempre, igual que en mis clases, estoy repitiendo el trabajo de alguien más. Esa es la razón de esta expedición. Conseguí que la reina me permitiera viajar con una comitiva más allá del borde del reino, para explorar y garabatear en un pergamino lo que encontremos.” Miró la botella vacía y la arrojó a los restos de la fogata, levantando cenizas. Junto a él, Dorgell roncaba. “Para dejar mi marca en el mundo,” suspiró.

Cubrió al capitán con una manta y se metió en su tienda, mientras las aves comenzaban a cantar.

Tres días más de camino y se encontraban en tierras desconocidas. El grupo cabalgaba en formación más estrecha, pero la senda aún era clara y no se vislumbraba ningún peligro evidente. Hasta que encontraron el carruaje.

Los esperaba a un lado del camino, a medio destrozado, con una rueda perdida y la puerta arrancada de cuajo. Las cortinas de encaje flotaban delicadamente con la brisa.

“¿Estrellado contra un árbol?” preguntó Albreck.

“No, profesor,” respondió Dorgell, inspeccionando ya la escena. “No hay marcas en el camino que sugieran una carrera o un giro brusco; tampoco se dañó el pescante.”

El capitán y sus guardias inspeccionaron minuciosamente el vehículo y sus alrededores. No había señal de los caballos ni de los pasajeros; extrañamente, encontraron varios objetos de valor a plena vista. Al asomarse al interior del carro, Albreck notó las marcas en los dinteles destrozados.

“Dorgell,” llamó. “Estos zarpazos... ¿Un oso?”

El capitán se quitó el guante para pasar los dedos por los surcos. Abrió la boca para contestar cuando uno de sus guardias gritó desde el bosque, “¡Por aquí!”

El grupo entero corrió hacia la voz. A no más de veinte metros del carruaje abandonado, el soldado que había dado el grito estaba acucillado junto a una mancha en la tierra.

Sangre. Demasiada.

Dorgell echó un rápido vistazo a su grupo, evaluando el estado de sus fuerzas. Sólo Albreck carecía de armas y protección; no podía arriesgarse a dejarlo solo junto al carruaje, en caso de que la bestia regresara, como tampoco podía prescindir de ninguno de sus soldados para acompañarlo. “Profesor,” dijo con voz ronca. “Manténgase dentro del círculo. Hombres, seguiremos el rastro, pero la prioridad es el profesor.”

No les tomó mucho tiempo llegar al final de su camino. El reguero de sangre los llevó en línea recta hacia las montañas; en la ladera se abría la boca de una cueva, y junto a ella se alzaba un árbol seco y chamuscado. De una de sus ramas, con la garganta abierta y rodeado de moscas, colgaba un caballo. Lentamente, el grupo se adentró en la oscuridad, evitando mirar el cadáver. Nadie habló. Nadie quedó como cobarde.

En el exterior, las aves seguían cantando.

El grupo avanzaba en silencio, con una lentitud insoportable, apretando los dientes cada vez que una armadura chirriaba. No se habían atrevido a encender una antorcha por miedo a revelar su posición; la única señal de que seguían juntos era el jadear ahogado de los guardias a través de sus yelmos, amplificado por el eco y la oscuridad absoluta. Cada roce de botas contra la piedra era una avalancha. Cada uno caminaba tanteando la pared más cercana para mantener el rumbo, con el miedo constante de que en cualquier momento el muro los talaría de vuelta. Tras lo que les pareció una eternidad, una luz rojiza señaló el final del túnel. Tras doblar el último recodo y detenerse unos segundos en la arcada, mirándose al fin unos a otros, el grupo completo entró en la caverna.

Las entrañas de la montaña se abrían en un enorme espacio cuyo tamaño no podía precisarse debido a que el techo y las paredes se perdían en la oscuridad. A unos treinta pasos ardía una enorme pira, tan grande que su calor los alcanzaba aún a la distancia. El fuego iluminaba el resto de la caverna, revelando enormes huesos que brotaban de la tierra, adornados con pieles, cuentas y meticulosos tallados. Y entre los huesos, como hongos entre árboles, se alzaban pequeñas viviendas de todo tipo – tiendas de cuero, chozas de madera y cuerda, e incluso algunas construcciones de piedra negra y brillante.

Sin embargo, la extraña aldea parecía vacía. Dorgell cuestionó al profesor con la mirada. Albreck se encogió de hombros.

Avanzaron juntos hacia la fogata en el corazón del pueblo, abriéndose paso entre las casuchas y los huesos. Observando más de cerca, Albreck comenzó a percibir ciertos detalles que le erizaron el vello de la nuca – de las pieles sin curtir que cubrían techos y tiendas aún colgaban crines, largas y negras. Parte de las decoraciones parecían hechas con restos de carruajes o sus ruedas. Y entre las cuentas que colgaban de los techos por encima de la senda que recorrían, se intercalaban cráneos negros por el fuego, cráneos astados, cráneos de ave, pero la gran mayoría, cráneos humanos. El profesor miró una vez más hacia la fogata, cada vez más cerca, y comprendió.

En medio de la enorme pira se alzaba un poste blanco, aparentemente del mismo hueso que abundaba en la caverna. Del poste colgaba un cuerpo inerte, chamuscado y ennegrecido por las llamas. Y a su alrededor, arrodillada, una pequeña multitud permanecía en silencio, con las frentes pegadas al suelo de piedra.

Los habitantes de la caverna ni siquiera usaban zapatos; unos pocos llevaban harapos mugrientos por encima de los hombros, y nada más. Excepto por la enorme figura del centro. Albreck intentaba distinguir los detalles frente al fulgor de las llamas, cuando un sollozo a su derecha lo hizo volver la vista.

Acurrucada en la esquina de una jaula tan pequeña que no le permitía estar de pie, una niña de no más de tres años lloraba con la cabeza escondida entre los pliegues de un enorme vestido. El brillo de la fogata resaltaba su largo cabello, rojo como el fuego de las llamas. Albreck miró a sus compañeros, que lo observaban en silencio; luego se agachó, quitó el pestillo de la jaula con cuidado y abrió la puerta.

Al oír el rechinar de las bisagras, la niña levantó la cabeza. El profesor se llevó un dedo a los labios y abrió ambas palmas hacia ella, intentando calmarla. Tras ver a los caballeros, la niña se arrastró por el suelo y corrió con sus cortas piernas hacia Dorgell, abrazándose a su pierna. El caballero se agachaba para tomarla cuando un grito lo detuvo en seco.

Uno de los habitantes de la cueva estaba de pie, apuntándolos con el dedo y soltando una serie de ruidos guturales. Los otros no tardaron en unir sus voces a la suya. Unos cuantos tomaron maderos ardiendo de la fogata y los golpearon contra el suelo, amenazantes. Pero sus gritos cesaron cuando la figura del centro comenzó a levantarse.

Lenta, casi parsimoniosamente, lo que Albreck había asumido era el líder de la tribu se puso en pie. Pero la silueta que se recortaba contra las llamas no era del todo humana. Sacándole al menos dos cabezas a sus súbditos, la figura se giró lentamente para enfrentarlos; a pesar de que los detalles de su rostro eran indistinguibles al encontrarse frente al fuego, sus ojos brillaban con la misma intensidad que las llamas. Dos enormes alas brotaban desde sus hombros, y de sus manos se extendían sendas garras de al menos dos palmos de longitud. Cuando abrió la boca para rugir, el mismo fulgor de sus ojos brotó de su garganta.

Junto con una llamarada de fuego.

En un rápido movimiento, Dorgell lanzó a la niña a Albreck con el brazo derecho y se cubrió con el escudo que llevaba en el izquierdo, bloqueando el ataque. Como uno, el resto de los seres se lanzaron aullando contra ellos. Dos guardias del grupo cayeron abatidos frente a la oleada de salvajes antes de que el capitán pudiera gritar, “¡Vuelvan hacia la entrada!”

Albreck llevaba medio camino recorrido con la niña en brazos cuando escuchó la orden. Ya lograba distinguir la boca del túnel frente a él; amontonados a su alrededor había decenas de enormes barriles, goteando una espesa sustancia negra.

Brea, comprendió al instante. Para mantener la fogata ardiendo.

Con la niña sollozando junto a su cuello, el profesor atravesó el umbral y se giró. El último de los guardias entró con él; unos pasos más atrás, Dorgell cerraba la retirada. El capitán estaba a unos pasos de la salida cuando una antorcha lanzada por una de las bestias lo golpeó en la nuca, arrojándolo al suelo. Sus atacantes no tardaron en alcanzarlo. Estaban a punto de cubrirlo cuando un rugido los frenó en seco.

La estampida de salvajes se abrió y retrocedió para dar paso a su líder. La criatura avanzó con lentitud, arrastrando la punta de sus alas tras de sí como una capa, acercándose con calma al círculo de luz de la antorcha. Albreck vio el terror en los ojos del capitán mientras este se arrastraba por el suelo, intentando alcanzar la salida. Los ojos desesperados de Dorgell saltaron del profesor a la niña y luego a su escudo, que había caído a un par de metros de distancia. El capitán se detuvo. Tras cerrar los ojos un instante, respiró hondo y giró sobre la espalda para enfrentarse a su destino.

La luz reveló lentamente las facciones de la criatura a medida que entraba en el círculo de luz... pero no era más que otro salvaje, cubierto en piezas de armadura oxidadas y amarradas entre sí con cuerdas y cuero. De su espalda se extendía un armatoste de ramas y tela, simulando alas; una suerte de guanteletes cubrían sus manos cual garras. Lo único real eran los dientes afilados que sobresalían entre sus labios entreabiertos, brillantes en medio de una cara negra por el hollín. Dorgell sonrió.

“Tú no eres un dragón,” dijo, levantándose en una rodilla con ayuda de su espada. El salvaje avanzó chillando, encolerizado. Una rápida estocada en el abdomen fue suficiente para callarlo. Su séquito mantuvo la distancia, enmudecido. Con dificultad, el capitán se puso en pie y caminó hacia la salida.

La niña extendió los brazos hacia él. El capitán sonrió, cansado; dejó caer su espada ensangrentada y se dirigió hacia ella. Pero un rugido lo hizo voltearse. El líder de las criaturas, agonizante, los miraba apoyado en un codo, vociferando en su dialecto ininteligible y apuntando a la niña con una garra. Luego arrancó un frasco de su cinturón, bebió el contenido e, inflando las mejillas, escupió una enorme llamarada hacia ella y el profesor.

El tiempo se detuvo. Albreck vio como la bola de fuego avanzaba lentamente hacia ellos. Abrazó a la niña y volvió la espalda hacia las llamas, sabiendo mientras lo hacía que no sería suficiente. Sintió el calor justo antes de que el golpe lo arrojara al suelo – el golpe de un cuerpo blindado cubriéndolos a ambos.

Parte de las llamas alcanzó la brea que goteaba de los barriles, encendiéndola ridículamente rápido.

Luego el mundo estalló.

Albreck regresó del recuerdo lentamente, como despertando de un sueño. La voz de su sobrina parecía llegarle desde muy lejos.

“¡Tío!” insistía ella desde su cama.

El profesor la observó un momento, deteniéndose en sus cabellos rojos.

El profesor levantó la cabeza de entre la maraña de cabellos rojos. “Profesor,” la voz agonizante de Dorgell suspiró en su oído a través de labios carbonizados.

“¿Qué pasó con el caballero, tío?” exigió su sobrina.

“Deja tu marca... en el mundo.”

Una lágrima rodó por su mejilla. “El caballero salvó a la princesa, por supuesto,” logró contestar. “Y a sus amigos. ¿De qué otra forma podía terminar?”

La respuesta pareció satisfacer a su sobrina. “¿Y vivieron felices para siempre?”

Albreck se levantó con dificultad. “Algunos vivieron felices,” dijo, deteniéndose en la puerta. “Otros vivieron para siempre.”

Los pasos del profesor retumbaban por los vacíos salones de la fortaleza. Camino a sus habitaciones se detuvo frente al Salón del Concejo Real. Miró a ambos extremos del pasillo antes de abrir la puerta con cuidado.

En la pared de la sala se extendía el mapa más completo del mundo conocido. Albreck tomó carboncillo y pan de un estante y se arrodilló a los pies del mural. Y allí, junto a la Cordillera Roja, al este de los Saltos de la Dríade, junto a los límites del mundo, escribió:

“Aquí hay Dragones.”

Por una vez la sonrisa abandonó sus ojos y alcanzó sus labios.

“Algunos vivieron felices,” murmuró. “Otros vivieron para siempre.”

Y, tras dejar los instrumentos en su lugar, el Cartógrafo Real se fue a la cama.

3° Lugar

Un fortuito comienzo

Autor: Saito

El poblado de Puente Viejo se encontraba ubicado al norte de la capital, en la árida zona de Dos Soles, en pleno desierto. Un antiguo puente que dejaba cruzar el río Esperanza y daba la bienvenida a todos los que llegaran desde el sur era la razón por la cual Puente Viejo se llamaba así. Igna no se sorprendió cuando al entrar en la avenida principal de dicho poblado vio que casi no había nadie, las polvorientas calles del lugar parecían abandonadas y el silencio que dominaba el pueblo solo era interrumpido por algún relincho esporádico de alguno de los pocos caballos que había en Puente Viejo, el lugar nació en torno a este punto de tránsito, un fuerte puente que se había mantenido con el paso de los años. En estos momentos era una de las pocas formas de cruzar más al norte, pues el río era bastante hondo y turbulento.

Al entrar en la cantina del lugar, Igna, que destacaba en el cuadro al ser un forastero de baja estatura y pelo rubio, con no más de 20 años de vida, le preguntó al cantinero la razón por la que el lugar estaba tan abandonado.

El cantinero, un hombre canoso que cojeaba levemente al caminar siguió limpiando el largo mesón de su cantina por un rato antes de contestar.

-Bueno, jovencito, muchos creen que por ser este un punto obligatorio para seguir al norte tendría más vida, que sería algo así como un polo comercial. Bueno, malas noticias, en esta parte del reino es caro y peligroso viajar por tierra, así que las rutas son marinas, el polo comercial el norte está en Bahía Los Robles, nosotros solo somos algo así como un bastión de avanzada, un lugar para que los que deciden viajar por tierra no mueran solos.

Por supuesto que Igna ya sabía esto, el chico a su joven edad ya era un comerciante avezado, se había criado en una familia de mercaderes errantes y ya hace dos años se había independizado, gracias a esto el chico había recorrido casi por completo el reino humano, pero al norte solo había ido mediante la ruta Marina.

-Bueno, en la capital hay historias, ajehm- Igna se acercó al cantinero- hablan sobre que ustedes tienen problemas con las lamias, señor.

-Ja, ya sabía yo que no podía ser usted alguien normal, la ruta terrestre solo la usan 3 tipos de personas, los militares para sus misiones de reconocimiento y defensa, los magos que buscan secretos o hechizos y por último los caza fortunas, tipos que buscan tesoros o dinero en lugares

donde el resto no buscaría. Dime jovencito, doy por hecho por cómo hablas y te vistes que no eres un militar, entonces, ¿mago o caza fortunas?

-Un poco de ambos- Le respondió con una sonrisa Igna.

-Y qué vienes a buscar en este lugar perdido en la arena del desierto, si es que se puede saber.

-Bueno señor, si me sirve una copa de Koska quizás le cuente mis aventuras- le respondió el chico mientras sonreía y acomodaba una silla para sentarse frente a la barra.

-Oh, mil disculpas, como sospecharás no tengo muchos clientes entonces he perdido un poco ese toque para saber cuándo mi cliente quiere que le sirvan un trago- El hombre se dio vuelta y comenzó a buscar entre las botellas que tenía en la gran repisa que se ubicaba atrás de donde se sentaba a esperar clientes. Como el mueble tenía su parte delantera hecha de vidrio el chico pudo apreciar la abundante cantidad de licores que el hombre tenía, muchos bares de la capital envidiarían eso, sobre todo por la diversidad de los tragos que ahí se podían ver.

-Bueno- dijo el hombre luego de dar con la botella que buscaba- tienes suerte, pude encontrar una botella de Koska, tienes un gusto bastante refinado a pesar de tu edad, el Koska no es apreciado por los jóvenes humanos.

-Lo sé, es una pena, si fuera más popular lo importarían más y podría beberlo con más frecuencia, usted buen hombre, se ganó un lugar en mi corazón en cuanto vi en su vitrina una botella de tan buen licor.

-Ja ja ja, pues sí, no sé cómo lo harán los Centauros, pero su Koska es algo maravilloso- le respondió el cantinero mientras le servía un vaso de ese licor, de apariencia espesa y color avellano, con un fuerte olor que hacía recordar el bosque.

-Ah, definitivamente este es un gran Koska- dijo Igna luego de dar un largo trago a su vaso.

-Bueno jovencito, me preguntabas por lamias, ¿Hay alguna razón para eso?

-Bueno en la capital dicen que como esa raza de mujeres serpiente no puede crear hijos varones, solo naciendo mujeres, roban hombres de pueblos cercanos para poder mantener su especie, y que bueno, al parecer la especie que mejor resultados da al procrear con ellas es la humana.

-Y que por eso este pueblo está vacío, sí, he escuchado la historia varias veces, varis idiotas han llegado esperando vivir como cafiches y se han devuelto defraudados, en su momento esa historia fue cierta, pero ya hace muchos años que no es así. Al menos hace ya unos 50 años que no hay un secuestro de hombres, al menos en este pueblo, ahora lo hacen con los viajeros, así pasan desapercibidas, no se sabrá si el tipo desapareció por un asalto, un accidente o por ellas. En todo caso, este pueblo ha estado medio muerto y sin gente desde su fundación, la idea de vivir a aquí no atrae a muchos, pero esta paz y tranquilidad a mí me encanta.

-Oh, no tenía idea que la historia ya era algo del pasado.

-Lamento decirle que no le creo, pero vamos, ¿Qué desea de ellas?

-Bueno, quiero hacer negocios, hay varios productos escasos y cotizados que son hechos por ellas.

-Pero debes tener claro que no son muy abiertas a comerciar.

-Já, mi querido cantinero, todo lo contrario, según averigüe la cosa no es así, de hecho, les gusta el comercio, pero también su seguridad, son pocos los que han dado con asentamientos de lamias, pero, una vez que se da con ellos y se demuestra que no se quiere hacer mal alguno, son muy abiertas para vender y comprar a precios razonables. Y sabemos que estamos cerca del reino de las lamias, mal que mal, viven en este desierto desde antes de que llegáramos nosotros, los humanos, además se sabe que uno de sus asentamientos está relativamente cerca de este lugar.

-Y quieres saber si sé dónde está- le respondió el hombre mientras limpiaba unos ya relucientes vasos.

-Exacto- Le respondió el chico luego de acabar su vaso de Koska.

-Bueno, puedes tratar de encontrarlas bajo tu propio riesgo, por lo que sé debes seguir el camino del sendero, que está por la salida norte, pero yo que tú lo pensarías dos veces, puede ser algo peligroso.

-Oh, no se preocupe, lo tengo más que claro, gracias por todo- Igna se levantó y dejó una moneda de plata en la mesa- Quédese con el cambio.

-Si vuelves con vida, asegura de pasar por aquí de nuevo, jovencito.

-¡Claro!

Igna fue en busca de un local de provisiones y arrendó una pieza en la que pasó la noche.

Con las primeras luces del día siguiente partió siguiendo las indicaciones del cantinero.

Era ya medio día, el sol pegaba fuerte sobre la blonda cabeza del chico que se movía lentamente, le apesataba tener que caminar por aquel árido camino, con solo arena en los alrededores, pero su motivación permanecía intacta, le habían encargado productos que solo las lamias desarrollaban, comprarlos a un revendedor salía un ojo de la cara, si lograba dar con la aldea de las chicas y convencerlas de que negociar podría ganar suficiente como para vivir un año, además la curiosidad era grande, una aldea así de oculta, debía ser al menos peculiar.

A medida que el sol bajaba lo hacían también las temperaturas, el desierto fiel a su reputación era duro, durante el día arrasaba con un calor gigante para luego durante la noche golpear con temperaturas muy bajas. Cuando el sol se puso por completo y solo las estrellas iluminaban tenuemente el terreno Igna decidió que era hora de descansar, en el lugar que escogió para dormir levantó hechizos de protección, luego armó una improvisada tienda que había comprado en Puente Viejo en la que entró y después de comer una porción de carne deshidratada se puso a dormir.

La mañana del día siguiente llegó de sopetón, Igna despertó de golpe con el repentino ruido de un pequeño estallido, uno de sus hechizos de protección se había activado, alguien andaba cerca, el joven comerciante salió rápido de su tienda varita en mano y caminó lentamente hacia donde se había levantado una pequeña columna de humo, a sus 20 años había sido asaltado en los caminos varias veces, sobre todo desde que se movía solo, pero por suerte había nacido con un don, era gran mago, que sin estudios serios y solo aprendiendo ocasionalmente y de forma autodidacta había logrado obtener un nivel impresionante, este poder lo había hecho salir victorioso de incontables peleas con ladrones y sus hechizos defensivos lo habían advertido a tiempo.

-Soy Igna, un comerciante, quien sea que esté aquí salga lentamente, cumplí con el protocolo, dejé un hechizo de aviso, pero si sigue avanzando se topa con los demás hechizos defensivos.

Desde el humo dos ojos con un resplandor rojizo miraron al chico para luego salir hacha en mano en contra de él, un orco, mucho más alto que Igna, de constitución robusta, se acercaba gritando, furioso, el chico lo apuntó con su varita y murmuró un conjuro, una luz azul golpeó en el pecho a la bestia lanzándola hacia atrás, fuera de combate.

El chico se mantuvo atento, los orcos, bestias nómadas que normalmente vivían de la guerra y de asaltos a comerciantes, no andaban solos, siempre salían en grupos de al menos tres. El tiempo le dio la razón a sus sospechas. Unos segundos después de que cayera abatido el primer orco, dos más salieron gruñendo y gritando. Uno empuñaba una espada y el otro le apuntó con un arco, El chico lanzó un conjuro al arquero, pero no lo suficientemente rápido, el orco alcanzó a disparar dos veces antes de caer al ser impactado por el proyectil mágico, la segunda flecha le dio a Igna en el hombro derecho, el chico cayó sentado hacia atrás, el orco de la espada estaba cada vez más cerca, juntando todas las energías que tenía se concentró y murmuró un conjuro, el orco ya estaba al lado del chico y dejó caer el filo de la espada sobre la cabeza de su oponente.

No había escudo alguno en el lugar, pero la espada del orco rebotó en el aire, como si hubiera una especie de escudo invisible, esos segundos de desconcierto fueron aprovechados por el joven humano que le lanzó un conjuro a su oponente, el misil de luz azul pasó a un metro del sorprendido orco. Estando al lado había fallado, para lanzar un hechizo de forma certera se requería precisión, algo que no podía lograr de buena forma con una flecha enterrada en el brazo que usaba para blandir su varita. El orco atacó de nuevo, de nuevo su ataque fue rechazado por el escudo invisible, hechizo defensivo que había lanzado Igna cuando el orco se venía encima,

El chico lanzó dos hechizos más, el segundo logró dar con el orco que cayó sin vida.

Con dificultad se puso de pie y se dispuso a ir a su tienda a buscar medicinas para tratar la herida, pero los pies le pesaban cada vez más, los ojos comenzaban a llorarle y la boca se le secaba deprisa, con una triste sonrisa el humano lo entendió, la flecha estaba envenenada. Igna estaba a menos de dos metros de su tienda cuando cayó inconsciente.

El sobresalto fue grande cuando el chico despertó en su tienda, su herida había sido tratada y estaba vendada, se incorporó rápidamente y buscó en su ropa su varita para luego guardarla en su pantalón, salió como pudo y se encontró con alguien a los pies de la fogata que había fuera de

donde había estado descansando, una chica de pelo largo y platinado, liso y sedoso, rasgos finos y piel pálida, un pronunciado busto y una linda cintura, que vestía un peto de seda y una falda, ambas de color dorado con toques de blanco. Podía pasar por humana de la cintura hacia arriba, pues hacia abajo tenía una cola de escamas platinada, era una lamia.

-Buenas...noches, he de suponer que usted ha salvado mi vida, si es así muchas gracias- Le dijo Igna mientras se acercaba lentamente.

-No te muevas demasiado, humano, la herida aún no cura por completo- le dijo la chica con voz tranquila.

-Bueno, gracias de nuevo, estoy en deuda con usted- Igna se sentó cerca de la chica y acercó sus manos al fuego, el frío del desierto estaba comenzando a golpearlo- ¿Cuánto llevo dormido?

- Un día completo, pasaba por el lugar y activé unas trampas mágicas que supongo que tú pusiste, venía a reclamar una compensación por las cosas que perdí por la explosión de la que fui víctima y te vi caer.

-Lamento la explosión, de veras, pero es la forma que encontramos para poder lidiar con asaltantes.

-Por cómo te encontré no es una forma que te haya funcionado muy bien, además, no es tu desierto humano, no tienes derecho a minarlos con tus hechizos.

-Los iba retirar apenas levantara mi tienda...bueno, dado que me salvaste asumo el costo de lo que te hice perder además desearía agregar un extra por salvar mi vida, cuanto crees que sería un buen número. Mi nombre es Igna, lamento no haberme presentado de inmediato.

La lamia pareció titubear, no esperaba que el chico cediera tan rápido- Me llamo Cloe, y bueno, 20 monedas de plata me parece que es lo justo- le respondió luego de pensarlo, mientras la punta de su cola se movía de un lado a otro.

-Bueno, eso es mucho dinero, puedo darte 10 monedas ahora y la promesa de volver con 20 más en un futuro cercano-

-Me viste cara de inocente o qué humano, como volverías, ¿a dónde? Es imposible que nos podamos reunir en este punto aleatorio del desierto.

-Muy cierto, mi bella dama, por eso sería mucho más fácil si me indicara donde queda su aldea y ahí mismo podría llevar el dinero.

-Ah, así que eso era, por eso andabas deambulando por esta zona, entonces eres un cazador o un comerciante. Por el triste espectáculo que diste contra esos tres orcos no debes ser un cazador sino más bien un comerciante.

-Oh, así que pudiste ver la pelea.

-Sí- le respondió la lamia mientras lo miraba- decidía si valía la pena ayudarte, pero te las arreglaste, a duras penas, pero te las arreglaste.

-Entonces...-

-No te puedo llevar a mi aldea, los únicos hombres que entran son para ayudarnos en nuestros ciclos reproductivos, tal como oyes, es un trabajo que muchos quieren, el único problema es que una vez que lo aceptas es algo de por vida.

-Sólo quiero negociar, ambos podríamos ganar algo con esto.

-Sabes humano, estamos cortos de hombres en la aldea, te encontré porque estaba buscando alguien a quien cazar, de hecho, casi te llevo luego de curar tus heridas a mi aldea para que formaras parte de nuestra vida, pero me puse a leer ese librito en que anotas tus viajes.

-Oh- Igna se relajó un poco, por un momento pensó que su aventura terminaba acá.

-Me gustó eso de recorrer el mundo, has visitado todo el reino humano y tienes pensado comenzar a conocer los reinos de otras razas. Llévame contigo- Los ojos de la lamia brillaban de entusiasmo y determinación.

-Bueno, no lo sé, mis viajes son pesados y complejos, casi nunca tengo dinero y bueno, llamas la atención.

-Oh, lo dices por mi cola, no te preocupes, mira- la chica murmuró algo y con un pequeño destello su cola se transformó en dos piernas humanas- Puedo mantener esta forma de manera indefinida, así pasar de tener cola a piernas cuándo y por cuánto quiera.

-Bueno, un pero menos entonces, pero tengo otro, ¿No se preocuparán las demás lamias por qué no llegas?

-Ah, no te preocupes, les avisaré, somos libres de dejar la aldea cuando queramos. Igna pensaba dubitativo.

-¿Tanto repulsión te causo que no quieres aceptarme?

-No es eso- le respondió Igna mientras se paraba y sacudía la tierra de sus pantalones- es que sería otra boca que alimentar y proteger...Pero te aseguro que no pasa por tu aspecto, de hecho, te encuentro atractiva, con cola y todo.

- Te aseguro que será al revés yo te defenderé a ti- La chica murmuró y su cola volvió a aparecer, con un veloz movimiento saltó sobre Igna y lo tumbó en la arena mientras lo envolvía con su cola- Así en 4 segundos te tengo a mi merced.

-Está bien, está bien, entendí, pero aléjate por favor, tu cuerpo esta totalmente sobre el mío.

-¿Y eso te incomoda?- la chica olía muy bien, como a flores eso sumado a que su pecho estaba presionando sobre el tórax de Igna activaban las hormonas del joven humano.

-No, bueno sí, una parte de mi está reaccionando a esto...

-¿A qué te refieres...?- La lamia liberó a Igna de inmediato cuando sintió a que hacía referencia el humano, La bella lamia que no tenía más de 20 años, aún sonrojada miró al joven luego de soltarlo- ¿Y bien? ¿Somos equipo?

-Sólo si te enrollas en mí así todas las noches- le respondió riendo el chico.

Varios golpes después el chico le seguía pidiendo disculpas a la sonrojada lamia por aquella broma.

-Bien, entonces partamos de vuelta a Puente Viejo, nos reabastecemos y buscaremos nuestro siguiente objetivo.

-Vayamos a mi aldea, así podremos reabastecemos y negociar, todo a la vez.

-Me gusta eso- le respondió Igna feliz. No sabía por qué, pero confiaba en la chica, decidió jugársela y darle su confianza.

Han pasado los años y aún se recuerdan historias del dúo de comerciantes Igna y Cloe, el rubio enano y la dama de plata, una pareja que creo tantas historias como lugares recorrieron.

La Historia de Neithan y Lara (O el Bosque de la Tristeza y el Amor Prohibido)

Autor: H. E. Pérez

- De Neithan -

Paseaba, una noche fría de invierno, por el enorme Bosque de la Tristeza y el Amor Prohibido, montado en mi corcel. Cabalgaba entre los árboles, inspirando la helada y espesa niebla que a esa hora oscurecía mi aciaga vista. Andaba solo, meditando mi enorme pena, absorto en tristes pensamientos, cuando entre la cortina de bruma algo más brillante que una joya llamó enormemente mi atención. Trémulo me acerqué para saber a ciencia cierta qué bello espectáculo era.

- ¿Es que acaso es una ilusión provocada por una triste lágrima que nubla mi vista y me provoca esta extraña imagen? – consulté a mi rocín mientras acercábame al dulce brillo que me llamaba.

A cada paso de mi fiel animal, más me aproximaba a la reluciente figura. Mientras más cerca, más nítida: una delgada y grácil silueta. Recién estando a un metro de aquella persona – pues era imposible no distinguirla – me percaté que era la hermosa princesa Lara, la más bella de las hijas del Rey.

- ¿Qué le sucede, princesa? – le pregunté, apeándome de mi corcel -. ¿Qué hace en este lugar, acompañada sólo por los silentes árboles y cubierta por esta circundante niebla?

- Extraño – me dijo -, ¿cómo sabes mi nombre?

- No es difícil conocerla, ¡oh, princesa!, pues quien ha viajado por el mundo ha visto tantas maravillas que reconocería fácilmente a la más hermosa entre ellas.

- He venido a llorar una pena que me retuerce el alma – contestóme, con la mirada perdida y tan triste que mi propio espíritu, oscuro y pagano, por poco se enfriaba mortalmente.

- Soy todo oídos por si vuestra majestad desea contarme sus penurias, y soy cobija por si acepta un abrazo consolador.

- ¡No te contaré lo que a mi alma aflige! – díjome con su pálido rostro lleno de desconsuelo.

- Si vuestra alteza no desea confesar su dolor a este humilde siervo, no tengo más remedio que someterme a su voluntad; mas ofrezco mi caballo y mi compañía para llevarla a vuestro palacio.

Fue así como la princesa Lara, la más hermosa entre ellas, montó en mi corcel mientras yo lo guiaba de las bridas, caminando entre la frondosa floresta.

Al poco andar llegamos a un claro entre los árboles. Al fondo y sobre una ladera se apreciaba el enorme castillo del Rey, iluminado por la más brillante de las lunas de aquel mes.

Con suavidad ayudé a la princesa a poner pie en suelo, quien me agradeció humildemente, pero siempre con la mirada perdida.

- ¿Es que acaso la hija de un Rey no tiene derecho a ser feliz? – dijo con la voz quebrada, pero no me hablaba a mí, pues su vista ahora fijábase en la luna -. ¿Cómo es posible que no pueda amar a quien amo con fervor y debo querer a alguien que me han impuesto? ¿Cómo, ¡oh hado cruel!, cómo no amar a Lord Neithan?

- ¡Vaya, princesa de princesas! Ya veo a qué se debe vuestro dolor. Cómo quisiera poder secar esa lágrima que brota de sus cristalinos ojos y que brilla como una perla deslizándose por su aterciopelada mejilla. Cómo desearía besar sus cálidos labios que el destino, ¡ah, maldita y cruel fortuna!, me ha vetado al unirlos con otro. ¡Oh, bella entre las bellas, más hermosa que la encantadora Venus! ¡Oh, amada Lara, lucero luminoso, envidia de Afrodita! ¿Acaso no sabes que frente a vuestro taciturno cuerpo está tu amado Lord Neithan?

Allí la princesa Lara giró suavemente el rostro y me miró con la misma cara de pena que mostróme al encontrarla, sólo una inexpresiva sonrisa esbozó con sus labios.

- ¡Oh, amado, el más y mejor querido! Un velo de tristeza cubría mi vista, sólo ahora sé que estás aquí conmigo, junto a mí... aunque, ¡oh, patética existencia mía!, no para siempre.

- ¡Cruel es el destino de los enamorados, querida mía, la más bella entre las diosas del Olimpo! ¡Vil es al prohibirme vuestro anhelado y dulce amor! ¡Cruel y sin piedad al obligarte a amar a otro mientras vuestro pusilánime corazón late por mí! ¡Tirano al abandonarme con un triste y único pensamiento: mi amada princesa Lara!

Luego de ello, puse ambas manos con suavidad en sus mejillas y le hablé como si de mí brotaran las últimas palabras de mi vida.

- ¡Amada y bienamada, dulce mía! ¡Más amada que mi propia vida! ¡Más bella que la luna y los astros que hoy me inspiran! Aunque duela más que si dijeras que no me amas, hemos de admitir, con

el dolor que sienten nuestras gemebundas almas, que nuestro destino está firmado con sangre. ¡Oh, princesa mía, hemos de separarnos pues así está escrito! ¡Sin embargo, te amaré hasta que del cielo caigan celosas las estrellas, hasta que los profundos mares se sequen, te amaré más allá de tu muerte y de la mía propia! ¡Adiós! – y le besé con cariño la frente.

Con esas últimas y lastimeras palabras monté de un salto en mi caballo y emigré a mi tierra llorando. Ella quedó ahí bajo la plateada luz de la luna, viendo como yo me alejaba.

De este modo – de este maldito modo – se cumplió el destino de nuestras almas. Sin embargo, y hasta el final de nuestros días, compartimos algo en común: ¡la tristeza! – FIN

- De Lara -

La noche ya había extendido su impenetrable manto de oscuridad cuando desperté sobresaltada. Me faltaba el aire y algo oprimíame el pecho, mis tristes ojos llenáronse de lágrimas. Decidí levantarme y huir a cualquier parte buscando una respuesta para sanar el dolor de mi alma.

Abrí lentamente la puerta de mi habitación, no había guardias cerca. Entonces salí y comencé a bajar por las enormes escaleras de mármol. Llegué al pórtico principal que estaba protegido por los vigilantes del Rey, sin embargo, con un canto hechizado de mi voz los hice dormir. Así escapé del palacio sin ser descubierta.

Como quien huye para salvar su vida, así corrí descalza sobre la hierba, adentrándome en la profundidad del Bosque de la Tristeza y el Amor Prohibido. Cansada, me detuve, cerré mis atribulados ojos y de súbito me embargó el desconsuelo.

- ¿Por qué – le pregunté a la luna -, por qué? Siempre supe que el amor es mágico, pero hoy duele en lo más profundo de mi alma. La vida me unió a un hombre que me ama, pero, ¡oh, Dios!, mi corazón se confundió, se ha vuelto loco. Conocí a un ángel que me cautivó con sus palabras, con sus miradas, y, ¡oh, hermoso astro que me escuchas!, aquel beso prohibido... ¡cómo olvidarlo si no lo puedo sacar de mis pensamientos! – cerré nuevamente los ojos y suspiré.

De pronto sentí un ruido, mi corazón comenzó a latir con la furia de un caballo desbocado. Muy lento, la silueta de un corcel se acercó a mí y sobre él, montando reciamente, un hombre con una capucha que cubría su rostro.

- ¿Qué le sucede, princesa? – me preguntó, apeándose de su corcel -. ¿Qué hace en este lugar, acompañada sólo por los silentes árboles y cubierta por esta circundante niebla?

Me extrañé al darme cuenta que aquel peregrino sabía que era yo, Lara, la hija del Rey. Me quedé en silencio y por un breve instante no dije palabras, sólo concentrábame, obnubilada, en cómo podría hacer entender a ese extraño que mi corazón estaba apasionado por alguien prohibido, que mi vida iba por un camino recto, que de pronto ese hermoso mapa se convirtió en un laberinto, y que, ¡oh, clemencia!, lo peor es que sé dónde está la salida, pues es ese amor oculto el que me lleva a vivir en un cuento de hadas, es un príncipe que me roba en mis sueños, ahí donde estamos solos y amándonos como si la realidad no existiera.

De pronto pasé de esa amargura a una tranquilidad infinita, pues este caballero que estaba frente a mí tomó mi mano y sutilmente me subió a su corcel. Comenzamos a recorrer el bosque rumbo al palacio. Sentí la brisa en mis pies, como si estuviera en mis sueños con mi amado, entonces, llena de amor, cerré mis ojos y dejé que el viento acariciara mi rostro con delicadeza.

Luego de cabalgar por un momento llegamos a un claro entre los árboles, allí se filtraba la hermosa luz plateada de la luna. Con la misma dulzura del viento en mi rostro, el extraño tomó nuevamente mi mano y me bajó de su corcel. Al hacerlo sentí una necesidad enorme de hacerle una pregunta. Quizás él podía tener una respuesta para mi afligida situación.

- ¿Por qué mi amor no puede ser libre y tiene que vivir en forma etérea? – le pregunté -. ¿Por qué, ¡oh, despiadado Dios!, sólo he de abrazar y besar a mi amado Lord Neithan a escondidas cada noche en mis sueños?

En ese momento, el extraño se acercó a mí lentamente, con sus manos liberó su cabeza de la capucha que lo cubría y la luz de la luna me mostró por fin su verdadera identidad. Un suspiro, ¡sólo uno!, llenó mi alma al ver que ese caballero ya no era un desconocido.

- ¡Eres tú, amor mío! – exclamé con enorme alegría -, tú que estás aquí, en mi mente y en mi alma... ¡Sí, en mi alma, Neithan!

Él tomó mis manos, y tan sólo me abrazó, y con ese gesto permitió que nuestras almas se entrelazaran convirtiéndose en una. Y ahí estuvimos: un bosque oscuro, la luna inmensamente blanca y dos amantes respirando el mismo aire, que ahora no era frío, sino que estaba lleno de amor.

Con suavidad y luego de aquel abrazo, levanté mi rostro, miré sus ojos y con mi voz nerviosa y entrecortada le dije: - ¡Amor, tú el de mis cuentos, sólo tú logras que sea princesa, hoy estoy junto a ti! - Y fue ahí cuando unimos nuestros labios y nos besamos tan profundamente como si nos hubiésemos escapado dentro de mis sueños.

Después de ello me dijo: “¡Adiós!”, y me besó la frente. Cuando soltaba mi rostro y sentía cómo se me iba la vida en ese último gesto, posé con suavidad mis manos sobre las de él y me aferré a su pecho. Una lágrima brotó de mis ojos.

- ¡Oh, querido y amado! A pesar de serte prohibida, mi propia alma desea entregarse a vuestro amor, mis brazos anhelan amarrarte para siempre, mis propios labios añoran besar los tuyos.

Al oír mi trémula voz me miró a los ojos tan profundamente que me hubiese hipnotizado de haber seguido contemplando mis húmedas pupilas.

- ¡Neithan, amor mío, has dejado una estrella en mi frente, yo te dejaré un universo en vuestros labios! – Entonces, en un arranque de pasión, lo besé como nunca lo había hecho, como si me jugara la vida en ese prohibido pero hermoso acto. Los astros giraban sobre nosotros en una interminable danza cósmica. La brisa iba despejando la niebla. Las horas pasaban sin piedad, agotándole la existencia al mundo, pero yo seguía ahí con él, aferrada a su dulce boca.

- ¡Neithan, amado mío, a mi pesar en ese beso te entrego mi alma mas no mi cuerpo, pero no por falta de deseo, sino por deber. He de regresar a donde no quiero pero debo. Llévate por siempre mi recuerdo, pues cada noche estaré en vuestros sueños para seguir amándonos! ¡Adiós!

De este modo – de este cruel y triste modo – me despedí de mi amado Neithan. Lo vi cómo de un salto montó su corcel y se alejó de mí. Yo quedé ahí sola, observada por la luna, pero antes de regresar a mis aposentos grité su nombre al viento. “¡Neithan!” se escuchó en el silencio de aquella hermosa pero mustia noche.

Así se cumplió el destino de nuestras almas. Sin embargo, y hasta el final de nuestros días, compartimos algo en común: ¡un apasionado amor prohibido! – FIN

EL DOLOR DE SABANZU

Autor: NAYHADE ROSSEMBERG-GRAU BRIW

Sabanzú gritó al viento pidiendo lluvia para que apagara su piel quemada. No sabía si era de afuera o de su interior el fuego que derretía su ser; loco corría por los valles, ella lo perseguía silenciosa, Muarán su nombre, que sólo sabía de espera gitana conjurando la luna, entreteniéndolo a los demonios, bailando con las estrellas, detenía el tiempo porque sabía que si todo seguía su curso él volvería a los brazos de ella y lo perdería para siempre.

De tanto dolor Sabanzú perdió la razón y así con hechizos y cantos de estrella lo atrajo a su cueva, que quedaba a las afueras del poblado gitano, y lo amarró a su corazón con hilos de luna forjados con el fuego del centro de la tierra; pero nunca fue feliz porque sabía que había alguien que lo llamaba, era un rostro pálido que cada tarde junto al río decía su nombre, él la sentía y nada decía, una sola lágrima corría por su mejilla y guardaba silencio; así pasaron algunos meses y ella no pudo soportar más su pena y dijo:

-Yo Muarán, la reina de las hechiceras gitanas, sabía en encantos y hechizos, he sido derrotada por uno más fuerte jamás dominado- suspiró -. Te dejo libre, mis guardianes te pondrán en el límite de tu reino de luz, ya que nos está prohibido pasar más allá... Que seas feliz, recobra la razón y vete con los tuyos... ¡llévenselo...!

Se dio la media vuelta y entró en su cueva. Por primera vez en trescientos años lloró, cada lágrima era un cristal puro y tornasolado que le mostraba el rostro del amado. Cuando volvieron sus guardianes encontraron a un bebé cubierta de rubíes, esmeraldas, topacios, zafiros, ágatas y perlas; era de pelo gris y ensortijado igual que su madre, tenía sus anillos y desde el mismo instante en que la vieron dio muestras de su poder, siendo tan pequeña ya dominaba la magia gitana. Con lo sucedido el pueblo gitano comprendió lo que decían las historias antiguas, de que una bruja gitana no podía llorar porque su esencia volvía a ser de los nuevos y con el nacimiento de la pequeña Marhión se confirmó aquella tradición pasada de generación en generación alrededor de las fogatas de los campamentos roma.

Ellos emigraron a otras tierras y nadie volvió a saber de la pequeña de los ojos grises y de grandes poderes mágicos, que mandaba a un pueblo moreno como reina a su corte. En ese valle sólo un corazón no pudo olvidar, era el de Sabanzú, lo que lo hacía cabalgar por el pueblo gitano abandonado gritando el nombre de quien, tarde se había dado cuenta, amaba... Muaran... Ya no tuvo sosiego ni en su reino ni en el que perdió por la libertad que le fue dada.

Cuentan que cada noche de luna llena se aparece Sabanzú gritando el nombre de su amada y tan solo por ese corto período de tiempo un ave fénix lo acompaña convertida en mujer para luego desaparecer, entonces el vuelve a penar entre las piedras de ese pueblo derruido sin descansar en paz. Muchos quisieron romper el hechizo gitano de luna y quedaron atrapados en él, ¿te atreverías a conjurarlo incluso arriesgando la vida para dar descanso a todas esas almas? Si te atreves, en el castillo del Señorío de Zielza, Asturias, se encuentra el libro dorado gitano que te indica como lograrlo. “Adelante mi valiente caballero de la azul armadura que por tus venas corre sangre sabanzú y muaraní, adelante...” susurra el tiempo con voz de mujer.

La última resistencia

Autor: Fowx

El día comenzaba con el increíble calor matutino como era de esperarse en estas épocas del año, el sol brillaba con intensidad cada vez mayor hasta alcanzar su apogeo a medio día, aunque no significaba que disminuyese su empeño de calentar la tierra. Las brisas de verano eran de lo mejor en esta parte de Dakre, sin embargo le faltaba el olor marino, infaltable en mi hogar.

Con añoranza lo recuerdo. La isla del Gônlan era conocida por sus extensos llanos verdes, inclusive en invierno, y por su extenso dominio sobre el Mar Retraído. En muchos aspectos eran similares las tierras de Dakre y Gônlan a pesar de las diferentes formas de vida que residían en cada reino.

-¡Señor! Estamos listos para avanzar, señor- la voz aguda de mi escudero traspasaba casi todo el campamento tratando de sacarme de mis pensamientos.

De manera pausada me volví hacia él, un muchacho de casi trece años de edad y con bastantes atributos como guerrero, aunque flacucho y bastante desobediente, por lo que aun no autorizaba su entrenamiento como tal. Me levanté de mi asiento sobre la mesa con el mapa de Dakre y asentí una sola vez antes de salir de la tienda de mando.

Fuera me esperaba mi medio de transporte y fiel amigo Glaze, un fiero y entrenado unicornio negro azabache moteado en las patas con un color rojizo. De su cabeza destellaba un afilado cuerno protegido con el metal de su armadura ligera, pero aun así muy resistente. Me sacaba casi tres cabezas de altura y no dejaba que nadie más se acercara si no estaba yo. Lo crié yo mismo desde pequeño al encontrarlo en las caballerizas de mi tío, desnutrido y débil, pero siempre se defendió hasta pasados tres años.

Le acaricié el cuello y soltó un bufido de consentimiento al sentir mi tacto, de un salto me encontraba sobre la silla de montar observando el ejército más desorganizado que me había pertenecido en toda mi vida. Los arqueros mantenían sus flechas sin filo y sus arcos aun no estaban encordados; la caballería aun no montaba y les costaba mantener firmes a sus propias monturas; los piqueros se mantenían en fila, pero más de alguno tenía mal abrochada su escasa armadura sobre la cota de malla; y, por último, estaban los soldados a pie, que eran soldados entrenados por mi padre y dejados a mi disposición con una clara diferencia a los contratados por el rey en cuanto a disciplina.

-¿A esto le llamas estar listos, Jendry?-pregunté al mismo tiempo que le señalaba el ejército a lo lejos- En una hora quiero a todos preparados... realmente preparados.

No esperé una respuesta e inmediatamente hundí un poco las espuelas en el vientre de Glaze y avancé a medio galope, con la intención de adentrarme en el bosque a trescientos metros que era la única separación con el camino que debíamos seguir hacia la ciudad de Arvor, la capital de Dakre.

Según la posición del sol ya había transcurrido cerca de una hora, por lo que ya era tiempo de partir a la conquista. Arvor era el último asentamiento humano sobre Dakre y el único obstáculo para conquistar esta zona del continente y expandir el dominio de los draconianos. Nuestro rey, Kyle III, estaba empeñado en el objetivo de nuestros antepasados y ha hecho cuanto está en su poder para lograrlo, aun así esta empresa le ha llevado gran parte de su vida y ha cometido error tras error enviando tropas sin ninguna estrategia, pero después de todo logró hacerse con un fuerte y desde ahí todo fue a mejor.

Glaze comenzaba a amainar el paso constante el ejército se acercaba. Todo estaba ya listo, no podía perder más tiempo, pero tampoco tenía ansias de asediar la ciudad amurallada más grande de Dakre. "Después de todo en algún momento deberás luchar", me dije. Jendry se acercó corriendo con mi espada, Devorador de almas, me la entregó y abrió su boca para hablar, pero levanté una

mano y su cara palideció, luego se retiró hacia el final de los quince mil hombres preparados para el combate, junto a las unidades de carga.

-¡Marcharemos día y noche, sin parar!- grité lo más fuerte posible para que hasta el último consiguiera oír mis órdenes- ¡Descansaremos cada dos días sin armar campamento! ¡No quiero más retrasos! ¡Partid!

De inmediato se escuchó el grito de avance y luego el cuerno con tres notas ascendentes para dar comienzo a la marcha. Dejé pasar cinco filas de piqueros y marche dirección al sur, junto con mi ejército.

-¡Alto!-grité a la bandera cercana mía.

De inmediato un estandarte azul se elevó seguido de tres notas descendentes del cuerno, dando la orden de espera. El motivo por el cual había detenido la marcha era por la simple razón de visualizar al explorador enviado luego de la primera jornada. Venía a pleno galope dejando una gran estela de polvo tras su paso. Se abrió camino a través de las primeras filas hasta llegar a mi posición, inhaló y exhaló varias veces para recuperar el aliento antes de hablar.

-Divisé Arvor, mi... Comandante- dijo con un hilo de voz, aunque aun así conservaba su voz grave.

-¿A cuánto?- esperé unos cuantos segundos antes de impacientarme- ¡Hablad!

-Un... un día, señor.

-Bien- medité unos segundos antes de saber que hacer- ¡Montad el campamento!

En media hora ya estaba todo preparado y me hallaba frente al mapa sobre la mesa, con figuras de dragones tallados en madera de roble representándonos y, en cambio, los humanos eran sustituidos por toscas fichas de abedul con una cruz por ambas caras. En la zona de Arvor se hallaba solamente una ficha sobre una gran marca con la palabra Arevor con símbolos arcaicos.

-¿Pudiste observar las murallas de cerca?

-Sí, mi señor- respondió el explorador de nombre Orlag, con la respiración totalmente controlada- Mantienen una gran cantidad de hombres apostados fuera de los muros y construyen torretas y trincheras a cincuenta metros de la muralla.

-¿Cuántos contasteis?

-Cerca de cinco mil, señor.

Asentí, mientras movía cinco fichas pequeñas y las posicionaba alrededor de la principal. Meditaba sobre cuál podría ser la mejor manera de atacar, observando constantemente los quince dragones y los relieves que mostraba el mapa.

-Señor, si me permitís-dijo mi segundo al mando, Abelard, el mejor estrategia que había conocido en las tierras de Gônlan. Asentí para que prosiguiera-, creo que sería una buena opción atacar por dos flancos para luego sitiar la ciudad, y podemos optar por dividir el ejército y enviarlos por las Cavernas de Obsidiana, por el oeste de la ciudad.

Mientras hablaba describía la trayectoria con su mano, demostrando que si se cruzaban esas cavernas lograríamos atacar mediante la técnica de la pinza, pero...

-Es cierto lo que decís, Lord Abelard, mas no es la más adecuada debido a la falta de información. No podemos confiar en un mapa de hace dos siglos, esas cavernas podrían estar obstruidas o incluso ocupadas por el enemigo y frustraría todos nuestros planes.

En el preciso instante en que el rostro de Lord Abelard palidecía, una luz encendió un plan que había usado en mi primer combate. Lo malo de esto era que se determinaba el resultado dependiendo de la ambición del enemigo y sus decisiones.

-Tengo algo mejor-continúe-, es algo arriesgado, pero hay más probabilidades que depender de la incertidumbre que da este mapa.

En la mañana del segundo día luego de decidir el plan de ataque comenzó a sonar los cuernos en dos tonos ascendentes y luego uno descendente, anunciando el ataque. Dos mil draconianos se lanzaron al ataque a la respuesta con los tambores del bando enemigo y luego de unos minutos un grupo de caballería de mil se fue en ayuda.

Media hora de los estruendos de la batalla hice una señal de espera, cuando un jinete montado en un majestuoso unicornio blanco, ahora sucio hasta los parpados, salió de entre la arbolada que obstruía la batalla a más de dos mil metros.

-¡Nos retiramos, señor!- gritó a todo pulmón para luego integrarse a la retaguardia del ejército-¡Han caído!

Alcé la mano, se levanto el estandarte rojo, se desenvainaron las espadas, se tensaron los piqueros y pusieron sus picas listas, un tanto elevadas para permitir el paso del ejército en retirada e inmediatamente después recibir al perseguidor.

El ambiente se quedo en silencio, solo se oían las respiraciones agitadas de mis hombres y la de Glaze, el viento se había detenido, a la espera de que algo ocurriese en cualquier momento. Siempre sentía esa gran paz antes de entrar en combate y nunca dejaba de sorprenderme a mí mismo, con mi espada y mi montura me sentía invencible, pero vulnerable a la hora de descontrolarme.

Despejé mi mente de una sacudida y me concentré nuevamente en los árboles frente a mí y, sin ningún aviso previo, procedieron los primeros draconianos, embarrados y ensangrentados con las armas desenvainadas, a unirse al impactante grosor de mi ejército en comparación al que defendía la ciudad. La caballería cerraba la retirada de forma segura y los piqueros bajaron sus armas y comenzaron a avanzar firmes.

Nuevamente se hizo el silencio.

El primer caballo apareció.

Las picas se posicionaron a tierra, con la punta en alto.

Y la batalla comenzó.

Los caballos caían y botaban a sus jinetes, al instante los de segunda y tercera fila se encargaban de dar el golpe final. Los de primera se recomponían de la carga y se cambiaban por los de la segunda, y así seguían hasta que ya no se pudo seguir sincronizado y se volvió un caos. Los hombres avanzaron mientras la caballería cerraba ambos lados del enemigo e intentaba encerrarlos.

El enemigo ordenó la retirada y espolee a Glaze mientras desenvainaba mi espada. El sol se reflejó en la hoja carmesí, mientras que avanzaba a toda velocidad, superaba la primera fila y ordenaba el contraataque. Varios hombres cayeron bajo mi espada o eran aplastados por Glaze. El ojo de dragón

incrustado en el pomo de mi espada brillaba con cada nueva sangre que se añadía a su hoja. Ya no había vuelta atrás, era todo o nada.

No sé cuánto tiempo ocurrió, pero el ejército enemigo no logro guarnecerse bajo el cobijo de las murallas y acabó reducido a cincuenta hombres maltrechos después de verse desarmados y maniatados. Se monto el campamento, se cavaron trincheras y se destruyeron las torretas en mitad de construcción.

-No podremos mantener el sitio por mucho tiempo- dijo Michael, el encargado del abastecimiento-, no disponemos de alimentos para mucho más de cuatro meses, mi señor.

-Está bien, puedes retirarte- dije-. Después de todo no durara tanto este sitio.

-¿Por qué lo decís, señor?- inquirió dudoso Lord Abelard, que presentaba un feo corte en la frente.

-Se rendirán... no podrán resistir más tiempo.

-Se acerca el otoño, señor, y...

-Lo sé muy bien, Lord Abelard- le corté sin preámbulos, mientras eliminaba las cinco fichas de abedul del mapa-. Solo esperad.

Transcurrieron dos meses y lo único interesante eran los mensajes interceptados que enviaban a reinos que habían caído hace mucho, dando felicitaciones por cosas estúpidas, invitándoles a un banquete para fin de año y muchas otras estupideces, aunque, claro, eran mensajes en código.

El otoño ya se estaba haciendo presente, las hojas cambiaban su vivo color verde a uno café grisáceo, los vientos se volvían cada vez más fríos y el sol se escondía antes de lo normal. Las tierras alrededor de la muralla de la ciudad, que se usaban para cultivos las habíamos quemado para que no produjera nada en mucho tiempo y se construyeron catapultas y se consiguió material para lanzarlo en llamas al interior de la muralla.

Pero no hizo falta. El día estaba soleado, aunque corría una brisa demasiado fría; los pájaros aun no cantaban cuando, desde lo alto de la muralla, se divisó una bandera blanca.

-Preparadme escoltas y un baño.

Bajo bandera blanca y a lomos de Glaze, junto con cinco escoltas, me adentré en la ciudad para discutir los términos de la rendición. La ciudad había sido hermosa, aunque ahora estaba fétida y mal cuidada, por las calles había heces tanto humana como de animales, fruta podrida era lo que se daba a los más pobres y las tiendas estaban desiertas.

La única belleza era el castillo, ubicado al centro de la ciudad y el más alto edificio. Construido a base de cuarzo, yeso y cal, con enormes puertas de roble oscuro con oro incrustado simulando un león sobre un lobo, daba una sensación de encogimiento y de sumisión, pero dejé de llevarme por las impresiones y seguí caminando hacia el salón principal, luego de haber desmontado de Glaze.

El techo se encontraba a varios metros de altura y de forma circular. Otras puertas obstruían el paso y detrás de estas se encontraba la sala del trono. Con seis pilares a cada lado del pasillo alfombrado de un rojo intenso hasta llegar al trono, donde una menuda figura aguardaba sentada con el brazo derecho apoyado en el reposabrazos del trono y la cabeza apoyada en la mano.

Me acerqué junto con mis escoltas e hicimos una leve reverencia hacia la hermosa humana que se sentaba y observaba todo desde aquel trono de oro y marfil. Su belleza me dejó pasmado, sus

pómulos altos remarcaban sus ojos azules y producían una mirada desafiante y fría, que mostraba inteligencia. Su rubio cabello liso caía sin impedimento alguno sobre sus menudos hombros y tenía una textura muy delgada, aunque presentaba mas curvas que cualquier draconiana que haya visto antes.

-Sean bienvenidos, mis señores- habló con su angelical voz, que ocultaba cualquier ápice de maldad-. La cena está servida, por favor, seguidme.

Dicho esto se levantó y se fue por una puerta tras el trono. Le seguimos y nos encontramos con un gran banquete, servido en una larga mesa y en las esquinas de la gran habitación había un sirviente preparado para cualquier necesidad. Cuando nos sentamos, sirvieron un plato un tanto extraño: un tipo de ave pequeña asada junto con patatas cocidas y grandes trozos de ternera. Pocas veces se veía tanta carne en un plato allá en Gônlan.

Desconfiado observe como la dama esperaba que comenzara. Luego cayó en la cuenta de por qué aun no lo hacía.

-Oh, vamos. No creéis que os en veneraría verdad, Lord...

-Gwärlö.

-Gwärlö... Podéis comer con total libertad, después de todo estamos aquí para los términos de rendición, ¿No?

-Cierto es, pero debo decir que me extraña no encontrar al rey sentado en el trono, en vez de eso...

-Cierto, muy cierto- replico antes de que pudiese acabar-. Soy la reina Sophie Rewiss, lamentablemente mi matrimonio no pudo llevarse a cabo porque al parecer el reino de mi amado cayó en desgracia.

Luego de unos minutos de un tenso silencio y sin haber probado bocado alguno, decidí romper el silencio de manera abrupta.

-¡Señora! Os propongo lo siguiente- me levanté y me acerqué un poco-. Rendíos y casaos conmigo, así vuestro reino no perecerá ni será destruido en algún futuro incierto. Os ofrezco mi espada, si así lo deseáis.

Desenvainé la espada e inmediatamente se acercaron los guardias, preparados para cualquier caso de un ataque. Me arrodillé y se la tendí con ambas manos. Se acercó y tomó mi rostro entre sus palmas.

-Deberé rehusar vuestra generosa oferta, señor, pero aceptaré honrada vuestra espada- se alejó e hizo señas para que un guardia fuese en busca de mi espada. La entregué sin problema, aunque no estaba conforme con lo que había dicho-. Creo que vuestros amigos se han dormido, Lord Gwärlö, que descortesía, ¿no?

Observe a mi espalda y pude apreciar como todos mis escoltas yacían sobre sus platos vacios algunos y con comida aún otros. En el interior de mi mente surgió una sola palabra: "Devóralo". Inmediatamente una luz rojiza inundo la sala y abrazó al guardia que sostenía mi espada, para luego caer inmóvil sobre las lozas del suelo. No pude hacer mucho puesto que los demás lograron capturarame y quitarme todas mis armas.

-Mmmm...- murmuró la reina- ¿Por qué no vamos a ver el espectáculo? ¿Le parece bien, señor?

Y dicho esto fui conducido por varios pasillos hasta salir por la entrada principal del castillo, donde los seis unicornios estaban tendidos inmóviles en el suelo repletos de flechas. El último que estaba

en pie y aun luchaba con mucha dificultad era Glaze que, gracias a la armadura muchas flechas no habían logrado herirlo.

La propia reina tomo un arco y lanzó una flecha, que dio en el costado izquierdo del unicornio, que bufo de dolor. Luego, como si de una pesadilla se tratase, varios soldados con lanzas atravesaron la armadura de Glaze que dio su último suspiro antes de caer derrotado.

-Buen caballo era el suyo, señor- dijo irónicamente la reina, retomando la caminata.

A medida que nos acercábamos la muralla se escuchaba el estruendo de una batalla feroz y fue ahí cuando me di por derrotado. Desde lo alto de la muralla se podía ver como un gran ejército de elfos cargaba tranquilamente contra los draconianos despistados y estos caían sin alcanzar a tomar sus armas. Habíamos dado por victoria una trampa de lo más predecible. Los elfos siempre acudían al llamado de los humanos y su increíble habilidad en batalla destacaba sobre cualquier otro ejercito, organizado o no.

-Adivinad que es lo que pasara en vuestra asquerosa isla, Lord Gwärlö- me susurró al oído mientras tomaba mi cabellera negra y la tiraba bruscamente hacia atrás, dejando expuesto mi cuello.

Había una sola forma de salir de esta situación y por mi estúpida reacción ante aquella belleza, había perdido toda posibilidad de vivir. Mi espada aun debía estar tirada en el piso de la sala y sin ella no podía liberar mi verdadera forma... estaba muerto.

-Recordad- dijo, colocando una daga en mi cuello-mi...- de un solo movimiento, sin dudar, sentí el corte más profundo en toda mi vida-... nombre.

Y la oscuridad me engulló.

Hijos de Daio

Autor: Bauglirgorthaur

I

El buhoráculo entró por la ventana de la habitación donde yacía el viejo mago, batiendo las enormes y negras alas, de plumas negras como el carbón y como en todo su cuerpo, con noticias que, sin duda, le afectaban directamente.

“Es tu hijo, hechicero... Kostia... está batallando contra algo tan grande como un kráken. No sabemos de qué dimensión proviene, ni cómo devolverlo, ni destruirlo...”

La enorme ave se acercó al anciano y los ojos del emplumado se tornaron de amarillos a azules, en tanto una imagen se proyectaba ante el rostro del aludido, una imagen que no dejaba dudas a la preocupación por el Mal que se cernía sobre Nuevorbe; y en ella reconoció los rostros de las emisarias de las Hadas de Costa Tridente, que por ruego del Espíritu Céfiro, un poderoso elemental que salvaguarda los reinos, clamaban por ayuda tanto para él como para Kostia.

“Si no podemos devolverlo ni destruirlo, por ahora nos conformaremos con contenerlo y así, inmovilizado al menos, dirimir qué hacer en tanto se resguarden los demás”- dijo para sí.

La visión se desvaneció y junto a ella apareció otra, breve pero significativa, en la que aparecía una silueta, como una sombra, que el viejo no lograba distinguir; y que ondeaba a lo lejos algo que portaba en una de sus manos.

El ave se recuperaba del trance mientras el hechicero recogía unos aperos y le encargaba informar a su hija menor Awreel, la artífice, para que construyera algún tipo de artefacto que pudiese retener o inmovilizar a la criatura que tantos estragos estaba causando en Nuevorbe... o bien, intentar dar con su gemelo Annbaal, el cazador, para que sus conocimientos conjugados queden al servicio y protección contra la amenaza hasta ese entonces desconocida para él

Y así, cada uno por su lado, las emprendieron con distinto destino y similar fin.

II

Desde lejos el Torre del Puerto, custodio de los navíos de mar y tierra, divisó a su amigo y salió a su encuentro y estrechó su mano.

“Desde hace unas horas que el mar está agitado y que el cielo está destellando con los ataques de las trombas que envía el Espíritu Céfiro y a la ofensiva imparable que propina Kostia. Sin embargo, la criatura es gigantesca y está llena de tentáculos que alcanzan varios cientos de metros...

Tememos que esta agitación termine por vaciar los océanos hacia la Tierra Baja, primero, y arrase con todo en una inminente inundación, después. Muchos perderán todo si no la vida.”

El jayán, que se llamaba Tathros, realmente estaba preocupado. Y el mago más se angustió ante esta evidencia pues no es cosa poca inquietar siquiera a un Torre del Puerto. Mas este prosiguió:

“Tu hijo menor, Anbaal, llegó hasta acá hace un par de días y partió con rumbo desconocido en una Embarcación Aérea, la misma que le diseñó y construyó su hermana, tu hija, Awreel. Indicó partir a través de Mar Espejo a cazar un djinn que estaba arrasando un pueblo cercano a Reino Alto, para someterlo, supongo; mas sin saber nada de lo que está ocurriendo a este lado del mundo”

“En eso se esmeran, mi viejo amigo: en mantener nuestro mundo a salvo de criaturas que puedan representar peligro alguno, estudiándolas él; y en tomar las precauciones para mantener a raya a ese mismo peligro, creando artificios ella. Tienen dones que ya son talento y no los necesitamos empleados en frivolidades ni al propio ego. Awreel ya está al tanto de la situación y pronto se pondrá en contacto con su hermano. No desesperes, amigo”

Y así ocurrió que ambos abordaron un Reconocedor, que es una embarcación aérea ligera, y las emprendieron hacia el lugar de la batalla, cruzando un mar que se había oscurecido por la reyerta y que estaba despertando a criaturas que pululan en las fosas abisales.

III

En cuanto el viejo mago partió rumbo a Puerto Espejo, el buhoráculo se fue raudo hacia la dirección contraria, pues confiaba encontrar en las cercanías del Mar Calmo al escuadrón de hadas que patrullaban en los alrededores, siempre trayendo y llevando noticias de lo que ocurría de un extremo a otro en la Costa Nácar, parientes de las Hadas de Costa Tridente; y estando en eso, es que divisa en el límite seguro hacia mar adentro, al joven Príncipe Merquo, representante real de los tritones que ocupaban las extensiones de una fosa abisal donde estaba emplazado su reino y su gente.

Lo encontró sobre una gran ballena, tal vez en reconocimiento de la costa o bien intentando encontrar el motivo de la agitación que estaba afectando ya a sus dominios en las aguas de Mar Calmo.

El ave se le acercó con premura y le habló sobre el mal que estaba inquietando a Nuevorbe; sobre los esfuerzos del Espíritu Céfiro y la valentía de Kostia; sobre el poder del hechicero y el auxilio de Tathros, Torre del Puerto; y de los esfuerzos de los hijos menores del mago por detener y expulsar a la bestia que azotaba embarcaciones y navíos sin motivo aparente.

El joven tritón, valiente y confiado, no dudó en poner sus servicios al propósito que se le indicaba y le prometió al buhoráculo enviar ayuda suficiente hasta el mago en cuanto pudiera reunirla.

Y con esta gestión es que el ave voló de vuelta hasta el hogar del hechicero, donde se encontraba su hija, Awreel, tanto para ver los avances de su ingenio como para informar de cuanto le había ocurrido.

IV

Annbaal y Awreel desde pequeños tuvieron instrucción y talentos para lo que hoy son capaces de hacer. Y si bien su padre, Daio, el mago, mucho tuvo que ver en su entrenamiento, el verdadero poder que en ellos reside proviene de su madre, un espíritu poderoso de una ancestral ralea originaria del alma misma del mundo que deambulando por los abismos ígneos de la Gran Cicatriz, encontró al mago, joven en ese entonces, perdido al intentar encontrar cenizas arcanas con las cuales, según su maestro, podría inscribir los conjuros y hechizos que debía aprender y atesorar.

Ella le ofreció su total conocimiento de lo ancho del mundo para poder volver con los suyos a cambio de un favor: dejarla encinta.

El joven Daio accedió tanto por el servicio que se le ofrecía como por lo seducido que se sintió de aquel espíritu en cuanto tomó forma humana para tal fin. Y así, junto con las cenizas y rocas que necesitaba, volvió con dos pequeños vástagos de su relación con Arees.

Los pequeños Annbaal y Awreel siempre fueron curiosos e inquisitivos, cosa que mantenía al padre siempre despierto e informado, constantemente renovando sus propios estudios para no confundir ni desanimar a los niños.

Con el tiempo la afición de cada uno se fue especificando y decantando en lo que les caracteriza y complementa. Así, el joven Annbaal adquirió gran reconocimiento en el estudio de las criaturas de Nuevorbe, tanto las que corren como las que vuelan; las que hablan, cantan y gruñen; las que serpentean, nadan y se arrastran. Las corpóreas e incorpóreas. Así es, puesto que ya agotadas las criaturas de su mundo para su estudio se dedicó de lleno a aquellas que eran espíritus y entes, demonios y quimeras... y la magnitud de estos riesgos los llevaba cicatrizados en el cuerpo y en el alma.

Aunque ambos hijos del hechicero eran poderosos entre los habitantes de Nuevorbe, Awreel siempre pareció circunspecta y retraída y, por tanto, mucho menos arriesgada que su gemelo, y sólo se mostraba sonriente cuando los aparatos, artefactos y talismanes mágicos que creaba cumplían la función esperada. Y aquello era casi siempre, pues su pasión iba dirigida a las sustancias de las que estaba hecho el mundo y su arraigo y consecuencias en las distintas especies que lo poblaban, pues entendía que cada qué influenciaba a cada quién. Así, con ese conocimiento, podía relacionar los bienes y los males del mundo a cada habitante del mismo. Y para aquellos que no pertenecían a éste, podía inferir, en colaboración con su hermano, cuánto poder o qué materiales y herramientas son necesarias para influenciarlos, ya sea para someter, controlar o acabarlos; o bien, para potenciar, curar y salvarlos.

Y en ello estaban sus esfuerzos puestos cuando el buhoráculo volvió desde Costa Nácar, que vadea a Mar Calmo, luego de su encuentro con el Príncipe Tritón.

V

"¿Has avanzado algo, hechicera?"- dijo el ave en cuanto ingresó al cuarto de Awreel.

"La verdad es que apenas logro escuchar a Annbaal. Comunicarse a través de un espejo tan pequeño dificulta cualquier recepción... es un portal muy limitado"

"Definitivamente eres muy joven, Awreel... ¿Necesitas un espejo más grande o una señal más consistente?"-agregó el buhoráculo, sabiendo ya lo que debía hacer la joven.

"Definitivamente eres muy buen consejero, pajarraco... Necesito llegar a Puerto Espejo lo antes posible. Ya se cómo voy a traer a Annbaal para ayudarnos"

"Junta tus talismanes y pergaminos, jovencita. Llegaré pronto con transporte y ayuda"

Y así lo hizo.

Salió raudo desde aquella torre y partió hacia Costa Nácar en busca del otro Torre del Puerto, hermano del que está a cargo de Puerto Espejo, y le solicitó ayuda y éste se la otorgó sin preguntar mucho.

Cruzaron el malecón y la costa hasta llegar al viejo castillo emplazado cerca del bosque junto al mar y desde ahí, en un Reconocedor, esperaron por la muchacha.

Una vez que se acomodaron lo que parecía las muchas chucherías que alcanzó a recoger, partieron hacia Puerto Espejo entre una bandada de gaviotas y garzas que, desde los fiordos aledaños, se unieron para prestar el servicio que pudieran brindar.

VI

Kostia llevaba ya toda la mañana intentando contrarrestar los intentos de un energúmeno coloso por acercarse a Puerto Espejo, repeliéndolo con fuerzas que creía perdidas a sus ya ciento noventa y siete años.

Junto a él, el Espíritu Céfiro había tomado parte en la contención de la extraña criatura que no tenía nada de parecido a otras bestias de mar o tierra, pero lo que sorprendía era el descomunal tamaño de ésta, y el armamento de innumerables tentáculos, tan gruesos como troncos de poderosos robles, lo convertían en una amenaza para cualquier otra criatura en Nuevorbe... y la destrucción de decenas de navíos así lo atestiguaban.

En el borde costero la agitación había provocado el ingreso de aguas hacia el interior de los pueblos más cercanos y la desaparición de una porción de bosque que cercaba a un lago y su desborde, provocando la muerte de buena parte de flora y fauna locales: toda una calamidad para los artesanos de redes y pescadores; y también para Kostia y su linaje, pues no poca gente desconoce que un mago, un hechicero, es más que un simple prestidigitador o ilusionista: en Nuevorbe, los magos tienen real poder sobre las criaturas y sustancias del mundo, logrando así manipular mentes, temples y acontecimientos, alcanzando comprensión y maestría en las lenguas, secretos e historia tanto de su propio mundo como los que se aventure a explorar. Y, por tanto, como responsabilidad de su propia Orden es que son los custodios y consejeros de los reinos y habitantes del mundo. Y el hecho de que la tierra sufra pesares, también le agobian y le merman fuerza y poder.

VII

Llegaron el hechicero y el Torre del Puerto hasta Costa Tridente, y aunque desde muy lejos lograba divisarse el endriago que asolaba a Nuevorbe, sólo los reflejos de Torre del Puerto pudieron evitar la embestida de uno de los tentáculos dirigidos hacia ellos.

El mago hizo aparecer un báculo que hizo ondear por sobre su cabeza, y en dos movimientos trató levantar al imponente behemoth, pero el terrible peso de la criatura y la velocidad que adquirirían sus movimientos echaron por tierra este primer intento; por tanto, se le ocurrió tomar un pergamino viejo y resguardado bajo tres sellos, los que se apresuró en abrir con un canto de poder que resonaba entre las nubes que se agitaban en torno a Kostia y propiciadas por el Espíritu Céfiro, logrando con

ello recoger los tentáculos hacia la bestia y dejarla inmovilizada al auto-aprisionarse con ellos, situación que dio tiempo para contemplarla. Y con verdadero temor, pues era como contemplar una isla con una alta montaña en medio del mar y los chillidos espeluznantes que manaban de su horrible hocico, transmutado en un pico como el de los pulpos, habían conseguido enviar al auto-exilio a muchos habitantes que residían, incluso, a varios kilómetros a la redonda.

Sin embargo, la bestia persistía en su euforia hasta que logró, de a poco, soltarse de sus propias amarras y azotar con fuerza las aguas que se elevaron varias decenas de metros a su alrededor desestabilizando la embarcación del hijo del mago, quien fue rescatado por el Espíritu Céfiro.

En cuanto Kostia logra reincorporarse, vuelve a blandir la espada forjada por su hermana, Tèmpano, para conseguir tronchar todos los tentáculos posibles, para así debilitar a la criatura en tanto la sangre negra y viscosa teñía en espiral todo el contorno del campo de batalla.

Y, estando en esto, es que aparece el Reconocedor manejado por Gethrond, el otro Torre del Puerto y hermano del que acompañaba al viejo, mientras que Awreel alzaba el pequeño espejo con el que se comunicaba, a penas, con su hermano Annbaal, dándole así la ubicación de dónde presentarse o aparecer para ayudar a vencer al monstruo, mientras que con otro dispositivo de su ingeniería, intentaba triangular las señales y datos que tenía a su disposición. Y en cuanto creyó tener posicionado el artefacto, rompió el espejo, lo lanzó hacia el mar y le gritó a su padre:

"¡Hiperdimensionalo!"

El viejo comprendió en seguida lo que tramaba su hija y con sólo abrir su mano a lo lejos, el dispositivo comenzó a crecer hasta cubrir un diámetro de ciento cincuenta metros y cayó al mar un poco más calmo.

La muchacha miró a Kostia y le ordenó:

"¡Congélalo!"

El hermano también accedió al plan y con un rayo de la espada que había recibido de ella, el agua dentro de aquel marco se congeló como si de un delgado pero resistente cristal se tratara.

El viejo cogió su báculo una vez más y elevó el invento de su hija a unos doce metros del nivel del mar que empezaba a embravecerse una vez más por la liberación del coloso de sus propias amarras.

VIII

Al elevarse el improvisado espejo de hielo gigante, un estruendo rugió desde todos lados y una luz amarillenta refulgía desde él, hasta que un estrepitoso estallido desde el interior del cristal reveló la aparición de un joven montando un espectro enorme con forma de hombre, que parecía traslúcido y terrible y que estaba encinchado como un corcel.

Era Annbaal, cazador de monstruos y bestias indómitas, que gracias a los aperos creados por Awreel venía desde otra dimensión montando a este mal que los hombres llaman demonio o djinn, y en su salvaje travesía venía acompañado de la Embarcación Aérea y su tripulación de hombres tan fieros y osados como él, que atravesando el cielo ennegrecido por los vapores que emanaban de la criatura sobrepasaron raudos por sobre las cabezas de los allí presentes para, espadas en mano, cercenar cuanto encontraran del monstruoso ser.

Así fue que se precipitó hacia el coloso embistiéndolo con el djinn al momento que saltaba desde éste para quedar junto a su hermano y su padre, aunando fuerzas y esfuerzos, en tanto la bestia era

inmovilizada por los magos, confundida por la colisión con el demonio y despojada de sus apéndices y bríos por los tripulantes de la Nave Aérea.

Awreel se dio cuenta que desde lejos una figura, indistinguible en ese momento, ondeaba un cetro y ayudaba a levantar al monstruo, por lo que, más segura, ella misma levantó el gran espejo con sus propios poderes para forzar a la bestia a cruzar hacia un limbo desconocido a través de él.

A pesar de todas las fuerzas así conjugadas, la inmensidad de la criatura era un obstáculo casi tan insoportable como su bestialidad y recursos; sin embargo, antes de que las fuerzas de todos se extinguieran inexorablemente, sin ser visto por Awreel ni por los batallantes, hizo su aparición el Príncipe Merquo sobre una ola gigantesca y secundado por cientos de soldados tritones vestidos de armaduras perladas y empuñando alabardas con hojas de obsidiana, quien desde lejos venía veloz como un rayo y que una vez ya lo bastante cerca, saltó desde la ola que montaba para dejar ver que dentro de ella otra criatura, poderosa y eufórica, embestía de frente al monstruo, a la vez que enredaba sus propios tentáculos con los de su contrincante: Merquo había traído consigo un kráken y el impacto bastó para mover a ambas abominaciones a través del portal creado por el espejo, el cual reventó en miles de pedazos por obra de la figura que se encontraba a lo lejos sin dejarse ver hasta ese entonces.

Y una vez que se deshicieron de las amenazas y recobradas las fuerzas y el aliento, las miradas se volvieron hacia la silueta que acercándose empezó a hacerse más reconocible. Al menos para el mago y su hijo Kostia.

Y una sonrisa se dibujó en el rostro del viejo, que aunque cansado bien dispuesto para salir a su encuentro, pues de inmediato cayó en cuenta de que era Coria, su hija y media hermana de los demás hijos del mago, quien venía con el ceño fruncido y el semblante como de quien es heraldo de malas noticias.

Y ella, antes de cualquier saludo o palabra de amistad, se quedó de pie señalando con el índice hacia el horizonte del Sur y sólo se limitó a decir:

"Un Mal ha osado cruzar hasta Nuevorbe y esta horrenda criatura es sólo la punta de la flecha que nos ha sido disparada en señal de que una hecatombe se aproxima. Muchos portales se han abierto y de esos no todos han sido correctamente cerrados... Sugiero que estemos preparados"

Y los corazones de todos se volcaron en incertidumbre y temor...y con la mirada hacia ese horizonte intentaban escrutar la gravedad de las palabras de la hija de Daio.

AZIMARA Y EL BOSQUE DE TORK

Autor: Nexus Seis

I

La princesa Azimara cumplía 13 años de edad ese día. Su padre, el rey Zormon le había prometido de regalo un hermoso caballo de color blanco, la más bella criatura criada por el hombre en cualquiera de los reinos conocidos hasta ahora.

Aunque el bello corcel era más de lo que cualquier habitante del reino de Seferión podría desear, la no tan pequeña Azimara siempre había deseado tener en su poder una de las preciadas reliquias del rey. Una que guardaba con gran celo y precaución. En su propia recámara, dentro de un cofre de tamaño mediano, bajo su cama.

Una vez, hace ya varios años, el gran soberano Zormon le enseñó a su hija el secreto que escondía dentro de ese baúl. Tomó la llave que portaba en su cinto y abrió la caja. El contenido fue, al

principio, bastante decepcionante para la pequeña princesa. Una máscara vieja y descuidada, sin ningún tipo de elaboración. Parecía una corteza arrancada de un añoso árbol, con unos orificios para que aquel que la portara, pudiera ver sin problemas.

A pesar del poco interés demostrado aquella vez, Azimara siempre recordó este objeto. Guardaba algún tipo de secreto que su padre jamás le reveló. Él decía que sólo su heredero sabría la verdadera procedencia de aquel pedazo de corteza. La curiosidad de la princesa había crecido mucho desde aquella vez en que vio por primera vez la máscara.

En aquel día de celebración, el rey Zormon comenzó muy temprano a deleitarse con el banquete preparado en honor a su hija. Sobre todo con los deliciosos brebajes que preparaban los cocineros de la corte, hechos con las mejores cepas cultivadas en sus dominios. No mucho después del mediodía, el soberano monarca ya había bebido demasiadas copas. Fue el momento que aprovechó Azimara para quitarle del cinto la llave que podía abrir el cofre que escondía su padre. El rey no se dio por enterado. Apenas lograba permanecer sentado en su trono, balbuceando canciones añejas y pidiendo más vino en su copa.

Azimara tomó su albo corcel, bautizado como Algodón y se apresuró a cabalgar con rumbo a los senderos cercanos al bosque de Tork. Al llegar, desmontó su caballo y lo ató junto al primer árbol que se asomaba frente al inmenso bosque. De su alforja sacó el objeto que momentos antes había sustraído de la recámara del rey. Ajustó las bandas de cuero a su cabeza y comenzó a observar por los pequeños agujeros.

Frente a sus ojos se desarrollaba todo un espectáculo; poco creíble, pero cierto. Había estado incontables veces en este bosque, y jamás había presenciado algo así. Era como si los árboles cobraran vida; como si tuvieran un espíritu, visible sólo para ella. Al parecer, estos fantasmas ocultos también se sorprendían con la presencia de Azimara. Parecían haberse inquietado de sobre manera, y murmuraban entre ellos, con una actitud de terror y desconcierto.

Estas almas comenzaban a pronunciar al unísono, una y otra vez, a modo de súplica o invocación, algo que a la princesa le hacía sentido, ya que era como todos en el reino conocían a este místico lugar... Tork, Tork, Tork.

De entre el espeso follaje que rodeaba a Azimara, algo extraño comenzaba a acercarse, incluso podía escuchar las pisadas que agitaban la tierra y el viento. La princesa dudó si quedarse en ese lugar o tomar su caballo y huir a toda prisa, pero siempre fue una niña muy curiosa. Optó por permanecer alerta a todo lo que la máscara le estaba mostrando.

Un grave gruñido que hizo eco en todo el bosque le alertó definitivamente de su presencia. Una enorme criatura, que parecía del doble de tamaño de un caballo adulto. Su pelaje era negro y gris. Su aspecto era el de un lobo, con sus enormes fauces y colmillos amenazantes, que parecían alistarse a engullir un pequeño bocado de la realeza. Y sus ojos, eran llamaradas de un fuego azul, que acrecentaban el odio que mostraba ante la pequeña presencia de Azimara.

La pequeña corrió aterrorizada, queriendo alejarse del bosque, pero el monstruo le cortó el paso enseguida. Sus ojos, sus colmillos, estaban justo frente a la princesa, quien estaba paralizada por el miedo. La criatura comenzó a olfatear a Azimara, como si algo le hubiera llamado la atención.

–Sangre Real– Balbuceó la criatura. – ¿Dónde encontraste esta máscara?

–Mi padre...

– ¿Quién es tu padre?

–Mi padre... el rey Zormon.

– ¡Maldito traidor! – Gritó el monstruo. –Nunca pierden una oportunidad para romper sus promesas. La raza humana es una escoria.

Azimara sólo atinó a sacarse rápidamente la máscara, a modo de ofrenda, para su liberación. Pero cuando la sostuvo en sus manos, todo aquel extraño y aterrador mundo se había desvanecido.

– ¿Fue todo un sueño? ¿O acaso me he vuelto tan loca como Zagora?

La tentación y la curiosidad siempre fueron sus grandes defectos. O sus grandes virtudes. Acomodó nuevamente la máscara y el asombroso y terrorífico mundo cobraban vida nuevamente ante sus ojos.

– ¿Conoces a Zagora, la hechicera? ¿Fue ella quien te dio la máscara?

–De las mazmorras. Es una anciana que permanece prisionera. Todos la conocen. Sus maldiciones y gritos aterrorizan a los soldados.

–Al menos tu rey cumplió con encerrar a la bruja. Pero la máscara, ¿de dónde la obtuviste?

–Mi padre, el rey Zormon. La mantenía escondida dentro de un cofre. Me tomé la atribución de tomarla sin permiso, porque hoy es mi cumpleaños.

–Por supuesto. El temor y la desconfianza impulsaron a tu padre a conservar una de las pocas protecciones contra nuestra raza.

–¡Pero si es sólo una máscara hecha con corteza de árbol!

–Es la única forma que poseen los humanos de entrar y ver nuestro mundo, a nuestro plano de existencia; aunque no lo comprendan. Y eso se lo debemos a Zagora. Maldita bruja. La traición es inherente a los humanos. Confiar en tu raza es un lujo que no podemos permitirnos. Tendrás que quedarte en este bosque, para siempre.

II

La reina Incora comenzaba a impacientarse con la ausencia de su hija Azimara. El cuidador del establo le informó que había salido a dar un paseo montada en su nuevo regalo, Algodón.

Pero las horas pasaban; y aunque estaban en la mejor estación del año, la primavera, el ocaso no tardaría en llegar. Ordenó a una pequeña comitiva de jinetes disponibles en ese momento, guardias que no participaban del festejo, para cabalgar tras los pasos de la princesa.

No tardaron en encontrar a Algodón, atado junto a un tronco que daba la bienvenida al espeso bosque de Tork. Los relatos que todos habían escuchado acerca de los peligros y los extraños seres que habitaban ahí, además de la prohibición de su rey, castigado con la pena de muerte, a aquel que se atreviera a entrar en esos parajes boscosos, los desalentó a seguir las huellas aún visibles de la princesa Azimara adentrándose en el bosque. Tomaron al blanco corcel y regresaron a toda prisa al castillo de Seferión.

Al enterarse del resultado de la búsqueda, la reina Incora avisó inmediatamente de la situación a su esposo. Aun padeciendo los efectos del licor, Zormon se percató del gran error que había cometido al mostrarle el objeto oculto en el cofre. La curiosidad de su hija era su gran arma y gran defecto. La llave que portaba había sido arrancada de su cinto, e imaginó que el contenido del cofre se encontraba a esas alturas, en poder de su hija.

El rey recordaba perfectamente el acuerdo que el reino de Seferión hizo con los seres mágicos. Y también recordaba la advertencia que el líder de las criaturas, Bormot, le había hecho al joven rey tras la cruenta guerra de las 100 lunas; y el posterior tratado de paz, firmado con sangre por los líderes de ambos bandos.

–Debemos ir por ella. Ordena al general Olsar; que prepare 100 hombres para mañana, armados y listos para el combate.

Tras la orden, el rey Zormon se dirigió a las mazmorras del castillo, a la celda que todos los vigilantes evitaban; por temor a los gritos escalofriantes o a ser terriblemente deformados con algún hechizo oscuro. El lugar en donde permanecía encerrada Zagora, la bruja.

– ¡Pero si es el Rey Zormon en persona! ¿En qué puedo servirle, su majestad? ¿Tal vez su amada hija ha caído en desgracia?

–Sabías de la máscara oculta en el cofre. Ella te lo contó, ¿verdad? Le contaste alguna historia fantástica sobre la máscara; la alentaste a robarla e ir rumbo a ese bosque embrujado.

–Su curiosidad es su mayor atributo y su peor castigo. Su majestad ya está al tanto de eso. Curiosidad para hablar con aquella bruja a la cual todos temen. Curiosidad para robarle su preciado secreto a su propio padre. Y ahora, esa curiosidad la mantendrá en ese bosque para siempre. Sabes perfectamente que Bormot jamás la dejará libre. Es demasiado arriesgado para esas criaturas dejar que esa máscara vuelva a caer en manos del hombre, que por naturaleza es mentiroso y traidor. ¿No es cierto, majestad?

–Esto te ofrezco, hechicera. Me fabricarás 100 máscaras para mañana al mediodía. A cambio de esto, quedarás en libertad apenas cumplas tu cometido. Aunque deberás irte fuera de los límites de mi reino, para jamás volver, so pena de muerte en la hoguera.

–Es la desesperación la que habla por el rey; o tal vez el alcohol lo ha vuelto imprudente. Acepto tu apuesta, Zormon. Pero a cambio de estas máscaras que te daré, necesito algo de esa criatura Bormot, una vez que hay sido derrotada.

– ¿Qué quieres, bruja?

–Sólo un pequeño suvenir. Algo para recordar las enseñanzas de mi gran amigo Bormot... sus ojos. No puedes quitárselos si ha muerto. Debes arrancárselos en vida... o el poder de la bestia y de todo el bosque se perderá para siempre. Sólo la sangre real puede quitar esos ojos de su dueño; y sólo la sangre real será portadora de ese enorme poder.

Sin duda, si el defecto de su hija era la curiosidad, el rey poseía una debilidad que ya en el pasado había ocasionado una guerra. Sabía que lo que ocultaban esos añosos árboles podría hacer frente al ejército más grande y fuerte de cualquier reino conocido o por conocer. Teniendo frente a sus narices dicha fuente inmensa de poder, no podía dejar pasar la oportunidad.

III

El gran Bormot, acompañado de la princesa Azimara, se adentraba en las inmensidades del gran bosque de Tork, dirigiéndose a la morada de la criatura.

–Tengo una última historia para ti, pequeña. El primer habitante de nuestra raza, el primero de los torkianos fue un humano, tal como tú; un poderoso mago, que conocía muy bien los secretos de la madre naturaleza. Renegó de la compañía de los hombres, contaminados con la ira, la avaricia y el egoísmo. Era el hermano de un antiguo rey de hace miles de años, poseía sangre real. Con su muerte, el fuego azul no pudo ser nunca más transferido a las criaturas de este bosque. Sólo somos los portadores de ese poder, pero no podemos crearlo; cuando fallecemos, algo de la llama azul también se extingue. Sólo un legítimo y digno heredero de ese mago puede fabricar la llama azul, alguien que posea sangre azul; casta de reyes.

– ¿Por qué debo quedarme para siempre en este lugar? ¡Quédate la máscara, ya no la quiero! ¡No quiero ser tu prisionera!

–No puedo dejarte libre, princesa. Mi raza es muy respetuosa de los pactos de sangre firmados con el enemigo en tiempos de guerra. El último pacto que se firmó fue cuando tu padre, un joven rey de Seferión, se cansó del derramamiento inútil de sangre. Acordamos que los hombres de su reino jamás se adentrarían en el bosque; y que jamás talarían nuevamente uno de nuestros árboles. Además, todas las máscaras serían quemadas. La bruja, que había fabricado esas máscaras, sería encerrada hasta su muerte en el calabozo más alejado y oscuro del castillo; sin contacto alguno con los miembros de la realeza. Debe haber sido duro para tu padre encarcelar a su propia hermana.

–Zagora, la bruja del calabozo... ¿Es mi tía?

–La hermana mayor de tu padre. Envenenada por el poder y la ira. El anciano guardián jamás debió retenerla en este bosque.

– ¿Cómo pudo Zagora fabricar las máscaras para los soldados?

–Cuando tu tía era sólo una niña, se extravió en las anchuras de este bosque. Vagó días y noches sin poder encontrar el rumbo correcto hasta el castillo. Tal situación causó gran pena en uno de los más ancianos guardianes de Tork, quien le otorgó el poder de mirar en los dos mundos. El humano y el nuestro. Así fue como Zagora pudo sobrevivir en este bosque. El antiguo guardián se encariñó tanto con la pequeña, que la instruyó en nuestras artes secretas y mágicas. Durante cinco años, Zagora adquirió toda la sabiduría de nuestra raza. Pero con el pasar de esos años, nuevas ideas nacieron en la cabeza de tu tía. Este nuevo poder desató en ella ansias de poder. Sentía que era capaz de gobernar reinos enteros con su magia, y este gran bosque era demasiado pequeño para su ambición. Huyó y convenció al rey Zormon de atacar el bosque para obtener este gran poder mágico, con el que tu padre podría gobernar todo los reinos conocidos y por conocer. El rey también fue presa de la ambición. Aceptó la propuesta de Zagora de fabricar miles de máscaras. Se talaron sin piedad innumerables árboles sagrados de Tork, combinando las cortezas con nuestros propios hechizos, además de la sangre real de tu padre. Todos esos elementos dieron como resultado la forma en que entrarían a nuestro mundo, para supuestamente robarnos la fuente de nuestro poder. Desde esa guerra ya han pasado 20 años, y los guardianes prácticamente han desaparecido de nuestro reino; con excepción de mí.

–Pero si tú mueres, ¿quién será el guardián de este reino?

–Mi reino desaparecerá.

– ¿Con quienes pelearon los soldados de mi padre esas batallas? Hasta ahora no he visto otras criaturas como tú en este bosque. Y no me he sacado la máscara ni por un segundo.

–Los has visto. Y ellos a ti. Sus cuerpos han vivido miles de años. Necesitan renovar energías y despertar cuando la situación lo amerite.

–Los árboles

–Exacto, princesa. Los seres que habitan dentro de los árboles duermen un largo sueño, que sólo puede ser interrumpido por el guardián del bosque. O sea, por mí.

IV

El rey Zormon liberó a la bruja Zagora de las mazmorras y la instaló en la gigantesca armería del castillo, escoltada y vigilada por 4 guardias fuertemente armados. Zormon no correría riesgos ni dejaría que algún imprevisto boicoteara la delicada misión de rescate. También ordenó a 50 soldados, provistos de hachas y sierras, dirigirse al bosque de Tork, para talar una decena de árboles y transportarlos inmediatamente a la armería.

– ¿Qué más necesitas, bruja?

– ¿Tantos años han pasado desde su última guerra, majestad? Sus recuerdos se han esfumado tan rápido... o quizás no desea recordar. Sangre real es la materia prima para fabricar sus máscaras... Pero también hará falta otro ingrediente fundamental.

–¿Qué más necesitas?

–Sangre de guardián de Tork.

–Imposible. No hay forma siquiera de ver a un guardián sin una máscara. Menos aún darle muerte. Debe haber otra forma de fabricar las máscaras.

–No la hay. Es el único modo que conozco. Pero creo saber de dónde podemos sacar algo de sangre de guardián. Supongo que nuestra majestad, ya que es tan bueno conservando reliquias de guerra, ha guardado con sumo cuidado el tratado que firmaron ambos bandos para concretar la paz. Ese pergamino fue firmado con sangre vuestra y también con sangre de Bormot, ¿verdad?

V

Bormot sintió un repentino dolor y sufrimiento. Algo que le desgarró el corazón. Una fuerte sensación de llamados de auxilio. Presentía que los hechos que desencadenaron la llegada de la princesa al bosque determinarían una nueva y cruel batalla entre hombres y torkianos.

– ¿Qué sucede, Bormot?

–Quédate dentro de mi guarida. Algo sucede en la entrada al bosque.

Bormot aceleró el tranco, todavía con los gritos de dolor y sufrimiento en su cabeza. Sus sospechas se hicieron realidad tras contemplar la cruel tala de al menos una docena de árboles. El pacto había sido roto definitivamente. Las almas de las criaturas que habitaban junto a los árboles se habían perdido para siempre. Las órdenes de un guardián son claras. En situaciones así, debía despertar a los 4 generales de Tork, quienes a su vez despertarían a gran parte de sus tropas, para comenzar a preparar la estrategia de guerra. Bormot comenzó a cuestionarse el haber seguido las reglas del pacto. Pensaba que debió haber tomado la máscara y dejar ir a la princesa cuando se dio la oportunidad. La guerra comenzaría, y todo había sido planificado por una vieja amiga de su raza y que ahora se había convertido en su peor enemiga... Zagora.

VI

Zagora revolvía en el caldero las pociones necesarias para crear su fórmula secreta. Combinaba todos los componentes necesarios, en su justa medida. El último ingrediente de la preparación fue el pergamino de tregua entre Seferión y Tork, firmado por ambos líderes con sangre. La bruja lo arrojó al caldero y este se diluyó lentamente.

El rey Zormon ordenó que todo soldado disponible confeccionara su propia máscara, hecha con la corteza de los árboles que habían traído desde Tork. Quien hubiera terminado esa labor, pasaba a la armería para sumergir la careta de corteza en el caldero de la bruja. Finalizado ese proceso, terminaban de fabricar el objeto con amarras de cuero para fijarlas a la cabeza. Cada soldado que terminaba esta tarea, se formaba, preparado para marchar al bosque de Tork.

VII

La visión devastadora y desolada de los árboles talados hizo dudar a Bormot de la decisión que había tomado en su recorrido desde la guarida. Y más aún cuando vio las tropas de Zormon

acercarse a pocos metros de la entrada al bosque. Pero al menos debía intentarlo. El rey divisó desde cierta distancia al enorme lobo oscuro con sus ojos azules llameantes que lo esperaba a la entrada de Tork. Su postura evidenciaba un interés difícil de comprender en una bestia oscura y de carácter feroz: el diálogo. El rey avanzó al encuentro de la enorme criatura, montado en su gran corcel gris.

—Seguramente ya sabes que he perdido en estos parajes algo de mucho valor para mí y para mi reino; la pregunta es: ¿Por qué no has despertado a tus generales, Bormot? Ya sabes que he roto varias líneas escritas en ese añejo pergamino. ¿O es que tu raza jamás ha quebrantado un pacto?

—Nunca. Y menos uno que se firmó con sangre. Sin honor, caeríamos al mismo nivel que ostenta el hombre. Nuestra palabra es válida para siempre, rey Zormon.

—Entonces tenemos un problema, Bormot. Secuestraste a mi hija. La tienes prisionera en este bosque; y según las leyes de los hombres de este reino y de cualquier otro, es mi misión hacer hasta lo imposible para que vuelva sana y salva a su castillo, que es donde pertenece. Y como no la veo por aquí, es mi deber como padre y como rey ir en su búsqueda. Si lo impides, te mato. Y si recupero a mi hija, viva o muerta... tu bosque será aniquilado de todos modos, porque no toleraré la osadía que cometiste al arrebatarse al rey de su más preciado bien. A menos... que me hagas conocedor y portador de las fuerzas mágicas que le dan vida a este lugar. Si me transmites ese poder, tu reino... tu raza, serán perdonados. Y los dejaremos en paz para siempre.

—El más preciado bien para este rey talador de almas milenarias, no es su hija, sino la enorme codicia que habita en su corazón. Esa ambición ya inició una guerra. Que la máscara que portas no nuble tu visión. No has respetado el pacto con tu enemigo, pero al menos respeta la vida de los hombres que te sirven fielmente, sólo por el hecho de portar una corona dorada y sentarte en el trono. La princesa Azimara será devuelta sin daño alguno antes del anochecer al castillo. Y ninguno de ustedes volverá a pisar este bosque, a menos que deseen encontrar la muerte. Ahora les ruego... den media vuelta y esperen a su princesa. Los habitantes de Tork son seres que cumplen sus promesas.

— ¡Ataquen a la criatura! ¡Ahora!

Tras la orden del rey Zormon, sus soldados se abalanzaron en contra de Bormot, pero antes de que espada alguna se acercara a la bestia, la pequeña figura de Azimara salió de entre el espeso bosque y se acercó a la bestia para despedirse de su captor. Los soldados frenaron de golpe el ataque y miraron desconcertados a la pequeña, en un acto de afecto recíproco con la bestia. Luego, la princesa caminó al encuentro de su padre, el cual sin quitarle la vista a Bormot, ordenó a un par de sus soldados a escoltar inmediatamente a Azimara al castillo. La frialdad para con su hija era la confirmación de que la batalla sería inminente; no era una misión de rescate, sino algo diferente.

— ¡Captúrenlo con vida! Debe estar vivo... ¡captúrenlo!

Bormot no movió ni un músculo ante la arremetida de los soldados. Inmóvil, espero sus ataques. Su destino ya había sido trazado por él mismo. La condena de su reino al olvido fue su elección. Prefirió ser testigo del fin de Tork, antes que verse inmerso en una nueva y sangrienta guerra a muerte.

Sólo bastaron un par de espadas clavadas en su cuerpo para poner en el suelo a un resignado Bormot. Los soldados lanzaron las redes y dejaron inmóvil en el suelo a la bestia, mientras otros soldados seguían enterrando sus filosas hojas en la carne del último guardián.

El rey desmontó de su caballo y se acercó a la bestia. Se arrodilló frente a ésta y con sus manos desnudas comenzó a arrancar los flameantes ojos azules de Bormot, quien no soltó ni el más mínimo quejido durante el siniestro proceso de Zormon. El rey gritaba de dolor mientras arrancaba de sus cuencas el fuego divino de la criatura. Sus manos eran quemadas por el intenso calor que emanaban los ojos de Bormot. Sólo lo impulsaba a seguir la certeza absoluta de que con este acto

tendría al fin en su poder el arma más poderosa que existía en todo los reinos. Ejércitos completos temblarían ante la magia de Tork, ahora con el rey Zormon como portador. A pesar de su codicia, y luego de arrancar los ojos de la bestia, Zormon se desvaneció por completo, por el esfuerzo requerido y el fuerte dolor que soportó para conseguir su propósito.

Tras presenciar toda la escena, esperando su oportunidad, Zagora la bruja hizo su entrada en un gran corcel negro, tan negro como su vestimenta, su largo cabello y su alma.

—He venido por lo que me prometiste, majestad, mi souvenir. Oh, Zormon el poderoso, el más grande y temido rey de entre los nueve reinos. Ahora será conocido como Zormon, manos de carbón. Un gran título, majestad. Agradezco enormemente el que me hayas ahorrado el trabajo de derrotar a Bormot y quitarle sus preciados ojos. También me gusta el poder, pero no me gusta tanto cuando te deja sin manos, ¿verdad majestad?

Las imágenes escalofrantes no habían terminado. Los soldados observaban atónitos como la bruja arrancaba sus propios ojos, ayudada por una daga, para luego colocar en su lugar los ojos que el rey le había arrancado a Bormot. La locura se había apoderado del lugar. Sin duda alguna, ningún hombre se adentraría jamás a los terrenos del bosque de Tork. Las historias que los aterrados e incrédulos soldados tuvieron que presenciar ese día, acrecentarían los mitos sobre la oscuridad del bosque y espantarían hasta el más valiente de todo el pueblo de Seferión. La mayoría de ellos huyeron despavoridos del lugar.

Una sonrisa maléfica se dibujaba en el rostro de la bruja Zagora, como esperando el momento en que el poder del bosque se manifestara dentro de su cuerpo. Todo el conocimiento que le había heredado el antiguo guardián no describía con exactitud cómo funcionaría el traspaso de poder. Sólo recordaba que, cuando quedara sólo un guardián en Tork, el poder del creador del bosque sería transmitido a aquel que portara la sangre real.

—Estúpida bruja... tú jamás serás portadora de nuestro poder ancestral. No eres candidata para obtener el fuego azul. La profecía del antiguo guardián decía que sólo quien posea sangre real, podrá heredar la fuente de nuestro poder. Y tú no la tienes.

Bormot, casi agonizando tras el ataque de los soldados del rey Zormon, se esforzaba con el poco aliento que le quedaba, para continuar disfrutando con la ingrata suerte de Zagora:

—Fuiste abandonada en este bosque cuando apenas tenías días de vida. Tu mentor, el guardián que luego asesinaste, te crió como una hija. Te alimentó, te cuidó, e incluso te enseñó las artes mágicas de Tork. Pero él sabía que no pertenecías a este bosque. Le rogó al padre del rey Zormon, el rey Zerok, que cuidara en el castillo a su pequeña Zagora. Zerok aceptó su petición y te adoptó felizmente como su hija, ya que su esposa aún no había concebido a hijo alguno. Tu sangre nunca fue real. El origen de tu sangre es irrelevante, pero de seguro eres más torkiana que humana. Y ahora, traicionas a tu propia raza, bruja.

— ¡Mientes... mientes maldita bestia! Soy legítima hija de Zerok, hermana de Zormon, mi sangre sí es real.

—Y entonces, ¿por qué no usas tu fuego azul para incendiar todo mi bosque y quemarme vivo, mientras aún permanezco este mundo? ¡Vamos, demuéstranos tu gran poder, maldita bruja!

VIII

Los desesperados gritos de la bruja no eran por el dolor físico tras infringirse la mutilación de sus ojos, sino por el odio que le generaba el no poseer el control del fuego azul, la fuente de poder torkiano.

Montada en su corcel, Algodón, la princesa Azimara aparecía en el lugar. La escena la confundió tremendamente. Su padre, su tía y su nuevo amigo estaban todos muy mal heridos, como si hubieran librado una cruel batalla sólo los tres. Se acercó a su padre y al ver el estado de sus manos, ordenó a los pocos soldados restantes en el lugar a escoltar a su rey de vuelta al castillo. Luego de ello, presencié la horrible apariencia de su tía Zagora, con lágrimas de sangre que seguían brotando de sus ojos, y alaridos de desespero, que a ratos se confundían con alocadas carcajadas.

Luego se acercó a Bormot, ciego y moribundo, quien había prolongado su agonía, como esperando la llegada de la princesa. Había trazado su propio destino, al evitar una nueva guerra; pero no se resignaba del todo a la extinción de su raza.

—Acércate, pequeña princesa. Tu tía Zagora quiso ser portadora de nuestra magia, pero no lo consiguió. No sólo porque no posee sangre real, sino porque la fuente del fuego azul no radica en los ojos. La forma de canalizar nuestro poder es a través de los ojos, pero no proviene de ahí, sino de nuestro corazón, de nuestra alma misma. Es hora de que obtengas este poder. Este es tu bosque; eres la legítima heredera de Tork, el gran mago azul. Todas las criaturas de este lugar te pertenecen. Úsalo con sabiduría y sólo para el bien.

Bormot colocó la pequeña mano de Azimara en su pelaje, apuntando al corazón y con su último aliento, transfirió su esencia a la princesa. El cuerpo de la bestia se transformó en polvo, esparcido por una suave brisa. La pequeña portadora del fuego azul contemplaba con asombro, sin la necesidad de usar su máscara, el maravilloso mundo oculto a su alrededor. Podía percibir cada alma que habitaba en el bosque y comprender lo que la rodeaba. Sin ninguna duda, pertenecía a este lugar. No a los placeres y privilegios del castillo, sino a la magia y pureza de su bosque.

Déras, rendición y exilio

Autor: R. B. Wegnar

Cuando la gran batalla del valle de Kaibel comenzaba a ser favorable para la defensa de Minfal, Déras se encontraba intentando mantener la primera línea del ataque junto su pelotón, compuesto por unos diez mil guerreros, de los cuales más de la mitad había caído intentando penetrar la ciudad. Su tropa se defendía desordenadamente y casi había renunciado a avanzar, limitándose a resistir en su posición todo el tiempo que le fuera posible confiando en la superioridad de su líder.

Déras había bajado de su caballo herido por las flechas que caían aun desde lo alto de las murallas y combatía fieramente, pero a sus alrededor todo era confusión y caos. Las armas de los davar y su letal funcionamiento habían generado un tremendo temor en el ejército de Karel, especialmente entre los anégodos y los sigrear, que corrían a la desbandada dejando sus armas y huyendo hacia las colinas y bosques cercanos. La infantería davariana empujaba con fuerza a los disciplinados veideos que cedían terreno cada vez más rápido. Los defensores retrocedieron, dando un respiro al pelotón de Déras, pero apenas terminaba el repliegue del ejército davar, aparecía cargando con toda su furia la caballería e infantería de Minfal, causando estragos entre el ejército azul.

Este sistema de retirada y contraofensiva planificada por Tielfil, se mantuvo por más de dos horas y diezmó a los veideos que a esas alturas se encontraban solos ante la desertión de sus aliados. La disminuida tropa de Déras luchaba cuerpo a cuerpo contra hombres y davars, vio avanzar por los flancos la artillería davariana y entendió que se acercaba el fin. Cuando su pelotón estuvo flanqueado por la maquinaria de defensa, Déras ordenó a la tropa retroceder, pero en un instante llovieron sobre sus soldados miles de flechas y esquirlas que atravesaban las azules armaduras cayendo una tras otra inertes. Luego de tres devastadoras descargas, Déras miró como las tropas defensoras se reagrupaban y preparaban una última y mortal embestida. El ejército azul ahora huía mientras la intensa contraofensiva Saestereana se los permitía, o simplemente caían muertos. Sólo en algunos sectores quedaban pelotones que luchaban por mantener la posición.

—No queda nada más que hacer, debemos retirarnos cuanto antes o capitular—pensó Déras, pero sabía que mientras el comandante no diera la orden, debían resistir con toda sus fuerzas.

Su tropa estaba rodeada, y Déras ordenó formar un círculo para aguantar mientras se pudiera, confiando en que la artillería no fuera utilizada nuevamente. Las catapultas veideas no habían sido fabricadas pensando en luchas a corta distancia, por lo que habían sido inútiles una vez que la batalla se instaló en el valle. No así las lanzaderas y espinaderas davarianas, que cumplían justamente esta función, y que estaban demoliendo a los veideos.

— ¡Si mantenemos el círculo, no podrán disparar la artillería sin matar a sus propios guerreros, mantengan la posición!—Gritó Déras.

Su pelotón a estas alturas no superaba los mil veideos, que cansados y descorazonados seguían luchando casi por inercia.

En esos momentos pudo ver a lo lejos a Karel, de rodillas en el suelo, afirmándose de la empuñadura de su espada.

—Estamos perdidos— se dijo— sólo nos queda la rendición.

En estos pensamientos se encontraba cuando sintió un griterío que provenía de los derruidos muros de Minfal, y vio cómo se abalanzaba sobre ellos la última ofensiva de Saester, encabezada por su Rey Galbed junto a Tielfil y Sortas. A su alrededor la batalla continuaba, y los 10 o 15 mil veideos que aún mantenían la lucha se prepararon para recibir el embate.

En un último esfuerzo, Déras empujó a sus veideos a la lucha arengándolos por última vez y avanzó hacia el comandante Karel para prestarle ayuda y lograr huir, pudiendo así retroceder hasta Faistand para preparar la defensa ante la obvia invasión que vendría después de la batalla, pero cuando se abrió paso agitando su espada entre davars y hombres, vio desde unos 300 metros de distancia que Sortas, bajaba de su caballo y se aceraba a Karel, enfrascándose con él en una lucha encarnizada donde claramente llevaba la ventaja. Karel se veía débil. Déras no sabía si estaba herido, agotado o ambas cosas. El duelo fue corto, y a pesar de sus esfuerzos Déras vio con impotencia como su comandante era atravesado por la espada de Sortas en un rápido movimiento. Todo estaba perdido. Déras consternado y desorientado titubeo un momento y luego retorno al núcleo de su pelotón.

— ¡Veideos, entreguen sus armas, esta batalla esta pérdida, nuestro comandante ha caído!

Sus soldados lo miraron y detuvieron la defensa. Los hombres y davars advirtieron el llamado y retrocedieron envainado sus espadas.

— ¡Hemos sido derrotados, aceptémoslo con honor y guardemos nuestras fuerzas para otra jornada!—gritó Déras— Es todo por hoy, hemos de capitular, dijo en voz baja sobre el ensangrentado campo de batalla.

Los veideos, con una mezcla de tristeza y alivio dejaron caer sus espadas uno a uno y escucharon a su capitán.

— ¡Todos sentados y a esperar nuevas órdenes!

La batalla aún era mantenida por algunos guerreros en distinto puntos aislados del valle, pero ya todo estaba decidido. Déras se acercó al capitán davar que encabezaba el regimiento en ese sector del campo y entregó su espada.

—Pido clemencia para mis soldados capitán—dijo estirando el arma hacia su interlocutor.

—Les será otorgada—Contestó el davar, mientras recibía la espada.

— ¡Teniente, recoja las armas y dirija a estos prisioneros hasta la fortaleza!

Déras miró desconsolado lo que quedaba de su pelotón cuando vio a Urbal acercarse hacia el sitio en que Sortas montaba vigilancia junto al cuerpo de Karel. Allí observó como el maestro del comandante hablaba con Sortas para luego recoger el cuerpo y subirlo a su caballo. De regreso, pasó a un lado de Déras.

—Déras, capitán de Faistand, no estés triste, haz lo que consideres sabio, protege tu vida y te aseguró que algún día nos reuniremos para retomar la lucha.

Luego se alejó al galope perdiéndose entre el bosque cercano. Déras lo observó alejarse y comenzó a marchar a la cabeza de los no más de 600 guerreros que aún quedaban a su cargo. La lucha tocaba su fin y las tropas prisioneras entraban por el boquete de los muros hacia las plazas de la ciudadela, convertidas en improvisados campos de prisioneros. En una de ellas se amontonaron Déras junto sus soldados y muchos otros veideos, acompañados por algunos hócalos y anégodos. Sigrears no se veían por ninguna parte, habían sido los primeros en huir y los que no habían muerto en el intento estaban a kilómetros de Minfal. Esa tarde, mientras los derrotados continuaban cercados en las plazas por la guardia de Saester, en el castillo de Galbed se llevaba a cabo un concilio. Tyubel había llegado a Minfal, y junto a Sortas, Galbed, y algunos consejeros discutían los pasos a seguir.

—Estoy seguro que Faistand no opondrá resistencia alguna a la llegada de nuestras tropas. Hoy los hemos aplastado, y su ejército esta descabezado. Huyen hacia las montañas, y en las ciudades ocupadas sólo quedarán civiles inofensivos—Dijo Sortas.

—De todos modos debemos enviar un ejército numeroso para evitar sorpresas— agregó Tyubel.

—Estoy de acuerdo, no debemos arriesgarnos, pero creo que lo más duro ha pasado— dijo Galbed— Ahora mi mayor preocupación es que hacer con los prisioneros. Son más de 7 mil y el hacinamiento en las plazas de la ciudad no puede extenderse por muchos días.

—Propongo sacarlos afuera de la ciudadela y mantenerlos allí en una empalizada hasta tomar Vesladar— contestó Tyubel— Los ayudaremos con agua y víveres para que se mantengan prisioneros en el valle mientras resolvemos.

—Entonces partiré mañana temprano a Faistand para acortar la espera— señaló Sortas.

—De acuerdo entonces caballeros. Los prisioneros serán retenidos hasta asegurar el control de Faistand y Thergonal. Aceptaré tu ofrecimiento Tyubel para poder mantener a los derrotados hasta decidir qué hacer con ellos.

— ¡Edecán, ordene a un pelotón que se prepare para construir una empalizada a la afueras de la ciudad!

—Si mi señor Galbed.

Al atardecer del quinto día, los prisioneros avanzaban hacia la recién construida empalizada, en cuya entrada había además de la guardia un edecán. A medida que iban ingresando eran despojados de sus armaduras mientras el edecán entregaba a cada uno una manta y algunos víveres, junto a una cantimplora. Muchos de ellos lloraron al ser desarmados por la guardia, e incluso rechazaron lo que se les ofrecía. Déras los exhortaba a aceptar la clemencia de los humanos y para ellos dio el ejemplo dejando que le arrebataran la armadura y recibiendo con un gesto de agradecimiento lo que le era entregado. Mucho le costó soportar el dolor que empujaba las lágrimas hacia sus agotados ojos, y resistió para no mostrar debilidad ante sus soldados. Allí permanecieron en precarias condiciones durante una semana. Algunos murieron de sed y otros enfermos por sus heridas. La guardia hacía todo lo posible por hacer esta espera más llevadera, pero los recursos no eran suficientes.

La mañana del vigésimo día, un mensajero entregó noticias a Tyubel y Galbed.

—Señor. Sortas envía el siguiente mensaje— dijo— y abriendo un pergamino leyó:

“Vesladar ha sido tomada sin mayor resistencia. La guardia dejada por Karel era escasa y se entregó sin presentar batalla. Lo mismo ha sucedido en Acantilado Dolmen y las ciudades más pequeñas. Por lo tanto sugiero liberar a los prisioneros con la clara advertencia de someterse a nuevo orden o atenerse a la ley marcial. Espero que decidan lo mejor para Mardala”

—Edecán. Prepare mi escolta para ir a la empalizada.

Tyubel lo miró

— ¿Qué opinas Galbed?—Preguntó.

—Creo que es lo correcto. Además no podemos seguir manteniendo a tantos prisioneros en estas condiciones, apelaremos a su sentido común. Acabemos de redactar los términos de rendición y procedamos.

Déras se sentía humillado. Estaba sucio, hambriento, y veía como los anégodos prisioneros peleaban entre sí por un mendrugo de pan. La incivilización de esta raza le era repugnante, y ya no soportaba estar con ellos por más tiempo. Sabía que si la guerra se hubiese ganado, los veideos no se habrían mezclado con ellos sino para negociar y mantenerlos a raya bajo el nuevo gobierno.

La sed de guerra de los anégodos los había hecho caer ante el ofrecimiento de Karel, y en realidad no sentían mayor desdicha por la derrota, sólo querían salir de allí. Incluso habían atacado a un par de guardias, lo que obligó a los arqueros a disparar desde lo alto de la empalizada matando a unos cuantos. El capitán veideo divagaba en estos pensamientos cuando escuchó la trompeta de atención que resonó en la entrada del campo de prisioneros. Se abrieron las puertas y entró el Rey acompañado de un edecán, que se detuvo a unos 100 metros del cordón de seguridad formado por la guardia.

— ¡Escúchenme por favor! —Dijo— ¡La guerra ha terminado! Vesladar y Acantilado Dolmen han sido controladas por las tropas de Sortas y no ha habido resistencia. ¡En este escenario, el consejo aliado de Mardala ha resuelto lo siguiente!

Abrió un documento y leyó bajo la atenta mirada de Galbed:

— ¡Queda disuelto el estado veideo instaurado por Karel, que será reemplazado por un gobierno unificado de Faistand, sin condados y gobernado por humanos hasta que este consejo indique cambios en la administración! ¡la tierra de Thergonal desaparece políticamente para ser dividida y entregada en un tercio a Faistand, y en dos tercios a Saester!

— ¡Que todas las garantías políticas de las que gozaban los veideos antes de la guerra son abolidas!

— ¡Que aquellos veideos que decidan retornar a Faistand para vivir en paz y sometidos a las nuevas leyes, serán bienvenidos por el nuevo gobierno encabezado por Sortas!

— ¡Que los hócalos que decidan retomar sus vidas anteriores serán aceptados como ciudadanos de Faistand o Saester según corresponda a su ubicación geográfica, y se someterán a las leyes de dichos reinos!

— ¡Que los anégodos son desterrados a las montañas del sur junto a los sigrear debido a su beligerancia, con la advertencia de que serán encarcelados o eliminados si intentan retornar a las tierras boreales! ¡Las mismas condiciones serán aplicadas a veideos renegados y hócalos rebeldes!

— ¡Que los comandantes, capitanes y tenientes del ejército derrotado serán exiliados a las montañas del sur hasta que este consejo decida que ya no son una amenaza y que no representan liderazgo alguno para su gente!

— ¡Quienes no acaten estas medidas serán enjuiciados y se procederá en consecuencia a lo dictaminado por los tribunales aliados! ¡Ahora prepárense para partir!

Fueron muchos los guerreros que consumidos por la humillación de la derrota, decidieron retirarse al destierro junto a sus ex líderes, pero la gran mayoría volvió a sus vidas normales y se integraron al nuevo orden junto a los miles de veideos civiles que continuaban en Faistand. Déras se fue al exilio más allá de las montañas del sur, una región árida conocida como Lasterdan, cruzada apenas por unos pocos riachuelos, con varios cordones cordilleros rocosos y en su mayor parte desprovistos de vegetación debido a su suelo volcánico. Junto a un puñado de sus ex combatientes se instaló en la estrecha llanura de Párvenal para dedicarse a la ganadería que las duras condiciones les permitían. Era una vida precaria, por lo que muchos de los que en un principio tomaron esta opción por propia voluntad, comenzaron a retornar a Faistand y algunos a Saester.

Sin embargo los que habían sido hombres de confianza de Karel, con responsabilidades militares debían continuar de manera obligada en Lasterdan. Déras pensaba en sus padres y en el dolor que les debía significar el no verlo. Sólo sabía de ellos mediante las noticias que le traía de vez en cuando algún viejo camarada de armas que venía a visitarlo trayéndole encomiendas desde Vesladar. Pronto supo que su padre, un importante comerciante de Faistand, había vendido todos sus bienes y se había retirado a Fértlas, una nueva ciudad que crecía en los territorios anexados y donde se estaban instalando gran parte de los veideos en busca de una nueva vida. Habían pasado más de 40 años, y nada cambiaba en Lasterdan, una tierra asolada por las constantes fechorías de anégodos y sigrear, que atacaban las pocas y miserables granjas de los exiliados, quienes se defendían a duras penas. También estaban allí algunos hócalos, que se habían mezclado con los veideos, por lo que también había muchos mestizos simpatizantes de la causa.

Una noche en que una tormenta de relámpagos caía sobre Lasterdan con una furia poco vista, Déras atizaba el carbón de piedra con el que alimentaba su estufa mientras preparaba una frugal comida compuesta por aquellas cosas a las que podía echar mano. De pronto golpearon a su puerta. Eran golpes suaves, por lo que descartó algún anégodo o sigrear, que en realidad hubiesen echado la puerta abajo. Pensó en algún mestizo o veideo que buscaba refugio y se acercó a la puerta.

Nuevamente golpearon, y Déras preguntó:

— ¿Quién va a esta hora?

—Abre Déras, hemos de recomenzar la lucha

Era una voz conocida que hacía años no escuchaba. Abrió la puerta y vio en el umbral una figura cubierta por la capa café oscura característica de los de su raza y con una capucha que no dejaba ver su rostro que se adelantó para entrar. Echó el capuchón hacia atrás y vio frente a él nada menos que a Urbal, quien casi no mostraba el paso del tiempo. Ahí estaba, con su largo pelo castaño oscuro, sus penetrantes ojos violeta, y una túnica azul con adornos plateados.

—Es la hora Déras. Debemos preparar el camino para el regreso de nuestro comandante. Siéntate Capitán, y dame algo caliente mientras te cuento el motivo de mi visita.

Déras lo miró intrigado, y lo invitó a sentarse a su mesa mientras sacaba de la estufa algo de la infusión de hierbas que solía preparar para las noches frías de la segunda estación. Estiró hacia su visitante una humeante jarra y sentó en la mesa frente a él.

—Ahora dime de qué se trata todo esto— dijo.

—Después de la guerra, me retiré a una antigua caverna entre las montañas al este de Lasterdan. Está muy escondida, por lo que nadie la conoce, el lugar perfecto para el tesoro que allí guardo. Al finalizar la gran batalla, me llevé el cuerpo de Karel y lo incinere, pero guarde su corazón que no fue tocado por la espada que le quitó la vida.

— ¿Y todos estos años has estado encerrado en esa oscura cueva?

—Así es, escondido esperando el momento. Como sabes, el alma de los veideos se guarda en su corazón, por tanto el espíritu de Karel, aún está latente en él. Hace unas semanas comenzó a emitir un brillo celeste intenso, que duró varios días. Entonces lo supe. Había nacido uno digno de ser el depositario del alma de Karel, uno con la vehemencia y fuerza de nuestro caído líder, uno capaz de volver a reunificar nuestra nación detrás de un objetivo. Esto significa que esa nueva criatura en un futuro no muy lejano, podrá recibir el alma de Karel, fusionándose ambos en un solo espíritu que podrá retomar la lucha inconclusa.

— ¿Hablas en serio? ¿Hablas de ir a la guerra otra vez después de nuestra estrepitosa derrota?

—Una derrota provocada por la imprudencia de Karel, y que este nuevo comandante suplirá con la sabiduría adquirida en su fracaso, y la prudencia que posee el elegido, el heredero del fuego azul. Déras se paró y caminaba de un lado a otro de la habitación con rostro preocupado.

—Y tu Déras, tienes una misión en esta tarea, una misión fundamental. Siempre fuiste el capitán más cercano a Karel. Él te tenía en alta estima, y a través de las artes antiguas, estipuló en su legado que serías tú el encargado de traerlo de regreso si llegaba a caer en su empresa. Fue algo que me recordó un día antes de la batalla de Kaibel. Tu destino está escrito.

Déras recordó entonces cuando Urbal huía del campo de batalla con el cuerpo de Karel y aquellas palabras que aun sonaban con claridad en su mente:

“Déras, capitán de Faistand, no estés triste, haz lo que consideres sabio, salva tu vida y te aseguré que algún día nos reuniremos para retomar la lucha”.

—Es ridículo ¿Cómo podría yo traerlo de vuelta si no soy un iniciado en las artes mágicas?

—Despreocúpate Déras, no necesitas de ellas. Tu tarea será encontrar al elegido y transformarte en su maestro, instruirlo e inculcar en su corazón el deseo de libertad que motivó nuestras acciones en el pasado.

— ¿Qué dices? ¿Y cómo crees que yo podré encontrar a este elegido? Estoy en el exilio, y por otra parte no tengo como detectarlo, no sabría reconocerlo.

—Déras, no debes buscarlo, el vendrá a ti, y lo reconocerás en tu corazón. Tu exilio esta al punto de finalizar. Tus padres están viejos y enfermos, y las leyes dictadas por el tribunal de guerra señalan que a la muerte de los padres, los exiliados pueden retornar para hacerse cargo de los bienes familiares.

Dos años más tarde, Déras retornaba a Faistand a la casa de sus padres a hacerse cargo de sus bienes, acompañado por Bowen, un mestizo fuerte y bravo que había sido criado desde temprana edad por Urbal y que fue preparado para ayudar a Déras en su misión. Odiaba a los humanos de Faistand y Saester por ser los culpables de la miseria de hócalos y veideos, y más odio sentía aun por los davar, a quienes consideraba enanos insignificantes y de vidas complacientes. Él era el encargado de reclutar nuevos adeptos para organizar desde Fertlas el nuevo movimiento, siempre atento a las señales indicadas por Urbal para reconocer al elegido.

“Es muy probable Bowen, que seas tú quien encuentre al heredero. Quizás serás quien lo guie hasta Déras, y cuando estés frente a frente con él, sentirás en tus venas que la sangre veidea somete a la humana y que tu corazón salta en señal de regocijo. Tenlo presente muchacho. De ti puede depender nuestra emancipación”.

Immortalitatem

Autor: Auril Lúthien

Era tan pequeña, tan blanca y de ojos enormes. Su cabello rojo ondeaba al viento y pequeños rayos de luz solar se filtraban y rozaban sus mejillas. Estaba sentada bajo un árbol trenzando un canasto de mimbre con sus ojos café avellana fijos, como si no pestañeara. Tarareaba una canción que nunca había escuchado antes, pero me producía una paz que parecía calmar el dolor que oprimía mi pecho.

Yo la miraba desde lejos pero con un impulso casi visceral de acercarme y tocarla. Tenía que hacerlo, no podía dejar pasar ese momento, sabía que me arrepentiría. Respiré hondo y moví mi bastón hacia a ella. Cada paso, cada choque de la madera contra el suelo hacia que mi corazón latiera con más fuerza.

"Es hermoso eso que estás haciendo" Dije tartamudeando, mas ella no pareció escucharme. Inhalé profundamente y repetí la frase, esta vez ella levantó la vista. Batió unas inmensas pestañas, dejando al descubierto unos ojos que parecían atravesar mis pensamientos. Era como si intentara leerme, era como si lo lograra.

- Eso ya lo dijiste.- respondió.

- Oh perdón, creí que no me habías oído.- Tartamudeé.- Soy Dougan, el primero en su nombre. Mago de la orden de Corvus, llevo algunos años estudiando las artes...

- Yo no he preguntado tal cosa.- señaló.

Ella bajó la vista y continuó con lo que hacía. Sus dedos se movían con tal gracia, mientras trenzaba las finas hebras de madera. Mientras yo, aún con la boca abierta, me atragantaba con mis palabras.

- Dougan es un hermoso nombre, no creo haberlo escuchado antes. Y tu acento, es algo que no logro identificar. ¿Es de las tierras del norte?.- Preguntó sin levantar la vista.

- Así es, vengo de una pequeña isla al norte de los bosques de Nemetón. Viajé mucho para conseguir mi bastón.

- Pareces joven para usar un bastón.- añadió, dejando el canasto terminado de lado.

- El bastón es un símbolo, tal como en el sur el escudo representa la familia, en la orden el bastón se entrega a aquellos que ya cumplieron una década de formación y pueden valerse por sí solos.

- ¿Y tú puedes valerte por ti mismo?

No estaba seguro que fue lo que me descolocó de esa pregunta. Si el trato de iguales o la revelación que no estaba seguro cuál era la respuesta. A mis 31 años, nadie me había tratado así. Me había ganado la fama de ser un hombre fuerte, algo callado, pero calculador. Sabía perfectamente el gran poder que tenía. Siempre había evitado la batalla, pero cuando éstas se había presentado, no había dudado en dejar en claro que un ejército completo no sería suficiente para detenerme.

- Pues, no necesitas contestar. Tu sonrisa torcida lo ha dicho todo.- dijo mientras se ponía de pie.

Casi instintivamente me incliné para ayudarla a levantarse, ella me dio su mano y su roce erizó mi piel con un frío que recorrió cada centímetro de mi espalda. Era suave y tibia. Tenía unos dedos delgados y pequeños, tan sutiles que parecía que no me estaba tocando.

- Mi nombre es Ravyn.- dijo mientras me dedicaba una sonrisa.- vivo en Castellum. Puedes acompañarme, si quieres.

- Iré contigo, estas tierras son peligrosas para merodear sola. Además se está haciendo tarde, y la oscuridad rara vez es aliada de una mujer.- Respondí, tomando el canasto y un bolso de cuero negro que llevaba en su hombro.

- Créeme, Mago, en esta oscuridad el ser más peligroso soy yo.- me dijo, guiñando un ojo.

Ese gesto fue todo lo que necesité para saber que me uniría a ella por todos mis días. Dedicaría cada aliento a hacerla la mujer más feliz del mundo. No entendía muy bien por qué, pero cada fibra de mi ser me decía que pertenecía a ella. Que debíamos estar juntos. Que después de este encuentro nada sería igual. No era solo su belleza tan pura, era una fuerza que irradiaba. Una autonomía extraña que la diferenciaba del resto.

Caminamos juntos un largo trecho. Hablábamos de cosas sin importancia: del cielo, el olor a pan, los colores de las vestimentas. Junto a ella me sentía como un hombre normal. No intentaba impresionarme, solo reía de vez en cuando y comentaba lo mucho que le gustaba estar junto al fuego, ya sea leyendo las historias de las batallas antiguas u horneando hogazas de pan dulce. La verdad es que no quería que ese momento acabara. Pero las murallas de la aldea se hacían más grandes a cada momento, y el tiempo corría con rapidez.

Llegamos a un portal que vaticinaba el final de nuestro encuentro. Yo, con el corazón apretado, casi sin poder articular palabras, le extendí sus pertenencias. Ella me miró hacia arriba, pestañando un par de veces e hizo lo que nunca pensé. Se acercó lentamente y me besó. Suave, sus labios rozaron los míos, con tal ternura que sentí que me rompía en muchas partes. No quería dejarla ir.

- Gracias, por acompañarme.- Me sonrió con una expresión que no pude identificar. Mas su labio inferior tiritó y comprendí que ella tampoco quería que nuestro encuentro terminara.

- Quieres...- carraspeé.- ¿Quieres que nos volvamos a ver? .- dije esperando que la respuesta sea positiva.

- Tu y yo contra el mundo.- contestó y nuestro universo se hizo infinito.

Una vida, una vida fue lo que nos prometimos. Ella tenía veinte años cuando la hice mi esposa. Veinte años cuando me dijo que estaríamos juntos para siempre. Veinte años cuando me dijo que me haría padre. Veinte años cuando la vi morir al dar a luz a nuestra hija. Hija que tras una larga espera no lloró. Las enterré juntas bajo el mismo árbol en que la conocí.

Mi vida cambió después de eso. Ya no había nada en este mundo que me importara. Mi universo había cambiado. Decidí dedicar el resto de mi vida a viajar sin rumbo, aprendiendo todo lo que más podía. Llenándome de libros y haciéndome más sabio. Aprendí conjuros, magia antigua, hechizos de todo tipo. Cuando me convertí en uno de los seres más poderosos que estas tierras habían visto, comprendí que necesitaba algo más. Necesitaba algo que no habría podido conseguir en la orden de Corvus: un poder eterno.

Las guerras en el sur se habían intensificado y sabía que si elegía una de las partes, estaría ofreciendo una ventaja incalculable. Y así fue, no me importaba quien saliera vencedor, solo quería sentir el control nuevamente. No el control hacía otras personas, sino el control sobre mi propia vida. El control que había perdido hace ya mucho tiempo. Y tras 50 años de cabalgar sin rumbo, ofreciendo mis poderes al mejor postor, encontré en un antiguo manuscrito lo que andaba buscando, "Immortalitatem". Tras algunos fracasos, conseguí descifrar que es lo que debía hacer.

Un fuerte dolor me atravesó el estomago y sentí como mi piel se incendiaba. El dolor era casi insoportable, mis ojos no podían enfocar y de mi garganta salió una luz enceguecedora con un fuerte estruendo. Y luego, el silencio. Desperté sintiendo un horrible dolor de cabeza. Intenté levantarme, pero mis piernas no me respondían. Me sentía muy cansado. Cuando por fin pude incorporarme, me di cuenta que mi fuerza volvía. Me acerqué al cuenco con agua para lavar mi rostro y cuando dejó de moverse, noté que el reflejo había cambiado. Me veía joven, como un menor de treinta. Y por los siguientes años seguiría viéndome igual.

Y así el tiempo pasó, los días se sentían cada vez más largos y las noches solo traían recuerdos que me agobiaban y me hacían creer que mi vida ya había perdido todo sentido. Era como si cada acto en mi vida se repitiera constantemente. Naciera y muriera una y otra vez. Como si ya no hubiera nada más por lo cual sorprenderse. Cuando no hay nada por qué vivir, el tiempo es tu peor enemigo.

Todos los días eran iguales, recibir el sol en mi cara, ponerme mi capa magna y, aunque mi antiguo bastón me recordaba donde empezó todo, mi báculo actual me permitía darme cuenta que ese joven mago que emigró desde las tierras del norte en búsqueda de Corvus, ya había desaparecido. Salir de lo que llamaba mi hogar, vagar por las llanuras en búsqueda de algo que hacer, alguien a quien ayudar o solo algo, algo que me dijera que este día sería diferente al anterior. Volver con el ocaso, leer e irme a dormir.

Todos los días, todos los días lo mismo. Hasta que un día algo ocurrió.

Una tarde mientras caminaba hacia al sur, una susurro en la brisa me heló la sangre. Me era familiar, pero tan remoto. Casi como si no pudiese distinguirlo completamente. Era un eco lejano, pero cálido. Decidí ir en su encuentro. Con el corazón apretado corrí hacia él como si mi vida dependiera de ello. Cada vez lo oía con más claridad, era una canción que me daba una paz y una angustia muy extraña. No podía ser posible. El tiempo se había encargado de ayudar al olvido y quitarme ese peso de mi alma, de impulsarme a mirar hacia adelante y no volver la vista a aquello que me hizo tan feliz y que ya no estaba. Pero no podía evitarlo, todo en mi cuerpo me decía que tenía que seguir esa melodía. Hasta que la hallé y quedé allí, petrificado.

Bajo un manzano, sentada con un vestido color rosa suave, tan diáfano que parecía ser un velo de aire que la envolvía, tan pequeña, tan menuda como la recordaba. El mismo cabello rojizo desordenado al viento en el que se colaban los rayos del sol. Los mismos ojos avellana. Sus labios de un color ciruela y su piel tan lechosa ¿Qué hacer? Era ella, mi Ravyn, estaba ahí, sentada leyendo mientras tarareaba como la primera vez que la vi. Es como si el tiempo no hubiese pasado. Tenía, quizás, la misma edad que cuando la conocí. No podía controlar mi pena, mi angustia y, por supuesto, mi alegría. El nudo que tenía en la boca de mi estomago casi no me dejaba respirar, mis piernas temblaron y las palabras parecían no articularse en mis pensamientos. Mis manos gélidas tenían dificultad para sujetar mi báculo y parte de mi creía que esto era una ilusión de una alma vieja en un cuerpo joven.

- Ravyn.- la nombré.

Ella elevó la vista y moviendo su cabeza de forma suave, buscando de dónde venía mi voz. Y tuve una visión perfecta de su rostro, sus grandes ojos que me desarmaba.

- ¿Quién anda allí?.- Dijo ella.

- Soy el gran hechicero Dougan, El Eterno. Tu Dougan.- Traté de articular una oración.

- Disculpe, ¿a qué se refiere? .- me respondió con un dejo de miedo.

- Ravyn soy yo.- le dije con tono de suplica, esperando me reconociera.
- Lo lamento, creo que me está confundiendo. Mi nombre es Corneille.- Respondió.
- ¡Oh! Discúlpeme, es solo que... me recordaste a alguien. Alguien que fue muy importante para mí.

Ella se acercó al notar que estaba visiblemente afectado y pasó su mano por mi hombro. Al estar cerca mío sentí su sutil fragancia a lavanda.

- Gracias. Lamento, decirlo, pero extrañaba el tacto de otro ser humano.
- ¡Vaya! debe ser una vida muy triste y solitaria.

No había notado lo triste que realmente era. Solitaria, si. Triste, bueno solo se puede saber lo triste que es cuando recuerdas la alegría que tenías. Y la mera existencia de esta mujer era un recordatorio de lo feliz que había sido.

- Pues, parece que sí.- le contesté apesadumbrado.- pero con el tiempo uno se acostumbra.
- Tu acento es extraño, eres de las tierras del norte.- me dijo y solo pude asentir con la cabeza.

La volví a amar en ese instante.

- ¿Puedo preguntarte algo?- Intente cambiar el tema.- ¿De verdad nunca habías oído de mí?.-
- La verdad, es que no. Soy de Locusliber, un pequeño pueblo cerca Nubilamonten. Lo único que llega allá son estos antiguos libros. - dijo mientras levantaba un texto antiguo sobre plantas medicinales.
- Creo que estás bastante lejos de hogar.

- Pues sí, suelo perder la noción de tiempo cuando camino. Solo busco un lugar tranquilo donde relajarme. Tengo demasiado trabajo en casa.

- Si quieres te acompaño, no es bueno que una mujer caminé sola, sobre todo si oscurece.
- Créeme, en la oscuridad el ser más peligroso soy yo.- dijo guiñando un ojo.

No entendía qué estaba pasando, pero se sentía tan familiar, caminamos por un par de horas, riéndonos y hablando de libros. Era como si nuestra vida solo se hubiera detenido y ahora seguía su curso. Era como si el destino me diera otra oportunidad de estar juntos. Estábamos a punto de llegar a su casa y ya no quería dejarla ir más.

- ¿Sabes? En mi casa tengo varios libros que podrían interesarte.

En ese momento dos niños corrieron a abrazarla. Ella se agachó y les correspondió. Era una pequeña niña de no más de 4 años, pelo largo trenzado con varias cintitas de colores. Ojos grandes idénticos a los de Corneille, piel blanca y un vestido rosa amarrado en su espalda. Por su parte, el niño tenía unos dos años, caminaba con dificultad sujetado de su hermana. Pelo hasta los hombros color oscuro. Llevaba unos pantalones de tela y una especie de capa.

- Dougan estos son mis hijos. Columba y Fremunt.
- Tienes... ¿Tienes hijos? ¿Tienes esposo?.- Le interrogué algo confuso.
- Si. Aquilam. Nuestros padres son amigos desde pequeños y arreglaron nuestro matrimonio hace mucho tiempo. - Me contestó.

- ¿Lo amas? - Cuestioné muy rápido.
- No preguntes eso. No tienes derecho, menos delante de mis hijos.
- Yo lo siento. Tengo que irme.- Respondí con indignación de quién ha sido herido.

No podía ver eso. Es algo que no toleraría. Solo pensar en esos niños dolía tanto como recordar el día en que perdía a mi pequeña. Caminé en dirección opuesta lo más rápido que pude. Pero ella se acercó corriendo a mí, me dio un tierno beso en los labios y dijo:

- A veces la vida no es como nosotros esperamos. A veces planeas las cosas de una forma y la vida te sorprende. Esto no es lo que yo esperaba, pero no por eso es malo. Soy muy feliz. Aunque para ser sincera, quizás también pude serlo contigo.

Fue lo último que supe de ella. Traté de mantener distancia. Cada día pensaba en ir a buscarla, pero siempre con el miedo de encontrarla. No podía arrebatarle la vida que ya había construido. Sabía que conmigo podría ser feliz, pero ¿por cuánto? Tendría que verla morir nuevamente. Yo podía compartir con ella toda su vida, pero ella no podría hacer lo mismo conmigo. Por primera vez pensaba que vivir para siempre era un castigo. Había visto la inmortalidad como una bendición, la capacidad de no tenerle miedo a nada. De aprenderlo todo, de tener tiempo de sobra para hacer todo lo que quisiera. Pero ahora, lo veía más claro. Cuando todo se vaya, cuando las casas se destruyan, los reyes mueran, los bosques desaparezcan, yo permaneceré. Significa que no puedo relacionarme con nadie más, cada amigo, conocido o amante que tenga será un cadáver algún día. Yo no. Tendré que ver morir ... todo.

Mi perspectiva de la vida volvió a cambiar. Ahora el futuro no era una promesa. No era la posibilidad de alcanzar todo el conocimiento y poder, sino un recordatorio de lo solo que me encontraba. Y de lo solo que estaría para siempre. Si este era mi destino lo enfrentaría y lucharía por no volver a encariñarme con nada que pudiera perder. Y así fue, por décadas y décadas, vagar solo, no preocuparme por nadie. Solo yo y la naturaleza. Solo yo y mis libros. Solo yo y mis recuerdos.

Casi cien años estuve recorriendo el continente de arriba a abajo. Una y otra vez, viendo como los fantasmas me perseguían. Si tenía hambre comía, si tenía sueño dormía. Intercambiaba libros con la gente a mi paso. No miraba atrás, porque no me atrevía a mirar atrás. En uno de esos viajes logré contemplar cómo el mundo iba avanzando donde habían bosques, ahora habían pueblos; donde solían haber praderas ahora cultivos. Vi como uno a uno los magos iban desapareciendo, haciendo que me sintiera un más solo. El mundo que conocí era muy diferente ahora.

Llegué a la costa, la brisa marina sacudía mi pelo y el sol rozaba mi cara. Era una de esas cosas que disfrutaba, el mar siempre era igual y distinto. A veces calmo, a veces agresivo. El oleaje era siempre diferente, pero siempre agradable. Me senté a mirar el horizonte, cuando una visión captó mi mirada. Era una mujer buscando ostras, llevaba un pequeño morral donde las guardaba. No podía saber si era real o no. Pero nuevamente Ravyn se cruzó en mi camino. Era imposible confundirla, sus ojos inmensos, su cabello rojizo y la gracia que tenía al moverse. Esta vez no quise acercarme. Simplemente no podía permitírmelo. Dejarla ir fue lo más difícil de mi vida y no podía pasar por ello nuevamente. Me levanté para emprender mi camino cuando fue ella la que corrió hacia mí.

- Disculpa, podrías ayudarme. - me dijo con un tono muy suave imposible de pasar por alto.
- Dígame señorita, ¿qué necesita?.- Contesté. Mostrándome lo más calmado que pude.
- Vaya, tu acento es extraño. debes ser de las tierras del norte.

- Pues, si. Gracias por notarlo. Mi nombre es Dougan, el Eterno. Alto mago de la orden de Covus. A su servicio.

- Mi nombre es Beanna. Soy de un pequeño pueblo llamado Portum a las orillas del muelle. - me dijo emocionada.- Lo lamento, me eres muy familiar. ¿Nos conocemos?

- Creo que no. Aunque mentiría si dijera que no me interesa conocerte. - Respondí antes de pensar. Me detuve a esperar su respuesta, quizás una reclamo o una mala cara. En cambio me sonrió.

- Debes tener cuidado con lo que deseas, en este lugar el ser más peligroso soy yo.- y me guiño el ojo.

- Creo haber escuchado eso antes.- dije con mi mejor sonrisa.- Vamos, yo te acompaño.

Y así fue como caminamos un largo trecho hacia su hogar. Al principio ninguno hablaba, ella solo tarareaba una hermosa melodía, que para mí era un llamado a encontrarla. Pero luego, no había nadie que la callara. Ella hablaba de su casa, de sus pinturas, de sus canciones, de su lobo, de sus sueños, de las estrellas y todo lo que pasara por su mente. Yo solo agradecía escuchar su voz. Era maravilloso, era tan natural, que no pude evitar extender mi mano para buscar la suya. Para mi sorpresa ella no se alejó. Y desde ese momento no la solté nunca más. Quería quedarme con ella. Ser feliz con ella, y aunque sabía que la perdería con el tiempo. No dejaría que eso me quitara lo que podría ser. Caminamos juntos, conversamos casi toda la noche. Cuando ella se acercó a mí y me besó, estaba tan sorprendido como la primera vez. La amaba, siempre había sido así, no importaba el tiempo, no importaba su nombre, era ella. Era ella y quería estar con ella. Había pensado que iba hacia adelante huyendo de mis demonios. Pero la verdad era que iba en búsqueda de cosas antes que se desvaneciera. No huía de mi pasado, iba al encuentro de mi futuro. Y ese era ella.

Aunque tenía miedo no dude en hacerla mi esposa. Al cabo de un año me regaló una pequeña niña, Alda. Juré protegerla para siempre. En mi caso, para siempre era una promesa real. Mas al tenerla en mis brazos, y reflejarnos juntos al espejo noté algo, canas. No podía ser. Alrededor de mis orejas mi pelo tenía tonos grises. ¿Pero cómo? Los meses fueron pasando y se convirtieron en años. Cuando mi Alda tenía tres y su hermano Endan nació, y yo ya tenía algunas arrugas alrededor de los ojos. Estaba envejeciendo. Estaba envejeciendo como una persona normal. Entonces comprendí que la inmortalidad no era vivir para siempre, sino tener una vida completa. Yo no moriría nunca mientras mis herederos existieran. Mi vida y todo lo que enseñe viviría para siempre. Mi cuerpo se marchitaría y moriría, pero mi nombre no. Y eso significa algo mucho más importante. Beanna y yo podíamos vivir una vida completa juntos. Como se suponía. Yo y ella contra el mundo. Más que mal Beanna, Corneille y Ravyn todas eran diferentes formas de decir Cuervo. Ella era mi cuervo. La razón por la que dejé mi pueblo. No lo había entendido entonces. Ahora es claro, seguía encontrándola porque era mi destino. Era el amor de mi vida y yo era el amor de todas las suyas.

La canción de las abejas

Autor: Liche

La tarde anterior había pasado horas haciendo galletas; cuchicheando; jugando a las muñecas y soñando con historias de príncipes y bellas damiselas, y no fue hasta bien entrada la noche que la pequeña Sofía se durmió cómodamente, arropada entre los brazos de su madre, reconfortada por el olor de su cabello y el calor de su pecho. Aquello debía ser lo más cercano al cielo que una niña podía estar. Días como ese, Sofi era infinitamente feliz.

—Buenas noches mamá, dijo entredormida.

—Buenas noches mi angelito. Siempre te cuidaré.

Lamentablemente, la vida de Sofi no era solo aquel paraíso que compartía con su mamá, y al llegar la mañana siguiente vendría uno de los episodios traumáticos que la niña ya había sufrido. En lugar de ser el sol tibio y el olor de las flores quien tocara a su ventana al amanecer, fueron los gritos de dolor de su madre los que la sacaron de un salto de la cama. Tenía miedo, porque ya sabía que el monstruo había vuelto. ¿por qué regresó tan pronto? ¿cuánto tiempo había pasado desde la última vez? —se preguntó— y sin pensar en nada más, corrió en dirección al establo siguiendo las llamadas de ayuda de su mamá, su camión blanco se enredó un par de veces en la hierba alta y verde del campo, haciéndola caer al suelo, pero cada vez se levantó más rápido. Su cabello rojo ondeaba como el fuego en el viento mientras bajaba por la ladera del monte.

Cuando llegó al establo, tal como temía, se encontró con la bestia frente a frente. Su madre estaba tendida en el piso, sus faldas estaban rotas y un hilillo de sangre le corría desde la boca hasta el cuello manchándole el vestido, mientras retrocedía arrastrándose hacia atrás ante los pesados y amenazantes trancos de su marido.

Philip Mayer era un marino mercante 30 años mayor que Laura, la madre de Sofía. La tomó en matrimonio cuando ella apenas tenía 15 y la embarazó de Sofi la misma noche de la ceremonia. La unión ante los dioses y los hombres fue solemne y elegante, todo lo que vino después no lo fue. Philip era un hombretón alto, curpulento y de trato adusto. La mayor diferencia entre él y un oso pardo, era que el oso tenía garras y hocico, pero en cuanto a modales, eran brutalmente iguales, todo pelos y músculo, hasta el mismo hedor tenían.

El padre de Laura en cambio, era un hombre viejo y empobrecido, pero que la adoraba, habían pasado tantas cosas en su vida que ni siquiera sabía si esa dulce niña era su hija o no, pero no importaba. Funesto fue el día en que hizo negocios con el marino y adquirió una gran deuda con él. Así fue como Mayer se hizo de Laura.

Los años pasaron y cuando el viejo Gabriel ya había olvidado su deuda, fue cuando apareció Philip nuevamente en su vida. Gabriel no tenía dinero ni pertenencias suficientes para pagar, así que Mayer iracundo lo golpeó y revolvió todo en la humilde casa, hasta que en un cuarto pequeño, que olía a flores y paja, encontró una “joya” que podría saldar las cuentas. Miró con lascivia a la chica que allí estaba y la tomó como pago, después de todo, no era contra las normas de la corona cambiar a una mujer por una buena dote, y considerando que él la había pagado hacían 5 años, estaba en todo su derecho de llevársela.

Sofi tenía 7 años. La última vez que había visto llegar al terrible Philip desde la costa, tenía solo 5, y tenía 4 la vez anterior a esa. Cada visita, que no duraba mas de dos meses, era un desafío de supervivencia para la bebé y su madre. Laura debía sobreponerse a los abusos y golpes de su marido, mientras que la pequeña debía aguantar la soledad y la hambruna, oculta la mayor parte del tiempo, en una cueva que Laura había hecho cerca de casa, en los faldeos del monte para proteger a su criatura.

La niña le temía a su padre desde que era una bebé. No entendía como tanta maldad podía apoderarse de sus vidas de sopetón, ni con que derecho. Pero esta vez, sus claros ojos miel ardían de rabia, y consideraba que ya no era una pequeña, tenía que hacer algo. Mientras Mayer seguía avanzando para alcanzar a Laura, Sofía agarró la pequeña horqueta con que ayudaba a su madre a ordenar la paja y gritó.

—Suéltala. Monstruo. Vuelve al mar y déjanos para siempre, no te quiero; no te queremos aquí.

La herramienta temblaba en las pequeñas manos de Sofi, pero no era de miedo; era la ira la fuerza que la movía. Philip giró sorprendido y miró impresionado el bello rostro de su hija. Era el fiel reflejo de Laura en una versión más infantil.

—Mírate. “Hija”—pronunció con desprecio— ¿hace cuánto no te veía? Por qué no vienes a darme un beso. Perfectamente podría jugar contigo luego de entretenerme con tu madre.

Entonces Philip comenzó a caminar hacia Sofía que no bajaba la horqueta, y cuando estiró su mano para quitarla del camino, Laura lo abrazó y lo tiró hacia atrás. Mayer respondió con un codazo que tiró a la mujer al piso y la dejó mareada. Pero cuando volvió a mirar hacia adelante, Sofía ya había cargado contra el con todas sus fuerzas y dos de las tres puntas de la horqueta le habían atravesado la pierna derecha.

—Maldita!!!!!! vociferó mientras se agarraba la pierna con una mano y trataba de asir a la niña con la otra.

—Corre Sofía, corre, corre hija. Vete de aquí —se alzó nuevamente la voz de Laura.

Desconcertada ante tanta violencia, la chica echó a correr lo más rápido que las piernas le permitían, en dirección a la cueva donde solían ocultarla cuando era aún más pequeña. Sin embargo, Philip, que ya estaba en el piso, alcanzó un madero y se lo arrojó a la niña tan fuerte como pudo. El golpe abarcó la cabeza y la espalda de Sofía y el impacto la tiró de bruces. La chica sintió un calor en la nuca y un entumecimiento en las piernas, pero su madre seguía gritándole que huyera, así que se levantó y se fue.

Luego de unos minutos, llegó hasta su escondite y allí se quedó, sollozando, ahogando la pena mientras las horas se iban. Cuando logró calmarse y dejar de temblar, se atrevió a salir nuevamente al campo. Respiró hondo, lentamente, decidiendo si volvería a su hogar o si debía hacer caso a su madre y huir aún más lejos. En ese momento oyó un susurro, un suave canto que la invitaba; que la tranquilizaba.

Sofía cerró los ojos y se dejó envolver por la encantadora armonía que le llamaba, se alejó de su cueva y cruzó los campos guiada por ese coro mágico que la invitaba. A medida que se alejaba más de su casa, más fuerte y nítido se hacía el murmullo y cuando la distancia ya era suficiente para perder de vista incluso su escondite, vio un millar de abejas volando al rededor de un gran árbol. Aparentemente el árbol era una gigantesca colmena y las abejas danzaban y zumbaban a su alrededor con ritmo hipnótico.

Normalmente, cualquier niño se habría asustado ante semejante espectáculo, pero no Sofía que siempre había encontrado graciosas y bonitas a las laboriosas abejitas. Ella se quedó allí, tranquila, expectante y asombrada. A la hora en que el sol comenzaba a ocultarse entre las montañas, la niña vio como desde el cielo comenzaron a bajar hasta rodear el árbol, pequeñas nubecitas de distintos colores. Eran como trocitos de algodón que según sus cálculos cabían perfectamente entre sus brazos. Minutos mas tarde, cuando las pequeñas nubes se acumulaban sobre el gran panal, miles de abejas se desprendieron del árbol y comenzaron a volar describiendo un óvalo vertical a un par de metros de ella, casi a la altura del piso. Sofía, atónita se acercó para ver más de cerca aquel anillo de abejas, en cuyo centro, aparecía algo como agua, transformando la danza de las abejas en un gran espejo de superficie oscilante. Cuando ella ya estaba tan cerca que podía alcanzarlo con su mano —y lo iba a hacer— todas las nubecillas que estaban en el cielo enfilaron hacia el espejo que habían echo las pequeñas bailarinas, y atravesaron una a una hacia el otro lado, pero para

sorpresa de Sofía, nada salía al otro lado del “espejo”. Entonces hoyó, a la distancia, los pasos pesados de alguien sobre la hierba crujiente y ante la posibilidad de que fuera Philip que aún la buscara, Sofi se aterró. Los últimos minutos, de puro asombro había olvidado lo ocurrido con sus padres, pero recordaba claramente que no debía dejar que Mayer pusiera sus manos sobre ella, así que se paró frente al espejo mágico; cerró los ojos y estiró las manos hacia adelante para tantear el camino, y luego sin dudarle avanzó.

Cuando la pequeña Sofía atravesó el portál, sintió que su cuerpo se hacía mas liviano y que el frío que estaba llegando aquella tarde, desaparecía. Abrió los ojos entonces, y lo que vió, tenía que ser parte de un cuento —pensó. Detras de ella no había puerta; ni espejo; nada excepto un vasto campo dorado. El aire tibio le llevaba un exquisito olor a flores proveniente desde los llanos de las cercanías. Todo era flores, todo era verde y dorado. En un mundo como ese no había espacio para la maldad.

Por instinto Sofía se sentía completamente protegida. Respiró hondo y volvió a oír, ahora con toda certeza, la canción de las abejas. Podía entender claramente como la llamaban, la abrumaban de amor y la animaban sin lugar a dudas, a seguir adelante.

Sofía avanzó por el campo dorado hasta encontrar una abertura en la tierra. Ingresó en la cueva, siempre oyendo el llamado. Notó como no oscurecía a pesar de haber bajado varios metros por la galería. Cuando miró hacia arriba, notó como las paredes y el techo del lugar estaban armados por cientos de hexágonos de cera, la que permitía el paso de la luz por el centro de cada polígono, lo que adornaba con cientos de tonalidades el interior de lo que entonces comprendió, era una colmena realmente gigante. Continuó avanzando hasta que llegó a un gran salón, con cientos de puertas que dirigían hacia galerías o salas contiguas. Al abrir la primera puerta, solo alcanzó a dar dos pasos, puesto que era la entrada a un balcón, desde donde podía ver rios y cascadas de miel. Había cientos de abejas trabajando allí, pero cada una de ellas lucía distinto a como Sofi las recordaba.

Las abejas eran un ejército de jovencitas aladas, vestidas todas del mismo modo con una chaquetilla negra de rayas amarillas, que les cubría el torso y luego caía ondeando sobre sus piernas, que eran cubiertas por una especie de maya negra, ajustada hasta los pies. Tenían unas alas magníficas y todas se detuvieron en seco cuando Sofía gritó.

—¡Holaaaa!

Las obreras se miraron unas a otras, sin dar crédito a la posibilidad de que hubiera una niña gritando desde lo alto del balcón de la reina. Una de ellas, reaccionó rápidamente y voló hasta allí.

—Sigán trabajando! —le gritó a sus hermanas— Tenemos que hacer demasiada miel para frenar el avance de las arañas, sigan trabajando!! Yo me encargo.

Hola Pequeñita, las que ves en el panal superior son mis hermanas Jila, Kila, Lila y Mila. Yo soy Nila. Cuéntame, ¿cómo llegaste hasta aquí?

—Hola Nila, me llamo Sofía, mis amigas me dicen Sofi, mi mamá me dice Angel, pero tú puedes decirme Sofía —respondió la niña con humor. Yo... Este mmm, solo seguí la canción de las abejas, era muy linda. ¿porque ustedes son abejas... verdad?

—Si Sofía, todas somos abejas.

—¿Y este lugar qué es?

—¿Así que seguiste a las del coro? —inquirió Nila ignorando la pregunta de Sofía— Pero lo que me dices es imposible, no puede ser que una niña llegue hasta aquí.

—Pero yo llegué —dijo la niña orgullosa de su proeza.

—No sé como arreglaremos esto, pero te llevaré con las del coro, ellas deben hacerse cargo de estas situaciones, nosotras solo somos las obreras.

Sofía se despidió de las hermanas de Nila y luego ella la llevó volando en sus brazos, a través de ese increíble castillo de cera y miel. Al final del vuelo, llegaron a una recámara pequeña, mucho más chica que todas las que había conocido en aquel raro y alucinante periplo. Nila hizo unos zumbidos y unos instantes más tarde, abrió la puerta otra abeja tan bella como Nila. Todas eran rubias, tenían la piel dorada y los ojos color miel, pero de algún modo, Sofía las podía distinguir sin dificultad.

Cuando la puerta se abrió, Nila retornó a sus labores y la nueva anfitriona la saludó.

—Hola, pasa por favor. Ellas son mis hermanas Kala, Lala, Mala y yo soy ...

—Nala —se apresuró Sofía en completar la oración emocionada.

—Claro que no! Que tontería sería esa, mi nombre es Una —terminó Una, refunfuñando.

—Lo siento Una, yo no quería...

—Claro, no querías blablabla. ¿Cómo llegaste aquí?

—Solo seguí vuestro canto, ustedes me invitaron.

—Sí, nosotras cantamos, ¿pero cómo llegaste aquí? Deberías estar en la gran cámara.

—Yo solo crucé el espejo —dijo Sofía algo asustada.

—Mmmm ... Y dime, ¿qué sabes de las arañas?

—Que son muy feas y que no me gustan —respondió la niña arrugando el ceño.

—Bien, al menos estamos del mismo lado —respondió Una sonriendo, dándole un abrazo a la niña. Veo que hay mucho que explicarte querida.

Sucede que en tu mundo, crecen los hombres libres, sin facción. Y nuestro deber es cuidarlos de los malos hechizos, para que sean buenos.

—¿Podrías decirme cómo? —interrumpió Sofía— Si ustedes son tan chiquitas. Y otra cosa, ¿por qué a este lado del espejo son tan grandes?

—Querida, nosotras tenemos solo este tamaño que ves, la que se ha encogido, eres tú, por eso puedes vernos tal cual somos y por la misma razón, puedes entendernos. Ahora, como iba diciendo, el mundo de los hombres está gobernado por magia, incluso hay algunos de ustedes que la conocen un poco. Sin embargo, nadie sabe sobre la guerra que hay entre nosotras y las arañas por vuestro bienestar. Tal como ves, nosotras tenemos otra forma, "hadas" nos llaman algunos de vuestros letrados magos, pero cuando cruzamos hacia la tierra, no podemos ir así, las leyes de la magia no lo permiten. Ni nosotras ni las arañas podemos intervenir directamente en tu mundo, así que tomamos forma de insecto y hacemos lo que podemos.

—¿pero y ustedes como lo hacen? ... ¿Cómo?

—Las abejas llevamos miel, y la miel lleva parte de nuestra magia para llenar los corazones de los hombres de dulce bondad, para hacerles olvidar los problemas provocados por las arañas.

—¿Podrían llevarle mucha miel y mucha magia a mi papá? —preguntó Sofi con el corazón lleno de esperanza.

—Por como me lo pides, parece ser que tu padre ya fue envenenado por las arañas...

—¿Por qué? ¿Qué hacen las arañas?

—Las “arañas”, son demonios cuya única meta en la vida, es destruirnos. Para ello, toman la forma arácnida, viajan a tu mundo y envenenan las almas de los hombres con envidia, rencor y otros malos pensamientos que no nombraré. Hay casos que ya no podemos revertir por mucho amor y miel que apliquemos. Los hombres toman sus propias decisiones y algunos son más proclives a la maldad, nada podemos hacer con ellos. Luego los hombres malos, nos atacan, hacen guerras, queman campos, cortan el bosque y oscurecen el mundo, dejando así, un espacio propicio para la llegada de más arañas.

—¿Una, y por qué ustedes simplemente no huyen?

—El deber de quienes digan tener un corazón bueno es cuidar a los niños —respondió Una. Pues son ellos los únicos poseedores de un espíritu inmaculado, sin maldad, sin odios ni prejuicios. Cuidar a los niños, es hacer hombres buenos y hacer hombres buenos es cuidar nuestro mundo. No cuidar nuestro mundo, es destruirnos a nosotros mismos.

—Pero si la tierra no es su mundo —replicó Sofi— ustedes viven ... aca.

—Linda pequeñita, la vida es cíclica, todos los mundos, son de todos nosotros, nuestro deber es cuidarlos.

Luego de varias horas de charla, cuando Sofi comprendió donde estaba, le permitieron deambular libremente por la colmena para que explorara la tierra de las hadas. No tenía alas, así que no llegaría muy lejos tampoco. Sin embargo, las abejas subestimaron la curiosidad de Sofía que caminó incansablemente por todas las puertas y todos los corredores que encontró. Tenía que recorrer el lugar completo antes de volver con su mamá, para contarle cada detalle de su aventura. Y así llegó a la última puerta de la colmena, una que era mucho más grande y pesada que las demás. Al abrirla —con muchísimo esfuerzo—, ingresó a una cámara oscura, a diferencia de toda la colmena, era realmente difícil ver al interior de esa gran habitación. Cuando sus ojos se adaptaron, pudo ver que estaban ante ella, varios pasillos que dividían unas filas interminables de cosas que parecían ser tinajas de miel, con forma hexagonal. Hileras de ellas, tal vez miles de ellas, alineadas todas perfectamente una detrás de la otra.

Sofía se acercó a uno de los miles de hexágonos llenos de miel que tenía a su alcance. Iba a probar la miel fresca. Pero se petrificó de miedo, cuando vio flotando en aquella tinaja dulce, un bebé. Un bebito mucho más pequeño que ella, era tan chiquito que ni siquiera tenía cabello. Horrorizada se acercó hasta otra tinaja. También había un bebé flotando en ella, y en la próxima; y en la contigua a esa. En todas habían bebés flotando bajo la oscuridad de ese salón macabro.

—¿Quién anda allí? —gritó una guardiana que vio a Sofi desde el fondo de la recámara. Luego se echó a volar en dirección a ella.

Sofía huyó, sentía que la panza se le apretaba y el corazón le saltaba. Esta vez temblaba de miedo. Si las abejas fueran buenas como le habían dicho, no comerían bebidos tan indefensos como los que vió allí.

—Atrápenla!! —se hoyó mientras Sofi corría en busca de una salida— Irrumpió en la cámara de las pupas —terminó la guardia.

La niña casi llegaba a la salida de la enorme gruta, con el corazón a punto de explotar, cuando de pronto la escuchó nuevamente. Era la canción otra vez, y le pedía que volviera. La voz era tan hermosa y el canto tan sobrecogedor, que Sofi se congeló y luego se volvió a mirar hacia atrás. Allí la vio, era la mismísima reina de las abejas que le cantaba. Sofía sentía el amor de aquel canto y poco a poco, se tranquilizó y caminó hacia la magnífica reina, que con su porte, hacía palidecer a todas las demas abejas en hermosura.

—quiero volver a casa, no sé que pasó con mi mamá —sollozaba la pequeña Sofi— Ustedes son las malas, se comen a los bebés —¿pero como algo malo podía ser tan lindo?, se cuestionaba mientras hablaba.

La reina tomó a Sofi entre sus brazos y voló hasta el trono, allí, llegaron todas las abejas a reverenciarlas a ambas. Todas cantaban suavemente para calmar a Sofi.

—No comemos niños Sofía, lo que ocurre, como ya te contó la hermana Una, es que la vida es cíclica, todos los mundos son uno y nosotros; Hombres, arañas y abejas, tenemos que vivir en todos ellos. Así es la vida y así es como sucede que todas las almas inocentes que abandonan la tierra antes de que fuera su tiempo, llegan hasta acá siguiendo la canción de las abejas mi dulce pequeña. Es la única manera de llegar a este lugar. Luego, esas inocentes almitas de colores, ingresan a nuestro salón de pupas, donde vuelven a nacer como abejas, en este mundo donde nunca el mal las podrá volver a tocar.

Las lágrimas de Sofía brotaron como un río cuando comprendió de verdad que había pasado, y que en realidad nunca se levantó luego de recibir aquel golpe en la cabeza.

—¿Entonces yo? No, no, no... mi mamita... yo no puedo estar ... Tengo que volver, mi mamá quedó con él, y él es una araña —Sofía lloraba tan desconsoladamente, que todas las abejas se conmovieron hasta enmudecer. ¿Había un amor mas grande que ese?.

—Siempre te cuidaré, tranquila —dijo la reina.

Allí se quedó Sofía, arropada entre los brazos de la reina, reconfortada por el olor de su cabello y el calor de su pecho. Entonces la niña levantó la mirada lentamente, contempló con unos ojos enormes a la reina y le dijo.

—¿Mamá?

Como nosotros

Autor: Viqqe

VII

El oro que le entregó el mercader no era suficiente. Gatlin supo en ese momento que nunca nada sería suficiente. El hombre le mantuvo la mirada e inclinó el rostro hacia el apestoso bulto cubierto de

lona en el piso. Gatlin no se movió, tasó las monedas en su mano y luego miró la expresión despectiva del mercader. Carraspeó.

—No puedo aceptar esto—dijo, ronco.

—Puedes, a menos que quieras regalármelo. Es lo que acordamos— una mordaz sonrisa iluminó la cara del mercader. Gatlin recordó el brillo de dientes afilados.

—Han ocurrido imprevistos. Mi...

—Yo pago el pescado—cortó el hombre—, no tu incompetencia. En esas condiciones, tienes suerte que acepte darte algo.

Gatlin apretó los puños y bajó la cara. No era suficiente, pero ¿qué podía hacer? ¿Lanzar todo el esfuerzo por la borda y morir de hambre por orgullo? El mercader se dio por satisfecho pues se retiró al distinguir su resignación, casi dándole un portazo en la cara. Gatlin se sintió miserable; todo aquello por un puñado de monedas. Nada podría pagar siquiera un ápice del precio que le había costado. Que le había costado a su hijo.

Jaed intentó sonreír cuando se acercó su padre, pero la gruesa herida que le corría de un lado a otro en el rostro hizo que ese gesto pareciera una grotesca mueca. Gatlin sopesó el oro en la palma y Jaed leyó la decepción en su cara, sus ojos se volvieron dos monedas descoloridas.

—No alcanza ¿cierto?

Gatlin sintió un nudo asfixiándole la garganta.

—No—dijo—. Tendremos que ir otra vez el año que viene.

No hubo más sonrisas.

VI

El cadáver empezaba a heder en opinión de Gatlin; concentrarse en el olor era lo único que conseguía alejarlo de pensamientos más lúgubres. A su lado Jaed recitaba una oración en trance, aun no repuesto del trauma.

—Estamos llegando al puerto—dijo Gatlin, intentando sacar a su hijo del ensimismamiento. Jaed levantó el rostro e intentó sonreír, pero el tajo purulento se lo impidió.

—Nos van a dar buen precio verdad ¿padre?

—Sí, ya verás—Gatlin se paró en la proa del esquife y maniobró la vela rasgada para dirigirse al embarcadero. El puerto era un hervidero. Después de la tormenta las embarcaciones se apresuraban a posicionar la mercadería que no había sido estropeada con la lluvia o el granizo. Gatlin miró su propia caza y el nudo volvió a su garganta. Arrió la vela y amarró el esquife en los pilares del muelle. Jaed se puso en pie con dificultad y oteó hacia el embarcadero.

—Lo perdimos en la tormenta—musitó.

—Nos dejará pasar—dijo Gatlin, sin convencerse. —Es como nosotros— Jaed volvió a desplomarse en el banquillo y juntos esperaron su turno para la inspección. Cuando los oficiales de aduana aparecieron, Gatlin los encaró. Railin se inclinó e indicó a Gatlin que subiera al muelle.

—El banderín—dijo Railin con un rostro de piedra—No lo veo izado.

El otro hombre bajó al esquife y comenzó a inspeccionarlo. Jaed se quedó quieto, como si fuera otra pieza de caza; un trofeo inútil.

—Rai, ya sabes que somos residentes—objetó Gatlin apretando los puños.

—Sin el banderín tendrán que pagar el impuesto de aduana—dijo Railin al tiempo que sacaba una libreta y arrugaba el ceño haciendo cálculos.

—Es una pieza grande—dijo el otro oficial sonriendo.

—Entonces serán veinte terráneos.

—No puedes cobrarme eso, es una embarcación pequeña—la voz se le quebró — ¡además somos residentes!

— ¿Hay algún problema? —preguntó el otro, levantándose ceñudo. Railin suspiró y puso una mano en el hombro a Gatlin, negando.

—Lo siento Gatlin, pero es la ley. No tienes el banderín. No puedo hacer la vista gorda.

—Railin, por favor...ya sabes que salí con Jaed y Katin.

—Lo siento mucho, de verdad—Railin firmó el talonario y lo extendió. Gatlin lo miró con los ojos llorosos.

— ¿Qué pretendes, rata? —Espetó en un susurro— ¿Cuánto ganas con esto, ah?

Los ojos de Railin se volvieron dos líneas horizontales.

—Gatlin, agradece que no revise lo que llevas, o fácilmente asciende a treinta terráneos. Quizá un rocoso. Ya sabes, por carga exótica y todo eso.

—Van a enterarse—amenazó Gatlin, aunque no tenía fuerza para cumplir sus palabras; las piernas le tiritaban y la sangre había abandonado sus manos. Sabía lo inútil de su amenaza.

— ¿Y qué? ¿Vas a quejarte con los taumaturgos? —Railin rio nasalmente— Solo conseguirás que te quiten tu coto, y tu embarcación. Y quizá el aire de los pulmones.

Gatlin sabía que era verdad, estaba solo. Pedir ayuda era equivalente a desvelar su secreto. Railin le entregó el talonario.

—Tienes los tres días de gracia para cancelar— dijo cuando se retiró. El otro oficial subió a los muelles de un salto, dejando a Jaed en el esquife tambaleándose. Gatlin quiso dejarse caer de rodillas, pero la determinación en los ojos de su hijo lo hizo sonreír.

—Aún podemos recuperarlo—dijo Jaed, tensando la piel herida, donde el acero casi le había roto los huesos.

—Sí—fue la escueta respuesta de Gatlin. Juntos subieron el cadáver envuelto en la lona y partieron muelle arriba. Había al menos un mercader dispuesto a pagar un buen precio, después de todo; era como ellos.

V

La tormenta había convertido en una pared negra al mar y al cielo. El esquife parecía a punto de partirse con cada aventón y la vela se había rasgado, volviéndola un pedazo de tela inútil. Gatlin se

aferraba al timón tratando de maniobrar sin mucho éxito mientras Jaed lloraba sobre el cuerpo inerte de su hermano. A lo lejos se oían los gritos de furia de Hrogar.

— ¡Ven acá pedazo de mierda! —gritaba la amortiguada voz.

— ¡Jaed! ¡Toma los remos! —gritó Gatlin por encima de la tormenta. El viento inclemente le zarandeaba la cara con sal, pero Jaed no se movió. Katin tampoco. Ni volvería a moverse.

— ¡Voy a atraparte! —gritaba Hrogar entre cada arremetida del mar.

Gatlin soltó el timón y empujó a Jaed a la popa, donde cayó aferrándose las piernas. El esquife zozobró, pero el pescador logró fijar rumbo cuando tomó control de los remos. La tormenta bullía en sus oídos y el mar lo vestía a cada rato con un manto frío y salado. De espaldas a su destino, pudo ver cómo Hrogar se acercaba en medio de frenéticas remadas.

— ¡Lárgate! —chilló Gatlin cuando Hrogar golpeó la popa con uno de los remos. De pronto el bote de Hrogar quedó varios metros por sobre el esquife cuando la onda de una ola pasó entre ellos. Hrogar se puso de pie y saltó hacia el esquife, en la mano sana ondeaba un alfanje oxidado. Gatlin sacó el remo del soporte y trató de golpear al invasor, pero la ola en la que estaban montados decayó, suspendiéndolos en caída libre. Ambos perdieron el equilibrio y pudieron volver a ponerse en pie cuando el esquife comenzó a subir otra ola.

— ¡Déjanos! — volvió a gritar Gatlin tratando de golpear a Hrogar con el remo. En medio de la espesa lluvia sonó un ruido sordo.

— ¿Y quieres que muera ahogado Gat? ¡Que mierda eres! — Hrogar lanzó una estocada pero Gatlin retrocedió. Los dientes del invasor brillaban en medio de los mechones que le cubrían el rostro. — ¡Te di una oportunidad! —gritó, desquiciado. — ¡De verdad te la di!

Gatlin vio que Hrogar lanzaba otro corte hacia él, pero en medio de un pestañeo, los brazos de Jaed asieron al trastornado por la espalda. Gatlin se puso en pie y de inmediato fue azotado por una pared de agua que lo dejó cerca de la borda. Escuchó el grito de Jaed y no estuvo seguro de poder soportar otra pérdida.

Hrogar volvió a levantar el alfanje y la sangre desapareció lavada por el viento y el agua. Gatlin se lanzó hacia el invasor y lo derribó de un empujón. La tormenta era un remolino y el esquife se zarandeaba con violencia. Hrogar levantó la mano armada y Gatlin apresó su brazo, tratando de doblarlo. Un nuevo envite del mar y los luchadores se separaron en un salto. Gatlin cayó sobre su hijo mientras que Hrogar saltó hacia la proa, intentando asirse a lo que fuera; agarró la vela sin éxito y arrancó el banderín antes de caer de espaldas.

El alfanje quedó en medio.

Gatlin saltó y cayó de bruces, aferrando el mango oxidado del arma a tiempo para inclinarse y clavarlo en el estómago de Hrogar. El herido trastabilló, justo cuando iban descendiendo la cresta de una ola y cayó hacia la proa. Gatlin se aferró al mástil mientras veía a Hrogar agarrarse de la borda, del banquillo y de Katin, arrastrando el peso muerto hacia la profundidad negra de abajo.

El mar se los tragó a los dos. Pasarían varias horas hasta que la tormenta amainara.

IV

Cuando abandonaron la cala se había puesto a llover.

—Te pondrás bien—dijo Jaed a Katin. Su hermano realmente no se veía bien: una multitud de cortes y mordiscos adornaban todo su cuerpo, pero ninguna herida pintaba peor que el tajo que empezaba en la mandíbula, cruzaba el cuello y se perdía más abajo de la clavícula. —Estarás bien.

—Tenemos que llegar a puerto, rápido—dijo Gatlin. Las manos aún le tiritaban cuando extendió el velamen, pero su férrea decisión lo obligó a moverse tan veloz como su cansancio lo permitía—Con esto podremos pagar el curandero a Katin y hasta comprar un bote más grande.

Los ojos de Katin pasaron de su padre a su hermano y un amago de sonrisa brotó en sus labios. Avanzaron en medio de los estrechos canales, doblando por curvas de roca empinada o sorteando intrépidas raíces y dejando atrás despojos de algún pueblo perdido.

—Memoricen esta ruta—dijo Gatlin mientras se alejaba de una pared con el remo—Espero no tener que volver, pero de ustedes depende este secreto.

Los hermanos guardaron silencio; Jaed mejor que Katin, pues cada vez que este último respiraba un silbido brotaba de su pecho. Ninguno tenía muchas intenciones de continuar la tradición familiar, bastaba con echar un vistazo al cadáver para querer desistir.

Al abandonar el último tramo del canal, Gatlin se puso en pie con alarma. Luego sonrió y extendió las manos gritando:

— ¡Ayuda! ¡Necesitamos ayuda!

Katin y Jaed intercambiaron una mirada, preocupados: varado en la playa había un pequeño bote a remos, inclinado sobre la cubierta, un hombre. Katin y Jaed intercambiaron una mirada, preocupados.

—Está armado, papá—dijo Jaed con un hilo de voz.

— ¿Hrogar? —dijo Gatlin caminando hacia el hombre que recién había notado su presencia— ¡Es Hrogar! Es como nosotros, no hay nada que temer.

— ¡Gat, por el espinazo de la Ballena! ¿Qué pasó? —Dijo el hombre, jadeante, una vez corrió hacia el esquife.

—Tuvimos un serio problema allá en los canales—dijo Gatlin mientras estrechaba la mano de Hrogar, reticente— ¿Tienes algo de mascaraiíz o brandy?

Hrogar arrugó la cara y se apartó los largos mechones de su avejentado rostro.

—Claro que no. Dejé la bebida cuando empecé a oír voces. Este chico necesita hilo y aguja, Gat.

—Lo sé—murmuró Gatlin, alejándose de su esquife—Necesito llegar rápido al puerto, si me ayudas con otro par de brazos estaremos ahí antes de que arrecie la tormenta.

Hrogar miró hacia el cielo, frunció la boca y escupió una bola de saliva verde a la arena: mascaraiíz.

— ¿Y dejar mi bote a la deriva? Nah—le mantuvo la mirada—Una tormenta así, una herida así y estos brazos; valen más que un favor.

Gatlin se tensó y apretó la mandíbula, Hrogar sonrió.

— ¿Qué hacías aquí? —preguntó Gatlin, luego de un momento.

—Tratar de ganarme la vida, supongo—respondió Hrogar con falso aplomo, echando una mirada sobre el esquife. —Se dicen cosas sobre tu área de pesca; quería ver si eran ciertas. Y parece que lo son... ¡joder hombre, estás loco!

— ¿Qué quieres? —Espetó Gatlin— ¡Mi hijo está herido!

El rostro de Hrogar se suavizó, sonrió levemente.

—Tienes razón, hombre. Déjame echarle un vistazo.

Hrogar caminó hacia el esquife y se inclinó sobre Katin. Jaed dio un paso atrás y se sentó en el banquillo. Hrogar tanteó con uno de sus largos dedos la piel circundante al cuello de Katin.

—Vaya, es increíble—susurró Hrogar, jugueteando con una bolita de mascaraiíz en una mano— ¿Me dejarías verla?

Katin frunció el ceño y comenzó a desabrocharse la camisa, pero Hrogar lo detuvo con un gesto.

—Tu herida no, guñapo. A ella. —dijo señalando la presa tapada con la lona.

Gatlin dio dos zancadas y enfrentó a Hrogar. El viejo hizo brillar el alfanje al sacarlo de la funda, Gatlin maldijo y retrocedió.

—Siempre quise ver a una hija—dijo Hrogar, levantando la lona, descubriendo un mechón de reluciente verdemar. Gatlin miró el machete en la cubierta, pero estaba demasiado lejos para alcanzarlo—Y en todos estos años, nunca supe dónde era el desove ¿Qué tal si me das esta y te quedas con el secreto? Tengo deudas, ya sabes.

—No.

—Gat, lamento informarte que viene una tormenta— el viejo miró hacia el horizonte con los dedos metidos en el cinturón—Y tú tienes un hijo y medio—miró a Jaed y frunció la boca—Bueno, un guñapo sangrante y medio hijo. Y medio brazo. No tienes las de ganar, la mar te partirá la barca y serás la cena de algún cangrejito. Un peso extra no te va a ayudar mucho.

Jaed respiraba con fuerza y Katin había intentado levantarse. Gatlin miró el machete.

—Anda, ve a casa, descansa. Zurce a tu hijo y déjame ese fiambre a mi. Te estoy haciendo un favor.

—No.

Hrogar cerró los ojos y suspiró.

Gatlin aprovechó el momento para saltar sobre el machete. El viejo reaccionó más rápido y en vez de atacar a Gatlin, dio un paso hacia atrás y con el impulso del giro dio un tajo a Katin, cercenándole el cuello. La madera crujió cuando el hierro llegó a morderla. Jaed chilló y se fue de espaldas contra la arena, mientras los ojos de Katin se apagaban en medio de borboteos de sangre. Gatlin se quedó paralizado.

— ¡Te la dejé fácil! —Gritó Hrogar.

Gatlin rugió y se abalanzó contra él, estampándolo en la arena. Atrás, Jaed se levantó y comenzó a empujar el esquife, horrorizado. El machete de Gatlin cayó sobre la mano de Hrogar, pero erró por centímetros de la muñeca, cortándole solo tres dedos. El desquiciado chilló y soltó el alfanje, Gatlin se metió al agua y alcanzó a su hijo cuando el esquife ya estuvo en agua más profunda.

—No nos va a seguir—consiguió decir Gatlin entre toses. La orilla quedaba cada vez más lejos y la tormenta cada vez más cerca. Se arrodilló al lado de Katin y presionó su cuello con las manos. Los ojos del muchacho se apagaron. —Te pondrás bien hijo. —mintió, mientras sentía como la vida se le escapaba entre borbotones.

Ya habría tiempo de llorar.

II

El golpe de Katin falló justo cuando la criatura iba a emitir un ruido. El muchacho perdió el equilibrio y se fue hacia delante; el agua lo engulló al instante. Gatlin maldijo y se apresuró a disparar el arpón contra la criatura, antes de que ésta se abalanzara sobre su hijo sumergido.

El arpón se incrustó en el hombro y la criatura chilló de dolor dando un manotazo hacia arriba. Las manos palmeadas hicieron que Gatlin retrocediera y perdiera pie, cayendo de espaldas al agua. El frío le aceleró el corazón y a la desesperada, trató de subir, pero la criatura ya había rodeado el bote y lo tenía apresado de un pie. La bestia rugió y su grito amortiguado por el agua levantó burbujas.

Sabía que así era como asesinaban a sus víctimas; luchando sumergidos tendrían todas las de perder. Se sintió infinitamente lento; con las manos desnudas y sin aire en los pulmones, no tardaría en caer hasta el fondo y quedarse ahí para siempre. Un movimiento repentino le permitió albergar esperanza: la criatura lo soltó para enfrentarse a Katin, que le clavó un cuchillo por la espalda, a juzgar por la sangre que tiñó el agua, convirtiéndola en un torbellino. Gatlin quiso hacer más, pero no tenía aire así que subió.

Cuando dio una bocanada de aire, tuvo la rapidez de girarse hacia un lado para evitar un arponazo.

— ¡Idiota! ¡Soy yo! — El rostro de Jaed se puso más pálido de lo que era y se apresuró en recoger la cuerda. Gatlin subió al bote, recuperando el resuello. — ¡Katin está abajo!

Antes de terminar la frase, una cabellera verde asomó a la superficie, Gatlin se apresuró a tomar el cuchillo para lanzarse nuevamente cuando descubrió que era el rostro de Katin, intentando tomar aire. Jaed no se dio cuenta que la falsa cabellera era un alga.

El arpón surcó el aire y rajó a Katin desde la mejilla hasta la axila. Su sangre brotó en chorros, bañando a la criatura que en ese momento daba un salto, saliendo casi completamente del agua con las fauces listas para destrozar. Gatlin saltó e interceptó al monstruo en el aire, hundiéndose nuevamente con ella. La criatura se aferró con las garras en sus hombros y de un mordisco casi le rebanó un brazo. Gatlin aprovechó la presa para mover el cuchillo con todas sus fuerzas y clavárselo en el vientre, destazándola. El ser se dejó de mover casi inmediatamente, y en medio de la turbiedad del agua sanguinolenta Gatlin pudo ver una expresión de horror en su rostro.

Hacia el fondo caían pequeñas esferas translúcidas. Una camada completa. Una fortuna enorme.

Gatlin tironeó de la criatura hasta dejarla sujeta en la borda, tratando de que no se cayeran los demás huevos. Falló. Katin respiraba a intervalos y luchaba por subir al bote, Jaed arriba lloraba y se disculpaba y lo asistía como podía.

Las tripas de la sirena se escaparon con el desove. Debían apresurarse antes de que seres más peligrosos aparecieran. La única manera de mantener el secreto y la vida era saliendo de ahí. Gatlin tomó los remos y bogó como pudo, dejando atrás la cala. Al menos tendrían buen tiempo para volver.

I

La criatura entró por la boca de la cala casi al mismo tiempo que amanecía. Gatlin dio un codazo a su hijo menor y éste despertó asustado. Katin le puso un dedo en los labios y le sonrió. El asustado Jaed miró atónito a la sirena.

El brillo de las escamas resaltaba en el agua cristalina, ocultas a ratos por el ondular de la cabellera verde. La silueta era diferente a como se la habrían imaginado; no habían senos turgentes ni caderas anchas. Pero era hermosa a su manera. Escondidos en el esquife, Jaed y Katin dieron un suspiro de asombro.

—No se encariñen—dijo Gatlin en un susurro— Es un monstruo que puede matarnos.

Los muchachos siguieron con la vista a la criatura mientras daba vueltas y vueltas sin levantar la vista hacia la superficie, escogiendo el mejor lugar para depositar los huevos. Gatlin les hizo una señal y los muchachos tomaron las armas: Jaed un largo arpón y Katin el hacha de gracia: un golpe bien dado bastaba para matar incluso a un buey.

—Jaed, la botella.

Le entregó la botella a su padre y Gatlin la hundió en el agua, agitándola levemente. El sol no tardó en hacer el efecto sobre el cristal, proyectando un difuso arcoíris en el fondo del mar. La sirena se dio cuenta y cambió su búsqueda por la curiosidad. Gatlin asintió, esperando a dar la señal para el ataque.

Jaed sintió una punzada de culpa, no quería ver a esa criatura colgando de un poste, o sus huevos siendo servidos en una cocinería. Katin compartió su inquietud, pero no se alejó de la borda ni soltó el hacha.

— ¿Ellas piensan?—preguntó Jaed—quiero decir ¿son como nosotros?

—Shh—dijo Gatlin mientras la sirena se acercaba dando piruetas—. Claro que no. Es un monstruo, no es como nosotros. Ella no va a dudar en triturarnos y comernos.

Jaed miró el arpón que tenía en sus manos y dudó.

—Es solo un animal salvaje—la sirena se acercaba más—. Ahora, Katin, cuando salga tu la golpeas y esto se acaba. Podemos hacer todo lo que siempre quisimos. Estate atento.

La sirena comenzó a seguir la botella cuando Gatlin la subió de a poco hacia la superficie. La criatura asomó su cabeza, con la cabellera empapada y sonrió.

Era una sonrisa de dientes blancos, y aunque sus ojos un tanto grandes eran extraños, no se veían amenazadores.

No parecía ningún monstruo. Es más, parecía una sonrisa como la de cualquiera de ellos.

Katin vio que la sirena movía los labios, como cuando uno quiere decir algo pero no sabe cómo. Estaba pensando eso cuando Gatlin dio la señal.

Y contra su deseo, golpeó.

CORAZÓN DE METAL Y PLÁSTICO

Autor: Felipe Rey

Nikola lamía las gotas de agua que se resbalaban en el pasto. La máquina de riego automático se había transformado en la única fuente vital para el gato después de que la que dispensaba alimento y líquido se sobrecalentó hasta dejar de funcionar. Su amo, el profesor Matta, enteraba casi una semana encerrado en el laboratorio. Estaba echado en un sillón reclinable, mirando hacia arriba, como buscando respuestas en un cielo de concreto ilustrado con un firmamento de estrellas. Ojeras prominentes bajo unos irritados ojos, barba tupida, pelo largo, y una evidente falta de higiene graficaban horas ininterrumpidas de trabajo.

Uno de los brazos del sillón tenía una pantalla táctil repleta de números binarios que iban cambiando de valor cada segundo. De pronto, Matta se quedó observando el fino haz de luz que se colaba por un orificio que tenía la puerta. Sus ojos se abrieron en su máxima expresión, se paró de sopetón, abrió la puerta y sacó el sillón hacia el patio, procurando que quedara expuesto a los rayos del sol. Nikola de inmediato comenzó a maullarle con desesperación.

-Sí, Nikola, ahora sí que voy a viajar – dijo el hombre emocionado, mientras volvía a incrustar su cuerpo en el sillón

El gato se subió a las piernas del científico, quien lo tomó en brazos y lo devolvió al pasto. Deslizó la yema de sus dedos por la pantalla táctil. Los números binarios se fueron desapareciendo, dejando en la pantalla sólo una fecha: “1996”. El sillón comenzó a vibrar. Nikola observaba atónito la escena. Un agujero negro emergió desde el cielo, devorando paulatinamente al hombre y su sillón hasta hacerlos desaparecer. Matta se vio inmerso en una oscuridad donde sólo podía apreciar destellos lumínicos que oscilaban a gran velocidad. No sentía su cuerpo; sólo era consciencia. Al cabo de unos segundos, el mismo agujero surgió desde el suelo, expandiéndose de a poco, descubriendo al sillón con su ocupante, que tenía los ojos cerrados y tiritaba. Paró de tiritar y abrió los ojos. Se ofuscó al comprobar que se encontraba exactamente en el mismo tiempo y espacio. El gato le maulló con insistencia. El científico se paró raudo y comenzó a recorrer la casa para terminar de convencerse. Aparentemente nada había cambiado; seguía en el año 2016. Producto de la ira, le dio puñetazos y puntapiés al refrigerador. Luego volvió a encerrarse en su laboratorio. Se quedó dormido en el sillón. Despertó con un hambre que lo consumía; no recordaba la última vez que había comido. Se dirigió al refrigerador, pero éste ya no estaba. Miró hacia todas direcciones, el resto de las cosas estaban en su lugar; se atemorizó. Fue a su laboratorio y cogió una pistola a fuego desde un cajón, con la que temblorosamente recorrió toda la casa apuntando. No había señales de nada más que su gato y sus máquinas programadas. Comió una bolsa de nueces al tiempo que se preguntó por qué si alguien entró a robarle, se llevó lo más pesado, que ni siquiera era lo más valioso. Pronto le restó importancia y siguió elucubrando complejos cálculos en su mente, mientras observaba aquel artificial cielo estrellado. No iba a salir de ahí hasta que pudiera viajar por el tiempo.

Al día siguiente, un cartero tocó su puerta y le entregó correspondencia proveniente de una firma de abogados, donde lo citaban a una reunión en la tarde, para tratar “un asunto de suma urgencia y cuidado”. Se especificaba que si no asistía podría tener “serias consecuencias para su persona”. El científico dedujo que estaba relacionado con la desaparición de su refrigerador, pero no quería verse obligado a interrumpir su trabajo, por lo que declinó asistir. Siguió ensimismado en optimizar su invento, en reordenar las fórmulas que habitaban su mente; sentía que estaba a punto de lograrlo.

Más tarde, cuando el sol estaba por ocultarse, llamaron a su puerta. Matta había especificado a todos quienes lo conocían que no deseaba recibir ninguna clase de visita, y ya era segunda vez que

tocaban a su puerta en el día, por lo que aquello lo enfureció. Decidió ignorar los golpes en la puerta, pero cada vez se hicieron más fuertes e insistentes. Pasaron los minutos; no paraba el intenso ruido. El científico se resignó. Partió iracundo a abrir la puerta. Era un tipo alto y delgado, de tenida formal, muy compuesto.

-Señor Matta, mi nombre es Juan Diego Larraín, y soy abogado. Como no asistió a la reunión de la que me aseguré avisarle con anterioridad, me he visto en la obligación de venir a molestarlo a su propia casa. Hay un tema muy delicado del cual quiero discutir con usted – expresó el abogado con determinación

-Está bien. Hable – replicó el científico, sin salir de su rabia e intriga

-¿Puedo pasar?

-Pase

-No vengo solo, me acompaña alguien a quien usted conoce muy bien

El defensor se hizo a un lado, miró hacia atrás, y dijo:

-Rogelio, ven conmigo, no te volverá a pasar nada con este señor

Tras la reja de la propiedad, estaba un refrigerador blanco fumando, con rostro y extremidades humanas del mismo color. Matta lo observó con incredulidad e ironía. El electrodoméstico apagó el cigarrillo en la vereda y entró a la casa luego de que lo hiciera el abogado. Cuando el científico lo vio de cerca, pudo comprobar que tenía moretones en el rostro y cuerpo; un ataque de risa lo invadió. Se retorció en el piso a punta de carcajadas, mientras se tomaba el estómago. El abogado lo observaba con asombro, el refrigerador expresó tristeza y amargura.

-Señor Matta, veo que su falta de respeto no tiene límites – repuso el abogado

-¡Muy buena! ¡muy buena! – exclamaba hilarante el científico

-Veníamos a arreglar esta situación en buenos términos, pero al parecer usted está lejos de querer cooperar – replicó el defensor

El científico se paró de golpe, apaciguó su risa y dijo:

-Ya está bueno. Fue una genial broma, pero yo tengo que trabajar, así que, con todo respeto, les pido que se larguen. No tengo idea quién los mandó pero espero que me devuelvan el refrigerador

-¡Eres un imbécil! – dijo el aparato, al borde de las lágrimas

El abogado hizo un ademán de que se callara al refrigerador. Matta volvió a reírse con estridencia.

-¿Podemos sentarnos y conversar? – interrogó el abogado

-¡Váyanse! – dijo el científico, poniéndose serio y elevando la voz

-No nos iremos hasta que aclaremos la situación – replicó el defensor

-Esfúmense o llamo a carabineros.

-Llámelos. Pero objetivamente es a usted al que no le conviene que vengan

-Ya es suficiente, ya me reí, ahora tengo que hacer, así que por favor, fuera de mi casa

-Ya le dije, señor Matta, no nos iremos hasta que lleguemos a un acuerdo como caballeros. Aunque su aspecto deje mucho que desear, yo asumo que es un caballero respetable

-¡Ya! ¡Me agotaron la paciencia! Voy a llamar al que creo que me hizo esta talla

Matta sacó su celular del bolsillo. Al encenderlo, un rostro y extremidades humanas emergieron de la pantalla. Con la sorpresa, el aparato se le resbaló de las manos, cayó al piso y se trizó.

-¡Definitivamente usted no tiene ningún respeto por la vida! – exclamó con molestia el abogado

-¿Vida? – interrogó el científico, sin salir de su asombro

-Yo lo recojo señor – dijo el defensor mientras levantaba el celular, quien se quejaba por el dolor provocado por la trizadura

Los ojos del científico se abrieron en su máxima expresión. Súbitamente se dirigió a verificar uno por uno sus objetos electrónicos, todos tenían rostro y extremidades. La mayoría le sonreía o saludaba. El abogado y el aparato lo observaban con incredulidad.

-Él era un buen tipo, pero de un momento a otro se volvió loco – le comentó el refrigerador a su defensor

En el patio, el gato le maulló con furia a su amo.

-¡Viajé, Nikola! No fue por el tiempo pero viajé – exclamó emocionado el científico

Matta regresó al living, donde el abogado y su defendido lo esperaban sentados en un sillón. Él se sentó frente a ellos y les dijo:

-Caballeros, les ruego que me disculpen por mi comportamiento. Últimamente el trabajo me tiene muy estresado y me ha hecho hacer cosas que, créanme, no han sido mi intención en lo absoluto.

-Muy bien, señor Matta, me alegro que haya tomado conciencia de sus errores. Acá con mi defendido únicamente le exigimos que colabore con los gastos médicos que él ha tenido que incurrir a causa de la agresión que usted le propinó. Y por supuesto un bono adicional por concepto de perjuicios a la integridad emocional de Rogelio

-¡Faltaba más! Ahora mismo les hago un cheque. Y te doy mis sinceras disculpas... Rogelio – sentenció Matta, ocultando su risa. Y su emoción por encontrarse en aquella realidad alterna que le fascinaba

Una vez que se despidió del abogado, y que el refrigerador volvió a su lugar habitual, decidió salir a la calle para empaparse de aquella nueva realidad. Cayó la noche, con ella arribaron más luces artificiales. El científico pudo apreciar cómo la gente tenía un estrecho vínculo con los aparatos. La ciudad había cambiado. Ya no se podría hablar de una “selva de cemento”; esta era de plástico y metal. La mayoría utilizaba respiradores artificiales e implantes biónicos; de los cuales todos hablaban, reían, lloraban, sentían.

Al regresar a casa le obsequió una cordial sonrisa a Rogelio, éste se la respondió.

-Permiso, voy a sacar algo – le dijo Matta, mientras le abría la puerta

-No tengo nada en mi interior, toda la comida está en el segundo piso, en el cuarto de invitados – respondió el refrigerador

-¡Qué raro! Bueno, iré a buscarla, amigo

El científico se dirigió al segundo piso, abrió la puerta del cuarto y se encontró sólo con una sierra eléctrica. La sierra sacó sus extremidades y se acercó al hombre. Tenía rostro femenino.

-¡Te voy a hacer picadillo, abusador! – exclamó la sierra con furia

Matta intentó devolverse, pero Rogelio también subió, le cerró la puerta con llave, y el hombre no fue capaz de forzarla. La máquina se abalanzó con sus dientes afiladísimos, alcanzó a cortar un mechón de pelo y rozar parte del hombro. El científico se escabulló, rompió el vidrio de la ventana que daba hacia el patio y se lanzó, cayendo en el pasto. Rápidamente se paró, se metió al laboratorio y se sentó en el sillón. La sierra también se tiró hacia el patio para perseguirlo. Matta digitó con agilidad en la pantalla táctil. De pronto un cable apareció desde atrás y comenzó a ahorcarlo y electrocutarlo. La sierra entró al laboratorio destruyendo la puerta. El hoyo negro emergió desde el cielo, dejando una fisura en la parte superior de la casa, y consumiendo al hombre sentado en su sillón, hasta hacerlo desaparecer. Cuando volvió a aparecer, el cable estaba inerte, se tocó el hombro, le brotaba un chorrito de sangre. Necesitaba aire. Salió hacia el patio sosteniendo su hombro, y con su otra mano, su cuello resentido. Nikola le maulló. Matta cayó en el pasto. Su nariz respiró tierra y vegetación; observó un camino de hormigas que conducían hacia la máquina dispensadora de agua y alimento para gatos. En ese instante se dio cuenta que aquel aparato había dejado de funcionar.

SANDRA

Autor: Felipe Rey

Sandra estaba recostada desnuda sobre su sofá, ya había limpiado los pelos de gato que había encima. Estaba preparada para recibir a su visita. Le gustaba refregar su piel desnuda con el cuero frío, y ponerse un cojín duro en la entrepierna; le refrescaba la piel y hacía que su mente flotara. Era una mujer que aparentaba casi cuarenta, no por arrugas sino por su mirada intensa, que sugería una vasta experiencia, y hacía sentir que estaba desnudando desde la mente hasta los huesos de quien la mirara fijo. De piel blanca casi transparente, pelo largo y rizado que le llegaba a las nalgas, pechos medianos con grandes areolas que los cubrían casi por completo, ombligo profundo, grandes caderas, y abundante vello púbico.

Aparte de Esteban, su pequeño gato negro, que dormía delante del sillón, compartía el departamento con Benito, un tipo bajo regordete, de unos veinte y tantos años, que le arrendaba una pieza. Benito estaba acostumbrado a verla desnuda, por lo que en ese instante rebanaba un apio y la observaba desde la cocina sin pudor alguno. De pronto, se provocó un corte en un dedo, que le hizo brotar un conciso chorro de sangre; pegó un grito de niño histérico. Rápidamente y con lágrimas en los ojos, se acercó a Sandra, quien con dulzura le chupó el dedo. El gato despertó y observó la escena con curiosidad, como si entendiera todo lo que pasaba.

Diego, un tipo pelirrojo de veinte años recién cumplidos, había conocido a Sandra a través de una página de citas eróticas en línea, donde ella le contó que vivía en su departamento con un gato, y un arrendatario que era como un niño debido a un retraso mental. Ella estaba interesada en dominar, en tener un esclavo permanente que cumpliera con hasta el más mínimo mandato; no solamente en la parte sexual sino que en cualquier aspecto. A Diego le excitaba la idea de sobre manera, aunque en momentos de mayor tranquilidad mental le resultaba dudoso. Decidió arriesgarse, tenía claro que podría arrepentirse en caso de no hacerlo, y sentía que su oportunidad podía caducar en cualquier instante.

Sandra se tapó con una sábana traslúcida, y dejó la puerta junta. Cuando Diego golpeó, ella le gritó “¡Entra!”. El chico ingresó a un pulcro y resplandeciente departamento, con una decoración minimalista y monocromática; parecía que el sofá donde lo esperaba su futura ama había sido ubicado estratégicamente. Luego de avanzar unos pasos, donde se fundieron miradas inexpresivas, incluyendo la de Benito que seguía en la cocina, Sandra le gritó que se detuviera. Diego hizo caso. El gato se le acercó, y le maulló como si le estuviera conversando. La mujer sonrió, comenzó a frotarse con el sillón, respirando profundo, gimiendo sutil, poco a poco la sábana se fue cayendo hasta descubrirla por completo; el chico tuvo una erección.

-Ahora ven y pásame tu lengua por donde quieras, si no consigues darme más placer que mi sofá te voy a cachetear – dijo autoritaria Sandra.

Diego se acercó, e inmediatamente se abalanzó sobre los pechos de ella, quien le pegó una sonora cachetada. Benito y el gato observaban la escena como espectadores de un espectáculo que les resultaba intrigante.

-¿Puedes ser menos obvio, pedazo de mierda? – expresó secamente Sandra.

El chico se agachó y posó su lengua en movimientos circulares por el ombligo de ella, quien cerró los ojos y gimió. Mientras hacía esto, Diego pudo notar como el gato lo miraba directamente, aquello lo intimidó, miró de reojo a Benito y también lo miraba, pero con cierta inocencia. No le gustaba la idea de tener espectadores, pero le gustaba más la idea de ser sumiso.

-¡No te desconcentres! – gritó Sandra luego de abofetearlo.

El gato le maulló con furia a Diego.

Luego de una intensa y lasciva sesión de Ama – Esclavo, Sandra se durmió abrazando a su gato, con Diego a los pies, destapado y luciendo únicamente un collar con puntas filosas, además de moretones en su rostro y cuerpo.

Al despertar, se sintió distinto, como si le hubiesen dado una droga que distorsionara y agudizara sus sentidos. No había nadie más en la habitación, hasta que entró Benito, que lo miró a los ojos y empezó a emitir sonidos guturales con furia, se abalanzó a agredirlo pero fue interceptado por Sandra desde atrás, quien, desnuda, le rodeó la panza con sus largas manos, y luego le acarició la cabeza para calmarlo, mientras observaba desde arriba a Diego, quien finalmente miró su reflejo en un pequeño espejo que había en un velador y se dio cuenta que lo habían convertido en un gato naranja; se asustó y se escondió debajo de la cama. Luego salió corriendo al living, donde vio su cuerpo humano atado a una silla, con una expresión ida, como si le hubiesen hecho una lobotomía; al lado estaba durmiendo el gato Esteban, que abrió un ojo y miró fijo al nuevo gato de la casa, luego lo cerró y siguió durmiendo. Sandra se acercó a Diego – Gato, que luego de mirarla desde el piso, comenzó a lamerle los pies descalzos.

De las ánimas y el hombre

Autor: Emilia Barros

No era claro cómo ni cuándo se formó el bosque, ni cómo tampoco surgió la vida en él. Poco se sabía de los inicios, como incertidumbre había sobre el final. Se contaba que primero habrían venido las plantas. Las planicies se recubrieron de diversas especies, de variadas formas y colores. La vegetación se hizo especialmente frondosa cerca de las montañas, donde los grandes árboles decidieron vivir todos muy juntos, formando húmedos y oscuros pasajes. Pero las flores prefirieron

esparcirse en el claro, para poder sentir el sol en sus rostros por las mañanas. Luego brotó el agua, corrió rápida en las alturas, y se calmó ya en el valle, y nuevamente se dejó llevar al ritmo de la pendiente hasta encontrarse con el mar, allá en la lejanía. Se detuvo eso sí en su recorrido, formando lagos y lagunas. De estas fuentes bebieron insectos y bestias que llegaron después de las primeras lluvias. Entonces el bosque se sintió completo pero a la vez abrumado, pues no sabía como tantas vidas podrían convivir en paz, sin incomodarse los unos a los otros.

Entonces una noche, cuando la luna era grande e imponente en el firmamento, descendieron las ánimas. Delicadas figuras que parecían flotar más que caminar, de movimientos gráciles y de pequeñas siluetas. Eran casi transparentes a la luz de sol, pero parecían vestidas de plata bajo las estrellas. A diferencia de las demás criaturas del bosque, las ánimas encerraban poderes. Uno de sus poderes era el de mantener a salvo al bosque, y a todos quienes en el habitaban. Convertían los rayos de sol en bocados para las plantas y a los animales les ensañaron cómo diferenciar frutos comestibles de los venenosos. Pero el más importante poder de las ánimas era que podían entregar un poco de su luz para revivir a las criaturas del bosque. Esto no era algo que se hiciera a menudo, pues las ánimas eran consientes de que no se trataba de un poder ilimitado, pues cada vez que hacían uso de él, sentían que ellas misma se desgastaban un poco. Por tanto era ocupado sólo en situaciones extremas, principalmente cuando una vida había llegado a fin antes del tiempo correspondido.

Con la llegada de las ánimas, el bosque se sintió calmado nuevamente, y su respiración se hizo más pausada y los años se dejaron pasar sin prisa por él. Pero entonces llegó una nueva criatura, el hombre. Nunca antes se había visto una figura de tal porte y de rasgos tan extraños. No se sabía si venía de tierras vecinas o si esta era la primera vez que pisaba la tierra. Lo cierto es que los habitantes del bosque se sintieron cautivados y lo observaron en silencio. El hombre era torpe y desconocía el funcionamiento del bosque, no sabía qué comer, ni por dónde pisar, ni con podía hablar. Para su suerte, las ánimas lo vieron tan pronto como apareció y ayudándolo, consiguieron que eligiera un sitio para hacerlo su hogar. Le enseñaron lo necesario, tal como habían hecho con los demás animales. Y pronto se convirtió en un huésped más dentro de aquel hermoso paraje.

El hombre amó al bosque, tanto como el bosque lo amó a él. Pero era indudable que los demás habitantes tuviesen dudas al respecto de este nuevo invitado. Se preguntaban si, al igual que las ánimas, tendría algún poder especial. Sin embargo no hubo atisbos de magia alguna, al menos lo primeros años. Eras más bien hábil en las artes manuales, capaz de construir bellas figuras a partir de la madera de los árboles caídos. También era hábil en la música y componía bellas canciones sobre el bosque y sus habitantes. Entonces las criaturas del bosque también lo amaron y quisieron estar cerca de él para escuchar sus alegres melodías.

Las ánimas no encontraron mayor dificultad en esta nueva llegada. El bosque funcionaba perfectamente. Las estaciones cumplían su normal funcionamiento y el hombre había conseguido adaptarse en su morada.

Si bien los primeros años transcurrieron sin impedimentos, eso no siempre se mantuvo así. El hombre fue en un inicio posiblemente la criatura más curiosa del bosque. Siempre quería aprender más y descubrir aquello que aún se mantenía oculto para él. Pero pronto esta curiosidad cambio de rumbo, convirtiéndose en ambición. Empezó como un cierto temor, a pesar de que las ánimas se encargaban de mantener equilibrio entre los seres, el hombre tenía miedo de verse desprovisto en el invierno. Las ánimas insistieron en que eso jamás acontecerían, que ellas se encargarían de mantener su morada tibia y su mesa llena. Sin embargo el hombre desconfió, y guiado por su insisto decidió tomar más frutos de los necesarios para la merienda del día y recolectar más madera que la

necesaria para una jordana. Así fue como el hombre comenzó a acumular recursos para apaciguar su temor frente al invierno. Las ánimas no se contentaron con esta actitud, pero pensaron que quizás esa era la mejor forma de dar paz al hombre, dándole más de lo que necesitaba.

Fue entonces cuando los demás animales del bosque hablaron con las ánimas. Con palabras de consternación se dirigieron hacia ellas. No tenían sino afecto hacia el hombre, pero su actitud comenzaba a impacientar para a las criaturas. Las bayas que habían sido abundantes antaño, ahora difícilmente alcanzaban para todos, y sabían que bajo el techo del hombre aguardan muchas que probablemente perecerían antes de ser consumidas. Cansadas ya las ánimas del hombre y sus injustificados temores, se acercan a él en ánimo de reprimenda. Pero el hombre se enfureció, pues indicaba que todas aquellas fruta que guardaba en sus estanterías era producto de su trabajo, de horas de recolección, y por tanto no podía verse privado de él.

Sin saber qué hacer, ni como convencer al hombre de su error, las ánimas tuvieron que tomar una difícil decisión. Tomaron un poco de su luz, y en lugar de dar vida a una especie ya sin alma, dieron energía a plantas y árboles para que pudieran dar aún más frutos. Contentos estaban los habitantes del bosque, que ya comenzaban a fatigarse. La calma se restableció en el bosque, pero no se mantuvo por mucho tiempo.

El hombre haciendo galas de su habilidades forjó una hoja gruesa y pesada, y la afilo con destreza. Luego con madera diseño un mango largo y firme. Montó ambas piezas y a esta nueva herramienta le dio el nombre de hacha. Nunca el nombre había necesitado de un instrumento similar, pues se valía de la madera de árboles sin vida que habían caído por los años. Con las manos eras capaz de trozar la cantidad que necesitaba, y si se complicaba la labor, usaba una fina y corta hoja que él mismo había creada a la que había llamado navaja. Pero ahora necesitaba de algo más poderoso, pues su ambición había ido demasiado lejos. Pues ya se había hecho de toda la madera de los árboles sin vida, y ya no quedaba que recolectar. Y a pesar que aún no había hecho uso de ésta, el hombre creyó que necesitaba aún más. Entonces decidido, tomó su hacha y se encamino hacía las montañas. Y ahí de pie frente a los árboles, blandió el filo de su nuevo instrumento en la corteza de un espécimen adulto. El grito se escucho hasta el último rincón del bosque, incluso más allá del mar.

El miedo se apoderó del bosque y de todos sus habitantes. Menos de uno que se consideró victorioso, y así, con las manos cargadas, caminó de vuelta a su hogar. Las ánimas raudas se apresuraron al encuentro de los árboles, pero ya era demasiado tarde para hacer uso de su poder. Porque el hombre ya había desmembrado a aquel que alguna vez se había erguido alto y fornido. Las ánimas eras incapaces de devolverle la vida, pues de sus partes allí ya sólo disponían de una mínima porción de su tronco.

Las ánimas se desplazaron entonces hacía la morada del hombre, y una vez dentro, lo vieron dormir plácidamente con una sonrisa en la cara, mientras el fuego encendido entibiaba la habitación. No había ni arrepentimiento ni congoja. Entonces supieron que el amor dentro de él había menguado y que poco quedaba ya de aquella criatura que se desplazó insegura entra la hierba años atrás.

Arrancándolo de sus sueños, las ánimas mecieron las mantas despertando al hombre, quien fastidiado las increpó por interrumpir su descanso. Pero ellas estaban aún más furiosas y le reprocharon su actuar y lo llamaron asesino. El hombre indignado argumento que tomaba lo que le pertenecía. Que con sus habilidades había demostrado ser superior a las otras especies, y por tanto podía obrar a su gusto, aún cuando aquello implicara tomar la vida de otros, pues aquello implicaba mantener la suya a salvo. La ánimas insistieron en que mientras ellas resguardaran el bosque ninguna criatura jamás sentiría necesidad alguna. El hombre terco y necio no quiso escuchar palabra alguna. De modo que las ánimas no vieron ya esperanza en él y decidieron marcharse.

En los años venideros el accionar del hombre se hizo sentir con mayor fuerza en el bosque, y éste último poco a poco se fue debilitando. Ya no había sombra junto a las colinas, pues los árboles ya eran muy escasos. Los arbustos estaban desprovistos de sus frutos, y sus ramas y hojas comenzaban a secarse, pues la tristeza comenzaba a invadirlos. Los animales e insectos se desvanecían atacados por el hambre, y muchos de ellos perecieron. Y pronto la tierra se erosionó, y no fue capaz de dar vida a nuevas especies.

Las ánimas se movían de un lugar a otro, intentando de dar un poco de su luz a cada criatura, intentando traer de vuelta la vida que alguna vez albergó el bosque. Pero ya difícil se había vuelto su trabajo, pues ellas mismas se hacían cada días más débiles, ya que su poder estaba llegando al final. Entonces el bosque les habló: "Escuchadme ahora queridas. Pero hacedlo con atención. Siento que muero, es poco lo que ya se puede hacer. Culpo al hombre porque es cierto, nos ha traído miseria, pero al mismo tiempo me veo impedido de odiarlo. Lo amo como todo a quienes habitan en mí, pues todos son hijos míos. Sé que el tiempo lo hará sabio y capaz de ver sus faltas y errores. Pero al mismo tiempo sé que eso ocurrirá cuando ya sea demasiado tarde. Por eso os pido a ustedes que hagáis un último esfuerzo, pues la respiración ya se me dificulta y los ojos ya casi se me cierran sin mi voluntad":

Las ánimas se llenaron de tristeza, pero sabían que no podían tardarse más, por lo que estrujaron su lágrimas y se congregaron a fin de tomar la última decisión. Era ya claro que no podían contra el hombre, su poder no tenían la fuerza de retener ni de hacer escuchar. Por tanto sus esperanzas se volcaron en salvar a las demás criaturas y darles fuerzas. Ya poca energía albergaban las ánimas, pero creían que podía ser suficiente para mantener con vida el bosque. Decidieron ya desvanecerse para siempre, y entregar lo que en ellas quedaba. Se las vio por última vez tomadas de las manos formando un círculo, una fuerte luz la envolvió y las elevó, y luego desaparecieron. Pero su últimas energías impregnaron el bosque, y hubo una luminosidad nueva él, un renacer, si bien no era como en años anteriores, podía notarse que había una fuerza renovada.

Lamentablemente el esfuerzo de las ánimas no fue suficiente, pues el hombre fue capaz nuevamente de tomar todo para sí, y dejar despoblada la tierra. El bosque al fin dejó de respirar. Y cuando ya el hombre se vio sólo se dio cuenta que había errado, pero como se había presagiado, era ya, demasiado tarde. La vegetación se había consumido por completo, y ya no había otra criatura más que él. Y al fin su victoria se convirtió en lamento, y se sintió estúpido, y maldijo las manos que alguna vez llamo hábiles.

Entonces se supo que el hombre si tenía un poder, y que era uno mucho mayor que el de las ánimas, tenía el poder de la destrucción.

La defensa

Autor: Teresa R. von Black

Tuvo una fuerte presión en el pecho, el aire se escapó de sus pulmones y sus rodillas no dejaban de temblar. Trató de disimular el miedo y la angustia, pero las lágrimas escapándose de sus ojos la dejaron en evidencia.

- No vendrán – dijo apretando un pergamino contra su pecho.
- ¿Nadie? – preguntó un hombre anciano acercándose a ella.
- No – suspiró – Nadie vendrá por nosotros, dicen que no es su batalla.

- Podríamos insistir – comentó el anciano – enviar más aves mensajeras
- La muerte llegará antes... – bramó – antes que quienes nos juraron lealtad
- Hija, ¿qué haremos entonces?, tu padre aún no regresa a nuestras tierras... no sé cuánto demore en retornar desde tan lejos, no dijo que camino tomaría – suspiró el anciano

Un dolor aún mayor oprimió su pecho, tuvo que sentarse para contener la tristeza tremenda que le inundó.

- Probablemente esté muerto – sollozó – Quizás no lo logró...

Ambos hicieron una pausa, la que fue interrumpida por dos caballeros que llegaban presurosos al salón.

- Mi señor – dijo uno de ellos, con la voz entrecortada – los elfos se negaron a participar
- Como los otros pueblos – gruñó la joven dándoles la espalda para contener las lágrimas.
- Hermana – interrumpió alguien

Las palabras retumbaron en las paredes junto con el crepitar de la madera ardiendo lentamente en la chimenea. Las paredes del salón se hacían cada vez más lúgubres, oscuras y frías. El emblema de los hombres adornaba la pared central, ajeno a todo el acontecer. Bryanna contempló aquel último indicio de la existencia de su familia y su raza en aquel valle; probablemente, pronto sería profanado por una horda de infames orcos. Toda la lucha, el esfuerzo, honor y vestigios de glorias en batallas pasadas, morirían con ellos.

- Hermana – insistió la voz –

Bryanna se volteó en dirección a la voz. Su hermano, afectado por heridas de guerra, se acercó a ella y la abrazó, el sonido de sus armaduras al contacto, cortó el silencio. Bryanna lo contuvo en una breve pero profunda y sincera demostración de afecto.

- Bryannor, ¿y nuestro padre? – consultó angustiada
- Viene de regreso hace unos días, finalmente nuestro pueblo quedó resguardado en las montañas blancas, están protegidos por los enanos. Ellos les cuidarán hasta que todo acabe – dijo mientras sacaba su espada y rápidamente limpiaba la sangre en ella.
- ¿Enanos en las montañas blancas? – preguntó extrañada
- Al parecer hay un asentamiento reciente de enanos, no son muchos, tienen una entrada a sus estancias por el bosque de Firien y por Gondor – explicó – pero son de esas entradas enanas de las que nadie sabe cómo ingresar. Probablemente está desde hace miles de años y los humanos no sabíamos. Ellos protegerán a nuestro pueblo hasta que esta guerra acabe...
- Moriremos, ¿verdad? – preguntó Bryanna
- Espero que los Dioses no lo deseen así – comentó sin levantar la vista de su arma

Los tambores retumbaron a lo lejos. Bryannor se acercó a la ventana y a una larga distancia, pudo divisar humo.

- Vienen – advirtió e hizo una pausa – y también viene nuestro padre

Bryanna y su abuelo se acercaron rápidamente a la ventana y divisaron a la distancia - para su alivio - a Brienor montando su caballo a toda velocidad, acompañado de un ejército de enanos y de hombres del norte. Ambos hermanos abrazaron a su abuelo, sintieron un gran alivio al percatarse de que no estaban solos...y que sus aliados más cercanos, habían valorado el acudir a tantas de sus batallas.

Las fuerzas oscuras se levantaban nuevamente, una cantidad desconocida de orcos había surgido desde lo más profundo de las aguas del mar de Nurnen, muchísimos años después de que la gran peste cayera en Gondor y dejara a Mordor sin guardia. El mal había crecido lenta y ponzoñosamente, preparando una embestida brutal. La maldad de sus tierras jamás se retiró por completo.

- ¿Vendrán algunos Haradrim? – preguntó el anciano a Bryannor

- Algunas familias vendrán a luchar con nosotros, las que aún respetan el acuerdo de paz – explicó Bryannor – y no van a pondrán en juego su comercio con nosotros.

- Pensamos que estábamos solos – comentó el anciano

- Nosotros también – suspiró Bryannor – pensamos que nadie acudiría a nuestra ayuda, encendimos almenaras, enviamos aves mensajeras, emisarios...pero no obtuvimos respuesta, hasta que nuestro padre se encontró con uno de los hijos de Durin en las montañas blancas: hicieron honor a su palabra e informaron que vendrían, pero que esperaban a hombres del lejano norte para acercarse a Harador.

- ¿Lejano norte? – consultó Bryanna

- Mucho más allá de las Tierras Brunas – explicó – según parece, había un acuerdo previo a la caída de Mordor... una alianza que se selló con una unión entre una princesa de nuestras tierras y un joven príncipe de las suyas.

Brienor ingresó al gran salón, acompañado de una comitiva representante de cada raza y aliado. Bryanna y Bryannor se inclinaron ante él con mucho respeto y luego le abrazaron. También hicieron una respetuosa reverencia a la comitiva.

- Nos sentimos honrados de poder contar con su ayuda – dijo Bryannor a los cansados viajeros

- ¿Tienen agua? – preguntó un enano acercándose a Bryanna – tenemos sed

Bryanna acercó una jarra de agua al cansado enano, quien la empujó hasta dejar vacía. Acto seguido, el enano hizo una reverencia para los hijos de Brienor y observó curiosamente todo el salón.

- ¿Y los elfos? – consultó a Bryannor

- No vendrán – respondió rápidamente Bryanna

Brienor volteó extrañado y no pudo esconder su sorpresa, los enanos rieron ruidosamente y los hombres del norte comenzaron a hacerse preguntas entre ellos.

- Mi señor Brienor, con todo respeto – sonrió uno de los más enanos más ancianos – que no le preocupe esta ausencia. Los elfos se caracterizan por pelear sus propias batallas y no solidarizan con los demás, mi estirpe tiene muchas historias de esas, usted lo sabe.

- ¿Enanos y elfos, se supone, eran amigos? Según entiendo mi señor Dhrór - inquirió Bryannor

- Algunos enanos y algunos elfos, pero.... – dijo con un dejo de melancolía –

- Mis señores – interrumpió Bryanna – podemos atenderles para que se sientan cómodos. No sigamos discutiendo quienes vendrán o no a nuestra ayuda, en su conciencia pesará su ausencia. Nos costó mucho mantener estas tierras alejadas de cualquier peligro, nuestros antepasados recuerdan las incontables luchas y batallas que tuvieron que librar.

- Y de todas salieron victoriosos – agregó Brienor – aunque sufrimos pérdidas y dolor, salimos victoriosos. En el pasado luchamos codo a codo, las edades del sol han sido testigos de ello y lo haremos una vez más: humanos y enanos, estaremos aliados para batallar valientemente una vez más contra las fuerzas oscuras.

Las palabras de Brienor entibiaron los corazones de los presentes y les renovaron las fuerzas. Todos recordaron con alegría a sus antepasados que lucharon y dieron su vida para que ellos pudieran vivir en paz. Ellos harían lo mismo por los suyos, enfrentarían aguerridamente las fuerzas del mal.

En conjunto, se refrescaron con agua fría, bebieron y comieron un poco, para luego volver a prepararse a esperar a enemigo. Bryanna encontró a Dhrór, en uno de los pasillos que daban con vista hacia el valle, admirando la belleza diferente de Harondor.

- Mi señor Dhrór – interrumpió Bryanna –

- ¡Pequeña Bryanna! – dijo con alegría

- Mi señor... ¿qué ocurrió con los elfos? – preguntó tímidamente

- Son más egoístas de lo que puedes pensar – dijo con tristeza – son excelente guerreros y seres sumamente sabios, pero si ellos no ganan nada en algo... no participarán. Fuimos grandes amigos, pero... algo ocurrió con ellos. Pienso que tal vez es porque son más sensibles que nosotros, que somos duros como rocas.

- De cabeza y cuerpo – bromeó Bryanna

- Exactamente – rió – Pienso que ellos sufren mucho al ver las batallas o que les cuesta lidiar con el dolor de un hermano fallecido, tantos miles de años viviendo juntos... Tal vez especulo cosas sin sentido, pero pienso que es así

- También pensé eso – suspiró – ¿Cree usted que estemos preparados vencer en esta batalla?

Dhrór se quedó mirando sus manos y su cota de mithril que brillaba con los rallos del sol. Suspiró y también sonrió.

- Estamos los enanos, duros como roca – dijo golpeándose la cabeza suavemente – están los humanos y los haradrim. Estaremos bien, defenderemos Harondor como se debe y la paz seguirá sentada en el trono junto a nuestros reyes.

Volieron a sonar los tambores, pero ahora muchísimo más fuerte y se pudo oír el sonido de unos cuernos. Bryanna y Dhrór corrieron hacia el gran salón, donde había muchísimo movimiento.

- ¡Bryanna! – gritó Bryannor - ¡Vienen por el este! ¡Los haradrim no pueden detenerlos solos!

- Hija – dijo Brienor – tú y mi padre quedarán a cargo del castillo. Tu hermano irá al este, yo iré al noroeste con refuerzos.

Bryannor se acercó a su hermana y le entregó una espada.

- Vuelve con vida hermano – ordenó mientras se abrazaban

Brienor se despidió de su padre y junto a Bryannor se retiraron del castillo en compañía de montaraces del norte, hombres de Gondor y enanos. En el patio de armas, el anciano Briador se sentía más joven que nunca, dirigiendo a los soldados que defendían el castillo.

- Abuelo ¿está lista la fosa? – preguntó Bryanna acercándose a Briador.

- Todo preparado, hay que esperar que lleguen. Está atardeciendo – sonrió – confiemos que el desierto nos ayude, es traidor.

Bryannor cabalgó varios kilómetros y cada vez Ephel Dúath se veían más cercanas. Por su parte, Brienor llegó cerca de Ethir Anduin, donde varios de sus soldados peleaban aguerridamente en contra de los orcos que si bien éstos no los superaban en número, su fuerza era incomparable. El señor de Harondor dirigió a los enanos de entre sus filas, de manera que los orcos quedaran encerrados. Eran quinientos hombres y enanos contra unos trescientos orcos, resistirían el mayor tiempo posible, porque eran rápidos y ágiles, pero no contaban con la fuerza bruta del enemigo.

Las más afiladas lanzas, espadas y hachas atravesaban la piel de los orcos como si fueran mantequilla, pero esto no los detenía y éstos continuaban atacando. Muchos miraban desconcertados y con miedo, pues cualquier ataque no detenía el actuar de los orcos que, a veces sin un brazo o una pierna, continuaban arremetiendo.

Es que las leyendas de batallas en contra de los orcos eran lejanas y casi ajenas a todos los presentes, muchísimos años habían pasado desde la última batalla con un ejército así. Cuando llegó la noticia de que el mar de Núrnem emitía un olor putrefacto, jamás se pensó, que desde dentro de las cavernas alojadas en aquel mar, la tierra escupiría una gran cantidad de orcos. Nadie se lo explica, ni los sabios más entendidos de Arda. Se sospecha de algún ser corrompido por el odio hacia los seres vivientes de la Tierra Media, pero no se sabe quién podría anidar en su corazón un odio tan terrible como para traer a la vida semejantes atrocidades.

Bryannor enfrentaba a los orcos con la ayuda de un ejército de mil guerreros: enanos, gondorianos y montaraces. Contaban con la ventaja de un ejército de Haradrim, quienes en algún momento fueron aliados del ejército oscuro, sabían los puntos débiles de los orcos y atacaban hábilmente, con rapidez y eficacia. Los guerreros de Celentir dieron cátedra de cómo cortar por la mitad, verticalmente, a los orcos y deshacerse de ellos en pocos instantes: de la fuerza se encargaban los demás, los haradrim cortaban. Mil orcos contra mil guerreros lucharon hasta que anocheció.

Por otro lado, en el castillo los soldados estaban parapetados esperando que el enemigo se acercara un poco más a ellos. Los arqueros se resguardaban tras las almenas dispuestos a dejar caer una lluvia de flechas ardientes, Briador los dirigiría. Anochecía y el frío no tardó en aparecer. El desierto comenzaría a deshacerse del calor contenido, dejando brotar lentamente las altas temperaturas hacia la superficie.

El enemigo anunció su llegada con tambores, cuernos y gritos. Briador dio la orden de humedecer las puntas de las flechas con un líquido oscuro que, entrando en contacto con la punta, encendía una llama azulada.

No hubo formalidades, los orcos se precipitaron a atacar. Briador ordenó lanzar las flechas a la primera línea de orcos, acto seguido...muchos de ellos comenzaron a arder. Los orcos devolvían hacia el castillo, las cabezas ardientes de sus guerreros, además de lanzas y arcaicas flechas.

Bryana comenzó a preparar la fosa, pues los orcos comenzaban a tratar de atravesarla: vertieron una cantidad incalculable de aceite hirviendo. Los orcos se retorcían de dolor al ser quemados y heridos por el líquido mal oliente. Briador lanzó una monumental lluvia de flechas, las cuales hicieron arder el aceite. Una pared de fuego, junto a la gran muralla de roca, resistían al ataque del enemigo.

Las flechas no eran suficientes para acabar con todos los orcos, tenían la orden de salir del castillo en cuanto vieran aparecer por el norte a Bryannor o Brienor. Dhrór preparaba la arremetida desde el interior del castillo, esperando ansioso poder matar varios orcos para agregarlos a su lista.

El cuerno de Gondor se escuchó a lo lejos. Los orcos voltearon a mirar y fueron atacados por una horda de haradrim que atacaban a toda velocidad, ensartando escudos, espadas y lanzas. Tras ellos, enanos y gondorianos arremetían sin piedad.

Las puertas del castillo se abrieron, desde dentro, emergieron Dhrór y Bryanna, en compañía de un ejército de enanos, guerreros y guerreras, prontos a detener al enemigo. Los montaraces del norte y los guerreros de Harondor luchaban fieramente para poder devolverle la paz a la región, ningún ser maligno volvería a perturbar la paz de esas tierras ni amenazar el bienestar de sus habitantes. Comenzaba amanecer y Brienor levantaba en lo alto la cabeza de Gorshak, el líder de los orcos. Los enanos terminaban de apilarlos cuerpos de los orcos caídos y comenzaban a prenderles fuego.

Todos extenuados por la batalla, se felicitaban unos a otros por defender Harondor con honor y lloraban a los caídos. Sintieron alivio de haber podido vencer. Bryannor, Brienor, Briador y Bryanna se abrazaron felices de no haber perdido al otro.

Un rugido ensordecedor interrumpió el momento, la tierra tembló y el sol que había comenzado a emerger, desapareció. Un estruendo que los hizo doblar del dolor, un sonido que ninguno pudo reconocer, una sombra se elevó por el norte, el miedo les apretó nuevamente el pecho.

La batalla aún no había terminado.

UNA MELODÍA DE ESCARCHA

Autor: Cristian Arkkano

Al amparo de los muros del castillo, y bajo el sinuoso vaivén de la aurora austral, el niño cantor caminaba, furtivo y silente. Trataba de cubrirse lo mejor que podía con la gruesa capa, pues hacía frío, mucho frío, y mientras caminaba, miraba de reojo el oscuro, nevado y congelado horizonte meridional.

- Allá está... –se dijo en voz alta, contemplando, a lo lejos, la sobrecogedora y tenebrosa estampa de la imponente arcada sobre la sellada, solitaria y descuidada puerta de Doliath.

Siguió avanzando y aceleró el tranco. No obstante, cuando ya se encontraba a no muchos pasos de llegar al alejado pórtico, se detuvo de golpe y contuvo el aliento, paralizado por súbito e inquietante sonido tributario del nocturno silencio.

No pasó mucho antes de que comenzara a oír los amortiguados y pesados sonidos de unas pausadas pisadas que golpeaban el sendero y que se detuvieron justo tras él. El chico tragó saliva, sin atreverse a voltear la mirada, y, luego, se estremeció hasta la médula al sentir en su nuca el tibio aliento de un hocico que lo oliscaba y husmeaba con inquisitiva e insistente porfía.

- Calma, mi buen Soldemar... no incomodes a nuestro amigo –dijo, entonces, una alegre voz a sus espaldas –tú has de ser Dann, ¿no es así?

- Sí –respondió el chico, volteándose para mirar a su interlocutor, quien montaba un enorme oso antártico.

- Mi nombre es Ademaro. Y éste... es Soldemar –dijo el jinete, inclinándose sobre el cuello de su animal y acariciando su tupido pelaje.

El oso gruñó suavemente al oír pronunciado su nombre.

- Laura me habló de ti. Me dijo que irías con nosotros –añadió.

El joven oso acercó su negra nariz para oler nuevamente a Dann, y luego, mirando de reojo a Ademaro volvió a gruñir. El joven antariano, que comprendía su idioma, rió de buena gana.

- ¡Le gusta tu olor! –exclamó, al tiempo que prestaba oídos a un segundo gruñido.

Dann lo miró extrañado.

- Dice que hueles a estrellas... a estrellas y a música –agregó, estirando el brazo e invitándolo a subir.

Luego se dispusieron a continuar los pocos metros que aún restaban para llegar al pórtico. En medio del silencioso y acompasado vaivén de la osuna caminata, el niño escuchó voces, voces que murmuraban cerca de la puerta, a la sombra y amparo del basilisco de piedra. Y a medida que se acercaban, los murmullos bajo la arcada se acrecentaban y matizaban sus notas con suspiros y uno que otro sollozo.

Bajo el antiguo pórtico, muy cerca de la ancha puerta, y bajo el hechizo de la mortecina luminosidad de la luna, dos siluetas se abrazaban y prodigaban infinita ternura.

Antenor fue el primero en verlos llegar, y se quedó viéndolos, con dureza y con rostro contrito, como reprochándoles el haber llegado. Laura tomó sus manos y las aferró con fuerza.

En completo silencio, ambos se separaron, aunque sin dejar de mirarse el uno al otro. El joven príncipe retrocedió a las sombras del pórtico, y ahí se quedó, ahogando con suspiros el silencio, mientras ella, de un salto, se montaba en el lomo del joven oso y se aferraba a la cintura del niño cantor.

- Muy bien... ¿ahora me vas a decir a dónde quieres que los lleve? –preguntó el sonriente Ademaro.

- Al sureste... a la laguna congelada de Okûn –respondió ella. Al hacerlo, la tibieza de su aliento acarició la mejilla izquierda del Dann, confabulándose con la gélida brisa en un estremecedor escalofrío, que se hizo más intenso, al notar el chico cómo se borraba, de golpe, la sonrisa en el rostro del antariano.

- ¿La laguna congelada de Okûn?

- Tú sólo llévanos hasta allá y no preguntes.

Ademaro no hizo más pregunta, y con un rápido e inaudible susurro, conminó a Soldemar a ponerse en marcha. No le agradaba para nada la idea de tener que adentrarse en aquel frío, solitario y peligroso paraje.

Quince, quizás veinte largas zancadas le bastaron al portentoso oso para trepar hacia lo más alto de la escarpada y herbosa colina que tenía al frente y comenzar a moverse a través de las mil estribaciones y hondonadas de las tierras altas de Eriadán. Al poco andar, abandonaron la seguridad del sendero, que en aquel punto doblaba hacia el oeste, y continuaron en línea recta hacia el sur.

Puede que haya sido sólo una hora de vertiginosa carrera a través de la nieve, puede que hayan sido dos, o incluso más. Lo cierto, es que era tanto en frío que sentía Dann, que no fue capaz de articular pensamiento en todo lo que duró aquel trayecto, y mucho menos de poder mensurar el tiempo transcurrido. Tan sólo se dedicó a tiritar y a proteger su escarchado rostro entre los pliegues de la gruesa y oscura capa que cubría la espalda de Ademaro.

Finalmente, y a una orden de Laura, se detuvieron en lo más profundo de una boscosa hondonada flanqueada de escarpadas y desnudas paredes de roca gris, al norte y al oriente. Habían llegado al corazón de un pequeño y raleado bosque de abetos.

Laura, de un salto bajó de la grupa del oso y comenzó a sacudir su larga capa de la nieve y escarcha acumuladas. Lo propio hicieron Dann y Ademaro.

Ella exhaló un largo y profundo suspiro, y se quedó mirando a Dann, quien, a su vez, la miraba con nerviosa inquietud.

- Ven... sígueme –le dijo ella, dándose media vuelta y disponiéndose a caminar.

Ademaro, quien se hallaba lidiando con el arnés de su oso, se percató de aquel último movimiento de ésta y se puso de pie, presto y alegre para seguirlos.

- No. Tú espérame acá –le ordenó ella.

- Ni hablar. El príncipe me hizo prometer que no te perdería de vista –replicó él.

- No me serás de ninguna ayuda allá.

Éste abrió la boca para protestar, pero Laura no lo dejó hacerlo:

- Necesito que acá tengas todo dispuesto para huir de inmediato si es que algo sale mal –le espetó, antes de adentrarse en el bosque en compañía del niño cantor.

Mientras la doncella y el muchacho se alejaban, Soldemar caminó hacia donde estaba parado Ademaro y se quedó viendo, junto a él, las movedizas sombras que se perdían de vista en las tinieblas de aquel bosque. Luego, emitió un sordo y suave gruñido, cargado de preocupación.

- Sí... yo también tengo un mal presentimiento –musitó el muchacho, acariciando nerviosamente el pelaje de su amigo.

Laura y Dann se adentraron en la espesura del bosque, y, a no mucho andar, comenzaron a escalar la empinada ladera que conducía a los grisáceos y rocosos murallones que flanqueaban la sección oriental de aquella hondonada.

Laura fue la primera en llegar a la cima. Ahí, en lo alto, quedose contemplando el valle enigmático valle que se extendía a sus pies. En silencio, quieta como estatua, con los brazos en jarra y con el largo cabello y la negra capa agitados por el viento austro. Un trémulo y apretado suspiro salió de su boca.

- ...y la última llave bajo el agua escondí... la antigua dama azul es su custodia –susurró.

Ahí, tenuemente iluminada por los rayos de la luna llena, estaba la congelada laguna de Okûn, dominando todo el valle al oriente del rocoso paredón. Dann, al momento de llegar, contuvo la respiración, no tanto por el asombro como por el deseo de despejar su vista del molesto y brumoso vaho que su jadeante y cansada respiración generaba, y que le impedía contemplar con mayor nitidez aquel negro e insondable espejo de hielo orlado de nieve.

Luego de unos cuantos minutos de silenciosa marcha, llegaron a la ribera misma de aquella enorme e inescrutable laguna. Una reluciente y oscura capa de hielo aprisionaba sus aguas, aunque una que otra soterrada, famélica y espumosa corriente de subterráneo oleaje lograba escapar de aquel congelado cautiverio y, con tímido y sordo gorjeo, rompía contra la pedregosa y nevada orilla sobre la que se habían detenido. El sobrecogedor silencio que reinaba en aquel lugar sólo era roto por el cadencioso gorjeo del agua y por el esporádico y remoto crujido del hielo.

- Ya sabes qué hacer –dijo ella, de pronto, al tiempo que comenzaba a desenrollar su látigo.

Dann tomó aliento y miró al cielo. Entonces, comenzó a cantar. A cantar con una voz que resonaba y rugía como el trueno en la tormenta, aunque sin perder la fina y delicada sutileza del trinar de un zorzal. Una voz que era grito y susurro, a un mismo tiempo. Risa y lamento, a la vez. Una voz terrible que hería el aire, el hielo y la nieve, y los hacía gritar de dolor, para luego hacer suyas aquellas desgarradoras notas, acrecentando, con ello, aún más la gloria y poderío de aquel canto. Una voz celestial que llegaba muy alto, tan alto, como para atreverse a acariciar los etéreos oídos de la luna, que en agradecimiento, le regalaba a su canto el susurro de un eco inacabado y el anhelante suspiro robado a un nocturno enamorado.

Dann aún no se daba cuenta de ello, pero su voz se había tornado muchísimo más poderosa y majestuosa que la de cualquiera de los sublimes caballeros-troveros de la Orden de la Cascada Congelada, a la que tanto ansiaba llegar a ingresar.

No pasó mucho antes de que, procedente del lago congelado, comenzara a oírse un sordo, persistente y subterráneo rumor. Rumor que muy pronto cedió su lugar al rabioso y tenebroso quejido del hielo. Esporádicos y secos chasquidos, y continuos y cavernosos crujidos, se dejaban sentir aquí y allá. Era como si las notas de aquel canto, sublime canto, por misteriosa alquimia o por hechizo de luna, transmutaran en invisible lluvia de lava, resquebrajando aquello que, todos decían, era imposible romper.

El muchacho contemplaba con asombro la enorme y cristalina telaraña que su propia voz iba tejiendo sobre el oscuro hielo.

- ¡Pase lo que pase, veas lo que veas, escuches lo que escuches, no dejes de cantar! –exclamó, entonces, la vibrante voz de Laura.

Acto seguido, se dejó sentir un poderoso estruendo que remeció la tierra y que, por poco, no hace perder el equilibrio al pequeño trovador. Por un momento, su voz vaciló y su canto se llenó de bemoles.

- ¡Sigue cantando!... ¡no prestes atención! –lo conminó la doncella, al notar que la voz del muchacho flaqueaba.

No bien hubo acabado de decir esto, cuando otro subterráneo estruendo, aún más poderoso que el anterior, remeció los pedregosos cimientos sobre los que se hallaban de pie y fracturando, de paso, con gran estrépito, los enormes casquetes de hielo que todavía permanecían indemnes en el lago. Y he aquí que, ascendiendo desde las profundidades y mezclando sus notas con aquel nuevo estruendo, pudo escucharse el creciente murmullo de un largo, sordo y espeluznante bramido.

La voz de Dann volvió a vacilar y sus ojos se llenaron de espanto. Mas, no dejó de cantar...

Temblaba de pies a cabeza, con los ojos muy abiertos y rostro desencajado. Sin embargo, no dejaba de cantar. No podía, no debía dejar de cantar. Aún no lograba convencerse de lo que sus ojos le mostraban: un enorme y espeluznante dragón. Mucho, pero mucho más grande que cualquiera de los que hubiera visto anteriormente, y completamente recubierto de azulinas y relucientes escamas, como de zafiro. Había emergido del congelado lago y ahora se debatía y aleteaba en lo alto del nocturnal firmamento, a muy poca distancia suya. Tenía tres cabezas, tres espantosas cabezas que, en macabra y serpenteante danza, se turnaban para atacar, con sus enormes y babeantes fauces, a la atrevida Laura, mientras las dos restantes herían el silencio y la melodía de Dann con sus horribles y agudos chillidos.

La osada doncella saltaba, ágilmente, de acá para allá, sobre los fracturados y resbaladizos bloques de hielo a la deriva, esquivando los ataques y tratando de mantener a raya tan sobrecogedora bestia con la pericia de su látigo. Sin embargo, aquello último, el controlar a la magna bestia, jamás habría sido posible sin la ayuda de Dann. Su eximia habilidad con el látigo, por sí sola, no era suficiente. Así lo comprendía Laura. Así lo comprendió, en aquel momento, el asustando muchacho.

A duras penas, los invisibles, delicados, aunque poderosos hilos creados por las notas de aquel arcano canto de poder, cual bridas del destino, lograban sujetar y mantener en lo alto a tan formidable y poderosa bestia, que pujaba y pujaba, desesperadamente, por liberarse y regresar al fondo del frío y oscuro lago, lejos del luminoso rostro de la luna que tanto parecía odiar. Sin embargo, a medida que pasaban los segundos, era fácil para Dann adivinar que aquella fría y horrenda criatura ya no se iría de ahí sin antes haberlos devorado a ambos, sobre todo a la valiente y atrevida Laura, que tan insolente y certeramente la hería con su látigo. Y en más de alguna ocasión, estuvo a punto de lograr este último cometido, ya fuera porque la doncella demasiado se acercaba, ya fuera porque la bestia momentáneamente se liberaba, producto de los involuntarios y repentinos bemoles, temblores y silencios en la melodía entonada por el aterrorizado muchacho.

No sabía cuánto tiempo más podría sostener aquella agobiante situación. Sentíase cansado, débil y mareado, y al temblor que a sus miembros causaban el frío y el miedo, se unía el agotamiento. Su voz ya no tenía la fuerza que había tenido en un comienzo. Poco a poco, menguaba y enflaquecía.

Súbitamente, Laura arrojó su látigo y se sumergió en lo profundo de las aguas del congelado lago. Dann ahogó un grito de espanto. Aprovechando aquel momento de vacilación, y luego de un agudo, espeluznante y simultáneo chillido cargado de odio e indignación, las tres horrendas cabezas aunaron fuerzas y con desesperado afán, se abalanzaron en pos de la doncella. Sin embargo, no las dejó.

Uno, dos, tres minutos transcurrieron, y Laura no aparecía por ninguna parte. Dann temblaba y desesperaba tratando de mantener la fuerza de la sublime melodía. Hasta que ya no pudo más.

De rodillas su cuerpo cayó. Ensangrentada su boca calló.

Heridas de muerte y bañadas en sangre, caían de la boca del muchacho las delicadas y postreras notas de aquella inconclusa melodía. Aquel lastimero silencio fue respondido por un estridente, triunfante y desafiante chillido. Dann alzó la mirada, aunque sólo para ver al enorme y azulino dragón sumergirse, con estruendo y violencia, en las sombrías aguas del lago.

“¡Laura!”, trató, desesperadamente, de gritar, poniéndose de pie.

Pero aquello fue inútil. El esfuerzo desgarró su garganta, la impotencia, su corazón, y la amarga culpa, su espíritu.

Siguieron transcurriendo los minutos. “Si algo sale mal, corre y ponte a salvo”, había sido la última orden de la doncella. Sin embargo, Dann no estaba dispuesto a obedecerla. Aquí y allá, la buscó con la mirada, mientras el silencio volvía a reinar, tan sólo interrumpido por el esporádico, sordo y quebradizo entrecuchar de los casquetes de hielo a la deriva.

Cada latido de su joven corazón era una puñalada del tiempo a la esperanza de volver a verla sana y salva. Ya era tarde, no había nada que él pudiera hacer. Retrocedió para huir de ahí. Trastabilló, se detuvo, vaciló y volvió corriendo a la orilla. Agachó la cabeza, gimió, y tres o cuatro lágrimas se congelaron en sus mejillas. De pronto, un remoto, delicado y apagado murmullo submarino llegó a sus oídos, y lo hizo clavar la mirada en el agua, a sus pies. Sin pensarlo dos veces, se adentró en el lago, y con el agua y la escarcha hasta las rodillas, intentó, innecesariamente, separar dos bloques de hielo para hacer un respiradero. Innecesariamente, porque, en sorpresiva y estrepitosa erupción de agua y, ante la atónica mirada del muchacho, los bloques se abrieron y elevaron por los aires, estallando y desparramándose por doquier. La fuerza del flujo de agua empujó y arrastró al muchacho de vuelta a la orilla, al tiempo que una, luego dos, y finalmente tres enormes y espantosas fauces emergían del agua, alzándose y abalanzándose lenta y calculadamente sobre él, amenazándose, gruñéndose y desafiándose las unas a las otras, disputándose fieramente el privilegio sobre aquel pequeño bocado.

Con espanto, rabia y desesperanza, Dann vio y reconoció los empapados y desgarrados jirones de la capa de Laura colgando de una de aquellas fauces. Intentó arrastrarse. Intentó ponerse de pie. Pero todo fue inútil. Ya no tenía escapatoria posible. Cerró los ojos y aguardó lo peor.

Sin embargo, repentina e inexplicablemente, y a sólo centímetros del muchacho, las tres horrendas fauces detuvieron de golpe su avanzar, cerraron sus fauces y se quedaron viéndolo fijamente.

Dann abrió los ojos y contuvo la respiración ante aquellas severas, inquisitivas y solemnes miradas. Nunca olvidaría el silencio, largo, demasiado largo, el frío vacío y la quietud de aquel sobrecogedor momento. ¿Por qué no lo atacaban?, ¿por qué lo miraban de aquella manera, con extraña e inescrutable reverencia y temor?... pasaría mucho tiempo antes de que lo supiera.

Envueltas en aquel inescrutable halo de misterio y silencio, las tres cabezas, lentamente, y sin quitarle los ojos de encima, comenzaron a retroceder, sumergiéndose, poco a poco, debajo de los fragmentos rotos de aquel formidable, enigmático y frío espejo de luna y sol... al otro lado del espejo.

Dann no reaccionaba. Seguía frío y paralizado. De improviso, una fría y temblorosa mano se posó en su hombro, sacudiéndolo, sacándolo de su letargo y poniéndolo de pie.

- Vámonos de acá –dijo una trémula y susurrante voz.

Era Ademaro. Tenía el rostro transfigurado por el horror y no dejaba de echarle miradas nerviosas y sombrías al lago. Había desobedecido la orden que le diera su prima, y los había seguido. Oculto en las sombras de los riscos circundantes, había sido testigo de toda aquella escena.

- Pero, ¿Y Laura? –intentó protestar el pequeño, mientras era arrastrado por el nervioso y apresurado antariano a través del sendero que ascendía hasta el aún lejano paso de piedra.

- Ya es tarde... –musitó éste.

No hubieron avanzado mucho trecho cuando, por el mismo sendero, aunque corriendo en sentido contrario, vieron aparecer a lo lejos la robusta y formidable silueta de Soldemar.

- ¡Qué haces!... ¡te dije claramente que esperaras arriba! –le reprochó Ademaro.

Sin embargo, el joven oso no le prestó atención. Siguió corriendo a toda velocidad. Gruñó, oliscó el aire y se saboreó. Pasó sin detenerse junto a ellos, y ante el estupor de Ademaro y Dann, avanzó directo a la ribera del peligroso y prohibido lago.

- ¡Detente!, ¡no hay peces ahí! –alcanzó a gritar Ademaro, antes de verlo sumergirse en las frías y oscuras aguas –al menos... no uno que no intente comerte... –balbuceó, impotente.

El antariano y el muchacho se quedaron petrificados, desconsolados y con la vista fija el aquel enorme, sombrío y cruel rompecabezas de hielo, cuyas aguas, cuyo peligro, se había llevado y tragado a sus dos mejores amigos.

De improviso, Soldemar emergió nuevamente. Traía entre sus fauces un enorme, colorido y jugoso pez. Y aferrada a su lomo, a una empapada y macilenta Laura.

- ¡Laura! –gritaron al unísono los dos muchachos, mientras se apresuraban a socorrerla. La joven y valiente doncella, sin desmontarse, se incorporó lo mejor que pudo y les regaló una cansada, aunque triunfante sonrisa, al tiempo que acariciaba, con amoroso afán, el peludo cuello de su inesperado salvador.

Dann fue el primero en llegar a su lado:

- Temí por ti –dijo el pequeño, tomando su gélida mano izquierda entre las suyas y besándola.

Sólo entonces se percató de que ésta la empuñaba y apretaba con fuerza, como si ocultara y protegiera algo en su interior.

- Creí que te habíamos perdido, prima –dijo Ademaro, llegando a su lado, despojándose de su capa y cubriéndola cariñosamente.

Laura alzó la vista, y la posó, con amorosa y secreta gratitud, en el luminoso rostro de la luna llena.

- No. Aún no he completado mi misión... Nuestra Señora no me dejará morir antes de tiempo –fue su críptica respuesta.

No había tiempo que perder. Rápidamente, y deseosos como estaban de abandonar cuanto antes aquel prohibido lugar, el joven antariano y Dann subieron al lomo de Soldemar, quien, muy a su pesar, debió dejar su nocturna y succulenta cena a medias, y se dispusieron a iniciar el largo camino de regreso a casa... o a donde el Destino dispusiera llevarlos.

Raudo y silencioso avanzaba el infatigable Soldemar a través de la oscuridad de aquellas nevadas y desoladas estepas antárticas. A su izquierda, la bella y omnipresente luna llena sobre las montañas del Olvido, como un místico faro guiándolo por invisibles senderos borrados por la nieve. A su derecha, el inmisericorde y frío azote del viento.

Lo prohibido

Autor: Petra

Su latente mirada estaba fija en mí, podía sentir como me penetraba, yo era su claro objetivo eso estaba claro, yo era el gran obstáculo para que el mundo ardiera en su poder y dejar a Krijam en la ruinas, todo estaba por cambiar, todo estaba en mis manos, el nerviosismo y la ansiedad corrían por mis venas, mis neuronas trabajan rápidamente para ver cualquier movimiento en falso, no faltaba

nada, el tiempo se agotaba, los murmullos de la muchedumbre estaban expectantes a lo que estaba por suceder, repentinamente se escuchó la voz de Zithior , había llegado la hora.

-Damas y Caballeros ahora daremos inicio a la gran batalla que cambiara la historia de civilización de Krija- Farcon le arrebató el megáfono y grito.- ¡Paren, paren paren ! todos hemos sido estafados, es hora de que se sepa la verdad.- fue ahí donde nuestras miradas se conectaron y el terror se apoderó de mí, en su mirada pude verificar mi más grande miedo, él lo sabía, sabía mi más grande secreto, aquel secreto que cambiaría el transcurso de la humanidad.

Un mes antes.

Mi vida nunca ha sido fácil, siempre me he tenido que esconder de todos por lo que soy, un maldito fruto del pecado, un híbrido, nunca he podido tener una infancia normal por miedo a ser descubierto, y ahora más que nunca mi vida corre peligro, Los Marthxiti han tomado el poder de Krijam, aquellos seres demoniacos que se hacen pasar por Angeles sin pecado, son seres crueles y desbastadores que con su mirada te pueden mandar directo al infierno, seres con cuernos y alas negras y colas con plumas, junto con su líder Farcon, buscan limpiar a todo pecador que deambule por Krijam, todo aquel que rompa la ley, y todo aquel fruto de pecado. Hay dos leyes fundamentales que nunca se pueden romper la primera jamás contradecir al líder y la segunda y más importante, nunca de los jamases tener relaciones o relacionarse entre Marthxiti y un humano, todo aquel que rompa las dos leyes es castigado con pena de muerte.

-¡Bulcan ven aquí!-grito Zithior, mi mentor y maestro aquel hombre que me acogió y la única persona que sabe que existo y que sabe lo que soy, Salí de mi ensoñación y fui a la yulta de nuestro hogar , -Bulcan hoy Farcon ha pedido hablar conmigo, por favor escóndete y ni se te ocurra salir, sabes que es muy peligroso que te vea-. Sabía que él no podía saber a simple vista que soy un híbrido, es muy difícil diferenciarnos a los humanos ya que tenemos la misma apariencia que ellos, los que nos delata es una pequeña marca que tenemos todos en la espalda no se ve a simple vista pero si miras detalladamente puedes ver aquella esfera con el signo de rayo.

-Está bien, no saldré-. Le asegure

-.¡¿Cómo pudiste Zithior?! ¡Yo confiaba en ti! ¡Esto no puede estar pasando!.- calientes lagrimas salían de mis ojos al ver la más grande traición, podía sentir como el dolor me consumía y la esperanza de desvanecía. Desperté sobresaltado, mi corazón palpitaba rápidamente, y la sensación de dolor no me abandonaba, aquel sueño se repetía en mi mente constantemente, rápido corrí donde Zithior exaltado

-. ¡Zithior, Zithior! Tuve un sueño muy extraño donde.- me calle abruptamente cuando caí en la cuenta de que no se encontraba solo si no que se encontraba con Farcon, aquel me miraba con ojos curiosos y expectantes

-.Bulcan ¿qué haces aquí?-. me pregunto enojado Zithior, al darme cuenta del grave error que cometí y de la furiosa mirada de mi maestro intente irme lo más rápido posible

-. Oh,nada tranquilo ya me voy-dije con voz temblorosa, el miedo creció aún más cuando Farcon con voz grave me dijo

-.Querido ¿Quién eres tú y porque no te conocía? Dime tú nombre.

-.Mire rápidamente Zithior y respondí.- Me llamo Bulcan señor,-

Farcon le lanzó una mirada a mi maestro que no puede apreciar bien este iba a seguir interrogándome cuando uno de los Angeles le dijo que ya era hora de irse, este se dio media vuelta dispuesto a irse cuando paro de repente y lentamente se dio vuelta y me susurro.- No te libraras de mi tan rápido muchachito, Adiós.-mi piel se erizo y una sensación de incomodidad se adueñó de mí Zithior se dio media vuelta y me fulminó con la mirada. - ¡Te dije que no salieras Bulcan! ¿¡Sabes el peligro que corremos ahora?! ¿¡ Lo sabes?!- grito enojado, la rabia me carcomía al saber el peligro que corríamos por mi culpa.

- ¡ No lo hice a propósito! ¡Olvide que Farcon vendría por eso vine corriendo, jamás sería capaz de ponerte a ti y a mí en peligro apropiado!-grite exasperado.

-Me has dejado en ridículo y en peligro Bulcan, estoy muy molesto, no quiero hablar contigo ahora me has decepcionado, solo te pedí una cosa, solo una y la desobedeces.- dijo irritado.-Espera, que es lo que quería solo dime eso.- pregunte

.- Ha venido para decirme que debo que anunciar que él quiere convocarlos a todos y hacer una batalla a muerte entre él y cualquier individuo que se presente, es su manera de hacerle saber a Krijam que solo él manda y que nadie puede vencerlo, es indiscutible que nadie se presentara a la batalla, ahora vete.- rápidamente mi fui a mi alcoba

.-Tal vez la única forma de acabar con el poder de Farcon era enfrentarme a él y vencerlo ya que es cierto lo que dice el maestro, nadie se iba a presentar, hay ciertas ventajas al ser un híbrido, nuestra resistencia es muchísimo mayor que la de los Marthxit y eso me daría más posibilidad de ganar y llevar a Krijam al fin a la paz .- pensé.

La incertidumbre lo era todo en aquel momento todos estábamos reunidos en la wilda, lugar donde siempre se hacen las convocatorias, los murmullos de la gente preguntándose quien sería aquel descabellado que retara a Farcon, mi cerebro me pedía a gritos que no cometiera aquel acto de estupidez pero la todo mi cuerpo me incitaba a poner fin al mando de los Marthxit!

.- ¿Quién se presenta a voluntaria para luchar contra a muerte contra nuestro líder Farcon?-la wilda se encontraba en un silencio sepulcral nadie hablaba, solo se miraban entre ellos, Farcon se encontraba en el centro de la wilda con sus alas en alto mostrando indiferencia y arrogancia.

-Yo me presento.- la adrenalina corría por mis venas, mi corazón y mi pulso saltaban a velocidades inmortales, todos estaban susurrando y mirándome como si de un monstró se tratase, la cara de Farcon fue de confusión y enojo con su mirada busco al responsable de aquel sublevamiento hacia su persona, cuando llego a mí, la mirada de asombro y de furia me dejo helado ahí fue cuando caí en la cuenta del error que había cometido. Pero ya era muy tarde

.-¡¿Qué rayos te ocurre Bulcan?! ¡¿Es que eres idiota?! ¡¿Cómo pudiste hacer aquel acto de rebeldía y estupidez?!ahora tu vida y la mía están en el triple de riesgo, es lógico que él te ganara, ahora yo estaré muerto y todo lo que te di a ti valdrá absolutamente a, todo lo que hice fue en vano, jamás pensé que me traicionarías de esta forma Bulcan .- grito colérico Zithior, se acercó a mí y de un instante me abofeteo.

-Zithior creme todo saldrá bien, confía en mí, mientras nadie sepa lo que soy todo saldrá bien, ten fe.-le dije y también intente convencerme a mí de lo mismo

La wilda estaba repleta todos querían ver el enfrentamiento entre Farcon y yo todo y era algo que yo también quería ver, el arrepentimiento caía sobre mí de una manera abrumadora. Había que ponerse en el centro de la wilda, él y yo teníamos que estar frente a frente. todo estaba listo, las espadas, los caballos todo menos yo. Su latente mirada estaba fija en mí, podía sentir como me penetraba, yo era su claro objetivo eso estaba claro, yo era el gran obstáculo para que el mundo ardiera en su poder y dejar a Krijam en la ruinas, todo estaba por cambiar, todo estaba en mis manos, el nerviosismo y la ansiedad corrían por mis venas, mis neuronas trabajan rápidamente para ver cualquier movimiento en falso, no faltaba nada, el tiempo se agotaba, los murmullos de la muchedumbre estaban expectantes a lo que estaba por suceder, repentinamente se escuchó la voz de Zithior , había llegado la hora.

.-Damas y Caballeros ahora daremos inicio a la gran batalla que cambiara la historia de civilización de Krija- Farcon le arrebató el megáfono y grito.- ¡Paren, paren paren ! todos hemos sido estafados, es hora de que se sepa la verdad.- fue ahí donde nuestras miradas se conectaron y el terror se

apodero de mí, en su mirada pude verificar mi más grande miedo, él lo sabía, sabía mi más grande secreto, aquel secreto que cambiaría el transcurso de la humanidad.

-Aquel hombre que se encuentra ahí no es más ni menos que un sucio fruto del pecado un asqueroso ser que debería estar bajo tierra quemándose junto a los suyos no con nosotros, es un híbrido –me encontraba congelado en mi sitio, esto no podía estar pasando, esto no tendría que haber pasado, la gente me miraba con asombro y asco, fue cuando vi a Zithior, en su cara podía ver una sonrisa llena de resentimiento y odio.

.-¿¿Cómo pudiste Zithior?! ¡Yo confiaba en ti! ¡Esto no puede estar pasando!.- grite a todo pulmón calientes lagrimas salían de mis ojos al ver la más grande traición, podía sentir como el dolor me consumía y la esperanza se desvanecía todo estaba perdido.

Lo último que pude recordar fue Zithior clavándome la espada en el pecho y su mirada de satisfacción.